Olivia Zúñiga

Novelas autobiográficas

Secretaría de Cultura ~ Gobierno de Jalisco

Letras Inmortales de Jalisco

Olavo Zúñiga
NOVELAS AUTOBIOGRÁFICAS

Secretaría de Cultura - Gobierno de Jalisco

LETRAS INMORTALES
JALISCO

Olivia Zúñiga

NOVELAS AUTOBIOGRÁFICAS

SECRETARÍA DE CULTURA - GOBIERNO DE JALISCO
2009

Primera edición, 2009: Secretaría de Cultura

D.R. © Secretaría de Cultura
Gobierno del Estado de Jalisco
Avenida de La Paz 875, Zona Centro
44100 Guadalajara, Jalisco, México.

Diseño de colección:
Avelino Sordo Vilchis

ISBN 978-970-624-598-4

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A GUISA DE PRÓLOGO

Paula Alcocer

Cuando de la Dirección de Publicaciones de la Secretaría de Cultura de Jalisco me preguntaron si estaría dispuesta para escribir un prólogo a la obra en prosa de Olivia Zúñiga en vías de publicación, mi respuesta fue una aceptación hecha con agrado, pues bien merece Olivia que se rescaten de tan largo olvido las tres novelas autobiográficas, que constituyen las obras más importantes de su parca producción literaria. Agrado y, a un tiempo mismo, resquemor de que no fuera a ser suficientemente objetiva ante la indoblegable carga de dolor, de sufrimiento y de muerte, evidente hasta en los títulos de las tres obras: *Retrato de una niña triste*, *Entre el infierno y la luz* y *La muerte es una ciudad distinta*.

En cuanto a mi ejemplar de la primera de estas obras, en la parte superior de la primera página está escrito que es la segunda edición «aumentada», pero no explica en qué consiste dicho «aumento», 21 años después de habérsele otorgado a Olivia Zúñiga el premio Jalisco 1951 por esa misma obra: *Retrato de una niña triste*. Una lectura detenida y profunda de estos textos nos permite hacer conjeturas más o menos bien elaboradas, pero conjeturas nada más.

Esa niña triste es Olivia, por supuesto, aunque en la novela se llama Joanna con apellido en alemán; y el retrato es la historia de esa niña, relatada por ella misma, adulta ya; gravemente enferma, a instancias del último doctor que ha de examinarla, llamado Maurice Walsh, en la clínica de los hermanos Mayo en Rochester, Minnesota, adonde ha ido, acompañada por su hijo Sergio, con la esperanza de un posible milagro que le salve la vida por amor de sus dos hijos, pues ella prefiere mil veces morir. El doctor insiste en que haga memoria, y ella comienza así: «Esta historia no es extraordinaria; nací un 21 de agosto, cuatro meses antes de que a mi padre lo asesinaran. Sé que hay millares de niñas en las mismas circunstancias, sólo que es a mí a quien ha dolido su pérdida, y creo que debido a ella, mi vida se hizo anormal».

Yo también lo creo, y asimismo creo que a pesar de todo lo triste y lo sombrío, es el libro más bellamente escrito de los tres, especialmente las descripciones del paisaje y las costumbres de Tenamaxtlán, el pueblo en donde esa niña triste vivió muchos años con su padrino de bautismo, alejada de su madre porque ésta misma lo quiso así.

Joanna/Olivia lo recuerda muy bien; su padrino era sacerdote y hermano de su madre, y un buen día se apareció aquí, en Guadalajara, porque ésta le había mandado pedir que viniera por su pequeña ahijada para llevársela a vivir con él y con su abuelito allá lejos, en Tenamaxtlán. Fue en este lugar donde Joanna empezó a ser víctima de la sutil malicia de los comentarios de los vecinos sobre la desvergüenza, las liviandades de su madre, sin importarles que la niña recién llegada los pudiera oír.

Esto ocurre durante los primeros meses, pues su padrino era el único sacerdote, párroco atiborrado de problemas y necesidades eclesiales, sin tiempo para cuidar a una niñita a la que, ya sea por mera curiosidad o por genuinos deseos de ayudar, no le faltan invitaciones. No será por mucho tiempo, pero sí lo suficiente para envenenar su alma y convertirla al final en la peor enemiga de su propia madre.

Fue aquí también en donde su padrino, pasados ya algunos años, un poco después de que la niña hace su primera comunión, decide que ya es tiempo de que Joanna/Olivia sepa la verdad sobre la muerte de su papá, pues cuando ella estaba con su madre, en Guadalajara todavía, la nana que la llevaba de paseo al jardín de Escobedo le había contado que en la cárcel al fondo del jardín estaba preso para siempre su papá y que esta cárcel era como un castillo encantado, que su padre estaba encantado también, por eso ya nunca podría salir. Los guardias que custodiaban los portones de la cárcel y que sabían cómo había muerto el padre de esa niña, apoyaron la mentira y la pequeña Joanna/Olivia todo lo creyó, llena de ferviente cariño y veneración. Y ahora viene su padrino y le dice que su padre hace muchos años que está muerto, que lo asesinaron... ¿Quién lo asesinó? y ¿por qué? Dos preguntas que no tuvieron respuesta entonces, hasta muchos, muchos años después.

En la sala de consulta de la clínica Mayo, calla la voz de Joanna. Está muy cansada; el doctor Walsh lo advierte y corta en seco la consulta, pero la cita para el día siguiente, y así día a día siguió el relato de esta historia, pero pronto se trunca pues ha llegado la fecha del diagnóstico final. Ante todos los doctores que la han examinado, el doctor Walsh se dirigió a ella, conmovido pero sin titubeo, para decirle que su enfermedad es irremediable, que lo siente mucho, pero no la pueden ayudar.

Joanna regresa con su hijo al mismo lugar del que salió huyendo, a Guadalajara, pero no para morir; aún la espera un terrenal infierno que transponer.

En cuanto a *Entre el infierno y la luz*, libro preñado de dolores y batallas, además de su valía como obra literaria, tiene doble valor por los gráciles dibujos de Mathías Goeritz esparcidos por sus páginas y por una muy certera introducción escrita por el maestro Arturo Rivas Sáinz, de la que transcribo aquí el párrafo tercero: «Por ejemplo, esta novela, es un terrestre encadenamiento de miserias, de dolores, de enfermedades y de angustias, de pecados y de todo aquello que está eslabonado con la terrífica cadena del temor, del miedo y del deseo de la muerte, constantemente mencionados».

Todo esto es verdad, pero en seguida la autora se presenta a sí misma como quien es en la realidad: Olivia Zúñiga «de carne y hueso», protagonista y narradora de su propio infierno, proclamando abiertamente, angustiada y desafiante a la vez, la amorosa añoranza que desde tiempo atrás impulsó a escribir esta novela: «Con todas sus faltas, amo a este libro. Quienes lo han leído me reprochan que desnude en él, con crudeza, mis sentimientos y mi vida».

Más adelante, cuando ha muerto el hombre más noble, más admirado por ella y con quien ha sostenido unas raras relaciones a espaldas de Roberto, su marido, lo que le reprochan, lo que le critican sus amistades no son estas relaciones, sino que las desnude con tan atroz sinceridad... jamás fueron amantes; ninguno de los dos es capaz de cometer un adulterio; él, porque quiere a su esposa (mencionada sólo una vez en todo el libro y «como de pasada»); ella, porque daría la propia vida antes de mancillar la vida de sus hijos. Por ellos ha luchado contra una enfermedad como un aborto solidario de la muerte; por ellos ha soportado, y soporta todavía, el infierno aterrador de un matrimonio fracasado desde el principio.

La larga y detallada historia de las extrañas relaciones de esos encuentros furtivos forma una parte muy importante de este libro, de este infierno terrenal, y cómo se convirtieron en antídoto para el deseo de morir.

Es verdad que Olivia ya no es la huérfana indefensa a merced del veneno de los murmuradores, gente de «buena conciencia», por supuesto; pero no se engaña a sí misma tampoco: sabe bien lo que esa gente dirá, así que calla y medita: su gran amigo está muerto y no hay lágrimas ni angustias que lo vuelvan a la vida; entonces, en lugar de gemir y lamentarse, escribe un largo poema que no pasa inadvertido por el maestro Rivas Sáinz; antes al contrario: lo motivó para reflexionar sobre la dife-

rencia entre un mismo tema narrado en prosa y narrado hecho poesía; y al final de su introducción se dirige a Olivia directamente para decirle, refiriéndose a ella y la poesía de la que ha desplegado los más bellos adjetivos: «Las mismas notas aplicables a la poetisa, escritora, abuela, madre, mujer, contra la que no han podido, Olivia, las tormentas de la tierra y los rayos de las nubes, ingredientes de sus versos, materiales de su alma y de su cuerpo inmarcesibles que han resistido el dolor, la propia muerte y la locura, transformando hielo y muerte en poesía».

No hay nada más que añadir.

Seis años después se publicó el pequeño libro titulado *La muerte es una ciudad distinta*, escrito por Olivia y editado por Juan José Arreola. Esta obra es totalmente distinta a las dos novelas anteriores: el carácter de los personajes, que son pocos, las largas elucubraciones de la protagonista expresadas en un léxico de recién asimilada filosofía, muy diferente de lo que pudiéramos llamar *coloquial*. Esto no sería muy importante, pero la cuestión es que a lo largo de varias páginas así hablan los demás personajes. Distinta es también la estructura, la forma como se aúna al contenido, a la materia de esta obra, que no es la muerte como lo sugiere el título, sino algo muy distinto. El ejemplar que poseo, Olivia me lo regaló aquí, en este mismo cuarto en donde estoy escribiendo; un regalo ya con la debida dedicatoria y la fecha al pie: «08-03-61», en la que expresa su deseo de convencerme sobre la verdad del título, deseo que en eso quedó... poco tiempo después Olivia se fue a la capital y pasaron años antes de que la volviera a ver.

El asunto de este libro no es difícil de resumir: Olivia asiste a una comida en honor de unos poetas suecos. Ahí conoce al anfitrión, un hombre llamado Pedro, que desde ese momento se convierte, para ella, en el hombre de sus sueños, un hombre en torno al cual girarán todos los acontecimientos de esta narración hasta el final; un hombre que en determinado momento le pide a Olivia que escriba «una vida imaginada» para la revista literaria que él publica. Ella accede y al momento elige a sus propios personajes entre las personas que estaban ahí de visita. Así que había, por ejemplo, un Pedro real, de carne y hueso, y un Pedro imaginado. Lo mismo será con los demás.

Todo lo escrito arriba podría no suscitar ningún interés. Lo malo surgió cuando lo real, lo verdadero y lo imaginado se mezclaron de tal manera que ya no se pudo saber quién era quién. Pero Nuria siguió escribiendo hasta el fin lo prometido, y así se lo informó al Pedro de la revista; se lo entregaría al regreso de sus vacaciones, Pedro

estuvo de acuerdo y, efectivamente, en cuanto regresó llamó a Pedro por teléfono, pero nadie le contestó... Sale ella entonces, apresurada, con su manuscrito, rumbo a la casa donde ha estado, feliz, con su amigo tantas veces. Llega a la puerta y toca pero nadie le responde: la casa está vacía, mejor dicho, tristemente abandonada, como si nadie hubiera vivido ahí; «un caserón vacío. Sin libros, sin muebles, sin presencia [...] Sólo un viejo camino en la memoria». Nuria emprende el camino de regreso, pero su historia ha llegado al final.

Este pequeño libro no es ningún responso fúnebre, pero así como hay un Pedro verdadero, amigo y amador de Nuria, que le pidió a ésta que escribiera «una vida imaginada», hay otro Pedro, protagonista de esta «vida», es decir, imaginado también; asimismo, hay una Nuria que escribe un cuento dentro de otro cuento y se convierte en protagonista de los dos. Bien se puede decir que Olivia Zúñiga estructuró esta historia como lo hizo para dar espacio a una larga remembranza de infortunio y soledad; de las máscaras también, utilizadas para maquillar tanto dolor de incomprensión, tanto desespero. Es la Nuria de verdad la que recuenta su múltiple disfraz para finalizar su obra entretejiendo claridades de poesía.

Hoy tengo ante mí este librito que me regalaste con tu cariñosa dedicatoria, y tengo también el fajo de papeles —documentos notariados— sobre el hecho histórico del asesinato de tu padre y sus dos hermanos, que tú misma me pediste que te los guardara, temerosa de traspapelarlos por tus idas y venidas entre la ciudad de México y Guadalajara. Todo esto pronto estará en el lugar adecuado, una institución historiográfica, que es en donde deben estar. Pero desde el punto de vista de la literatura, lo que interesa son dos poemas tuyos, que están ahí.

Uno, en la muerte del pintor Jesús Guerrero Galván; otro, «Carta a un padre asesinado» es más interesante por lo que significaba para Olivia, y porque lo leyó en la Casa de la Cultura Jalisciense y ya pronto se lo iban a publicar. Sin embargo, hasta la fecha nadie da razón si lo hicieron o no. Menos aún los murmuradores. No hay ninguna huella de estos dos poemas. Es decir, la única copia de estos dos largos poemas, parte de su labor literaria, la tengo yo.

No obstante, ahora y aquí, amiga Olivia, que los nuevos lectores de tus obras te conozcan mejor que lo que tus contemporáneos conocieron de tu vida de enfermedad y sufrimiento, sublimados en bella literatura. Hace muchos años que estás muerta, Olivia, que brille sobre ti la luz perpetua, y a salvo ya de aquellas voces enajenantes, puedas por fin descansar en paz. Así sea.

RETRATO
DE UNA NIÑA TRISTE

Primera edición, Ediciones Et Caetera, 1951
Segunda edición (aumentada), Ediciones Et Caetera, 1972

Retrato de una niña triste de Olivia Zúñiga, obtuvo el Premio Jalisco 1951, cuyo jurado calificador fue integrado por Mariano Azuela, José Cornejo Franco, Enrique González Martínez, José Ruiz Medrano y Agustín Yáñez.

Con amor y gratitud
a Teodoro Kunhardt
y a mis hijos Sarah Eugenia
y Sergio.

La gran muerte que cada uno lleva en sí
es el fruto en torno al cual todo gravita.
RAINER MARIA RILKE

I

Creo que nací suicida.

Desde que tengo memoria, la ruindad de mi existencia me ha quitado el deseo de vivirla. Hoy mismo en espera de la vida o de la muerte, prefiero esta última.

He venido hasta la Clínica de los Doctores Mayo, en Rochester (Minnesota), en busca de un milagro: el milagro de renacer distinta. En espera de esto (que puede ser posible), me consume y me vence el ansia de acabar.

He vivido odiando mi compañía.

Si me preocupo tanto de mí misma, es porque quisiera haber sido mejor. No haber sido como fui y, sobre todo, no seguir siendo como soy.

Como esas conclusiones me llevan al deseo predominante de no ser, para olvidarme de lo que quiero olvidar, que es mi vida misma, voy a relatarla desde que la recuerdo.

Me formé sola y lo hice muy mal.

Por extraña paradoja, nada hay tan semejante a la mentira como la verdad.

Nos desgarramos porque se nos hable con la verdad; peleamos por ella; nos es indispensable para poder vivir. Cuando se la conoce, es como si por arte de una maligna magia, la hermosa verdad, la anhelada verdad que soñábamos poseer, cambiara su plácida belleza por la monstruosidad de un nido de serpientes que nos estruja la fe y el corazón.

Parece como si sólo con la mentira pudiésemos realizar los sueños.

Cuando he sido veraz, cuando he entregado mi verdad en ofrenda, se han burlado llamándome falsa y mentirosa; la voz de mi sinceridad no la han sabido reconocer. He luchado por ella, he suplicado; hubiera podido morir por mis verdades.

Tras la ofuscación, llega poco a poco claridad a la mente: ya no existe el propósito de luchar por mis verdades, sino el imperioso deseo de borrar el ingrato recuerdo del fracaso.

La rebeldía se convierte en obsesivo anhelo de revancha.

Revancha interior, oscura, vaga... Se forma lenta, calladamente; no quiero confesarlo, pero no rechazo ese sentimiento y lo dejo crecer hasta que esté maduro. Cuando llega a su completo desarrollo, se desvanece y me deja vivir. Con su destrucción termina mi zozobra y el rencor no me impedirá en adelante dormir en paz.

Otras veces no sucede lo mismo.

Sobre todo, si quien me ha herido es alguien a quien quiero sinceramente. La ofensa es entonces diaria obsesión, diaria pesadilla que mina mis fuerzas y mi valor real. De tanto pensarlo necesito recuperar, por cualquier medio, su estimación y su confianza. Y, pues me ha cerrado la puerta de la verdad, con la complicidad de mi amor hacia ella y la de mi amor propio lastimado, encuentro una segunda puerta para llegar a su corazón: la puerta de la mentira. Ante mi propio asombro ésta fluye de mis labios lenta y serenamente, se posesiona de mi ánimo y conmueve los sentimientos del que ahora me cree sin trabas, amonestándome para no mentir otra vez. «¡Es tan sencilla la verdad...!»

Las barreras levantadas en mi contra cuando he dicho la verdad quedan destruidas, y la mentira (triunfo solamente mío) me carcome por dentro totalmente, sin tregua, sin misericordia; por eso me encuentro vacía de confianza cuando más la necesito; por eso, también, aborrezco mi vida.

Es muy noche y llueve constantemente. Hay momentos en que la lluvia azota los cristales con tal vehemencia, como si cansada de su propia humedad, quisiera liberarse de ella.

En el cuarto vecino tienen conectado el radio y llega hasta nosotros una melodía que me ha perseguido desde hace mucho tiempo: es una de esas canciones que nunca pasan porque no tienen edad, ni época, ni patria. Se la escucha una vez y queda obsesionante en la memoria; en cada ocasión hace un poco de daño; hasta los mejores recuerdos arañan el corazón cuando los revivimos.

El sueño tardaba en llegar.

Me tendía en la cama a merced de mis sentimientos siempre dolorosos y humillantes: el odio a la vida, la piedad a mí misma, en una palabra, el desconcierto.

Me obsesionaban las cosas más insignificantes: la cuenta del hotel, los gastos de la clínica, el miedo a disgustar a Teodoro. Ese miedo era constante y cada vez aumentaba la sensación de que terminaría asfixiándome.

Abrí las ventanas, no obstante el frío y la lluvia. Hay algo morboso en el calor artificial. En la mañana me despertó el reloj de la clínica, con un concierto de melodías rusas. ¡Qué alivio sentí! Me hizo pensar en cosas alegres y dignas.

Olvidando mis temores de la noche anterior, empecé mi arreglo para llegar a tiempo a la consulta de ese día.

Mientras espero mi turno echo una ojeada a la revista que editan en la clínica.

«The Rochester Carillon, located in the tower of the Mayo Clinic Building, is the gift of Doctor William James Mayo and Doctor Charles Horace Mayo, and, on September 16, 1928, was dedicated to the American Soldier.

»The Rochester Carillon, consists of 23 bells having 7840 pounds, the smallest 168 pounds.

»The Carillon is tuned to the notes of the chromatic scale upon which, music in two or more parts may be played. The bells are hung stationary and played by the Carillonneur or automatically.»

Los días en que no tengo consulta los aprovecho en compañía de mi hijo para conocer ciudades cercanas. Al contacto del camino, el corazón se ensancha y el aire del campo lava nuestros pulmones y limpia nuestra mente de pensamientos falsos.

Los poderosos *Greyhound* nos trasportaron cómodamente a muchos lugares: Decorah, Iowa, que ha sido bautizada con el nombre de Pequeña Suiza, por el encanto rural de sus escenarios situados al sur de Minnesota, Spring Valley, St. Paul, (la bellísima ciudad de los lagos) y Minneapolis. Entre los anuncios enclavados en mitad de los montes, había uno que era un regalo para los ojos: el de un lindo petirrojo revoloteando sobre una recién florecida rama de cerezo; del piquito salía esta palabra: ¡¡*Spring*...!! ¡¡*Spring*...!! ¡¡*Spring*...!! Mientras unas crueles y heladas tormentas nos hacían tiritar dentro de nuestra ropa de invierno.

Después de ocho horas de pesada consulta llegué al hotel, cuando en el reloj de la clínica empezaba el concierto de las cinco.

Las notas de la canción amorosa de Grieg acariciaban los sentidos, poblando el aire de una luminosa e indefinible presencia. En mi libro leí un pensamiento de Cice-

rón que contribuyó a prolongar el estado de ánimo que me dejara la música: «Prefiero el testimonio de tu conciencia a todos los discursos que puedan venir de ti.»

Me distraje observando a los que se hallaban en el vestíbulo y terminé sintiéndome incómoda: un hombre de aspecto muy agradable no me quitaba sus ojos de encima.

Llegó mi hijo y el desconocido cambió de asiento poniéndose enfrente de nosotros. Muchas veces lo sorprendí mirándome; mi disgusto se volvió simpatía al saber por un sacerdote español que en fecha próxima iban a practicarle una peligrosa operación en la espina dorsal. Se llamaba Leonard, era ingeniero, de origen judío alemán; en la última guerra había sido aviador y el trozo de un casco de granada le estaba provocando una parálisis.

Cenamos en Kahler, con una amiga de mi hijo; de pronto me di cuenta de que el atractivo aviador estaba frente a mí tendiéndome la mano en señal de invitación.

El temor de hacer el ridículo me afligió momentáneamente; me condujo al centro de la pista y sentí que hacíamos una buena pareja. La danza hablaba de cosas agradables, luminosas, sencillas, alegres. Cuando terminaron de tocar me quedé inmóvil, con la sensación de que no existía aquella mujer atormentada que llegó desde tan lejos.

Al acompañarme a la mesa me dijo, en su mal español: «gracias» y, en su idioma, que era encantadora y que bailaba muy bien.

Al día siguiente bajé al recibidor del hotel vestida con mi mejor traje y cuidando de eliminar los pantalones; el mundo me pareció agradable y digno de vivirlo.

Mientras cruzábamos la calle para ir a comer a otro sitio, pasó junto a nosotros el coche del aviador; apenas instalados en el restaurante llegó hasta nuestra mesa y, dirigiéndose a Sergio, le dijo:

—Pida permiso a su madre para sentarme con ustedes, y perdón por haber vuelto tan tarde al hotel y no haber podido comentar el grato encuentro de anoche.

Mientras nos servían, me dediqué a observarlo.

La semejanza con mi hijo era verdaderamente extraordinaria: alto, de ojos bellos, azules, grande la boca. A pesar de cortarse el cabello como si continuara en el ejército, era muy atractivo. Lo hacían más agradable sus modales y lo escrupulosamente cuidadoso en su forma de vestir.

Habló de su trabajo, diciéndonos que el tiempo que le dejaba libre la clínica, lo aprovechaba inspeccionando fábricas cercanas; esa tarde iba a visitar una de pintura en Winnona, distante «unas cincuenta» millas de Rochester, nos invitó a acompañarle.

Él y Sergio charlaban. Yo me dediqué a contemplar el camino. Al principio no hubo algo que ofreciera interés; las lomas, con sus árboles secos, parecían cementerios abandonados. La carretera tomó las márgenes del río y el panorama fue algo de milagro. En mi libreta de direcciones escribí:

brotes de vida en el paisaje yermo,
canto de primavera en el zarzal;
un aleteo de sangre en las arterias
y el invierno vencido una vez más.

El despertar de la primavera en mi país es un lento desperezarse, en Rochester es distinto: los ayer secos campos hoy amanecieron verdes. La primavera brotó en unas horas de la tierra húmeda, del aire, de todas partes.

El viento llegaba perfumado de yerbas y raíces. Los árboles exhalaban humedad, por todas partes despertaba la vida. ¡Qué color verde tan raro tenían!, no sabía que existiera en el mundo un color verde tan tierno. Los pequeños arbustos cargados de botones tenían el encanto y la exuberancia de una mujer joven a punto de ser madre. Todo era tan maravilloso, que me sentí embriagada. La primavera me había inyectado su dulce veneno en las venas.

Algunas veces la belleza del paisaje resultaba artificial.

Salta a la vista la casa de blancos techos circundada por unos cuantos pinos. Desde lo alto del tractor un hombre maneja la curva cuchilla que penetra, codiciosa, en la oscura y amorosa tierra. ¡Hasta el granero parece un abuelo ventrudo y coloradote! A lo lejos, un grupo de vacas y ovejas pastan cerca de un molino de viento cuyas aspas fueron pintadas de amarillo.

Al regreso encontramos unas cartas. Entre ellas, una de Teodoro. Su lectura me quitó el apetito y el gusto del paseo. Después de un rato de silencio, mi hijo se atrevió a preguntar qué era lo que me había puesto en ese estado de ánimo. Por toda respuesta le entregué la carta.

Cuando la leyó, dijo:

—¿Quieres explicarme lo que encontraste en ella? Yo solamente he visto que el señor Teodoro te trata con mucho cariño, aprueba tus gastos y hace votos porque en este sitio encuentres la salud. Soñabas con esta oportunidad y ya la tienes, en unos días los médicos te dirán el resultado de los exámenes que te han hecho.

—Ya sé que no me entiendes —respondí—. No busco en la carta lo que dices. Busco no sentirme atada por sentimientos que me humillan. El dinero para mí no significa dinero sino confianza y libertad. Deseo tenerlo porque así me veré libre de las preocupaciones que me comen la sangre como si fueran gusanos, a diario, sin parar... Cuando eso sea, nadie podrá lastimarme.

Sergio me miraba asombrado y mi exaltación iba en aumento.

—Te pongo por ejemplo —seguí diciendo— el caso de las máscaras que representan el teatro. Cada vez que pasamos frente al escaparate en que se exhiben me asalta el presentimiento de que ya no las voy a mirar, de que alguien, más afortunada, se las ha llevado de donde las siento todavía al alcance de mi mano. Y, ¿qué es lo que pasa?... Que no puedo comprarlas. No tengo valor de gastar en un broche de fantasía lo que me ha sido dado para un uso distinto. Cuando dices que podemos ahorrar en comida o en teatros para reponer lo que vale, me entran deseos de hacerte caso, pero me avergüenza haberme dejado dominar por el gusto de tenerlo. Lo mismo sucede con las cosas de importancia vital. Al hablarte de esto, quiero que sepas lo horrible que resulta gastar un dinero que no nos pertenece.

En la cafetería ordené una taza de chocolate: el chocolate trajo a la memoria el recuerdo del hambre, un hambre tan antigua, que no sé dónde empezó ni dónde acabe. (Hambre y pan amargos; por el próximo préstamo, por el próximo ayuno, por todo lo próximo y distante: la madre, el frío, el tiempo, el hambre. La pesadilla de un nuevo compromiso, de una nueva esperanza, de otro nuevo desprecio.)

II

Me encuentro instalada en uno de los principales sanatorios de esta ciudad, el Saint Mary's Hospital.

Mi cuarto es amplio y cómodo, y tan lujoso, que hasta parece el de un magnífico hotel.

Las mejores vacaciones que he tenido en mi vida las he pasado en hospitales; en ellos olvido que soy una mujer enérgica e indisciplinada y me someto con verdadera satisfacción al reposo y cuidados que en esos sitios me brindan. Lo malo empieza cuando sé que voy a sufrir. He sufrido tanto, que se han agotado mis reservas físicas.

Mi pobre hijo está triste.

Día a día he tratado de arrancar de su mente toda idea de peligro; quiero hacerle comprender que en caso de lograr que me operen, esa operación hará las veces de milagro; digo, si salgo bien; pues, si muero, nada podría ser más de mi gusto.

La enfermera ha venido a preguntar lo que quiero comer; me he sorprendido a mí misma ordenándole varios platos con el propósito de estar más tiempo sin su presencia y poder escribir largamente a Teodoro.

Cierro mis ojos y aparecen ante mí los suyos, azules, interrogantes, bellos, sombreados por tan largas pestañas, que hasta creo que su peso le va a impedir abrirlos con naturalidad.

Querido Teodoro:

Han sido terribles estos días de constantes consultas y muy doloroso convertir en palabras lo que siento, lo que por tanto tiempo he sentido.

Tengo que encontrar las palabras justas, las que expliquen con exactitud de lo que me quiero librar.

A las ocho de la mañana me presentaron al nuevo doctor.

—Soy Maurice Wals. ¿Usted es la señora Niemand?

—Sí, doctor.

Examinó detenidamente el grueso legajo de análisis y radiografías una y otra vez. En seguida preguntó:

—¿Podría referirme nuevamente todo lo que ha dicho a los diferentes médicos que aquí la han tratado?

No supe qué contestar.

—¿Es mucha molestia...? No crea que se trata de mera curiosidad. Necesito conocer sus problemas desde el principio.

Sentí que me hablaba sinceramente, pero yo no podía soltar la lengua, me defendía más que otras veces aun comprendiendo lo justo de esa petición. Se me hizo

una pesada carga empezar de nuevo a relatar mis problemas. Cada vez se hacía más y más penoso recordarlo todo. No tenía nada que decir. El doctor me sonrió con simpatía. Se levantó de su asiento y vino hasta mi cama.

—La comprendo muy bien —me dijo—, le ha sido menos difícil hablar de usted paulatinamente; es natural que conmigo no le sea fácil hacerlo, pero es indispensable.

Guardé silencio por un largo rato. Por primera vez traté de mirado y me puse los lentes, él volvió a sonreír y eso me animó.

—¿Desde dónde quiere que le cuente mi vida? ¿A raíz de mi enfermedad?

—No —repuso—. Necesito que me hable desde donde empieza su memoria. Para conocerla hay que comenzar desde el principio.

Hablé sin descanso; de vez en vez él intercalaba preguntas y ello hacía más fácil seguir el hilo de mis pensamientos que a ratos se extraviaban.

Mi nombre fue escogido por mi padre.

Quién sabe qué extrañas evocaciones sentimentales tendría para él, pero a mí me gusta; me ha gustado siempre. Cuando es pronunciado por alguien que me quiere, es como una caricia que hablara a mi oído. Esta historia no es extraordinaria: nací un 21 de agosto, cuatro meses antes de que lo asesinaran.

Sé que hay millones de niñas en las mismas circunstancias, sólo que es a mí a quien ha dolido su pérdida y, creo que, debido a ella, mi vida se hizo anormal.

Me llamo Joanna.

Hay objetos y lugares comunes que en un momento nos trasportan a tiempos que fueron y a seres que después en la vida no hemos vuelto a encontrar.

La cama estilo imperio en que ahora descanso, tiene una extraña atadura con mi vida anterior; mis recuerdos son muy confusos.

(Tal vez dentro de mí aparezca deformada la historia del accidente.) Carmen tenía el peligro de quedar ciega de un ojo, pues una tarde, al volver del colegio, fue a saludar a su madre. Doña Aurelia no la sintió llegar y, como estaba bordando, al contacto de unas manos sobre su frente, levantó la suya, y la aguja atravesó el ojo izquierdo de mi infortunada amiguita. No puedo precisar el género de curaciones a que la sometieron. Su dormitorio lo instalaron en un cuarto privado de toda luz. Así pasó mucho tiempo.

El domingo que le permitieron salir, sus hermanos y primos celebraron con una fiesta su retorno a la vida hogareña.

Ni Carmen ni yo participábamos en los juegos, ella por su estado delicado y yo por mi corta edad. La principal diversión consistía en saltar al suelo desde la alta cama de doña Aurelia. Los más atrevidos se subían a la piecera de la cama, resultando el brinco más excitante. En un momento dado, alguno se compadeció de mí y, tomándome las manos, se puso a jugar conmigo.

¡En mala hora lo hizo!

Pareciendo demasiado fácil, también quise hacer lo que los otros hacían. Y sucedió lo inevitable: el peso de mi cuerpo, aumentado por el tirón que me daban para hacerme saltar, hizo que me rompiera los dientes superiores delanteros contra el borde del balcón.

Al volver del desmayo me encontré en mi casa, tendida en mi cama y rodeada de muchos pares de ojos. Sentía los labios entumecidos y gruesos y una baba sanguinolenta empapaba mi almohada.

Realmente, mi primer recuerdo se remonta a una edad en que casi es imposible tener una memoria exacta de las cosas. Mientras subíamos los anchos y gastados escalones del colegio en que hacía mis primeros estudios, mi nana dio un recado a la maestra que esperaba al final de la escalera. Fue una disculpa por no haber sido cubierta la colegiatura del mes.

La excusa me produjo una reacción dolorosa, dolorosa y humillante; como si me hubieran dejado sola, muda y ciega. Me quedé inmóvil, porque de pronto sentí que me había sido negada la facultad de caminar. No estaba a mi alcance comprender los motivos que había para retrasar ese pago. Desgraciadamente ese instante se hizo inolvidable. Marcó mi primer contacto con la vida y mi primer contacto con el dolor. A pesar del tiempo transcurrido aún sigo mirándome subir aquellas escaleras, con un vestido blanco de tira bordada y un gran lazo negro anudado a mi cintura.

Con especial cariño viene a mi mente la fina silueta de mi madre cuando tocaba el piano.

Por más esfuerzos que hago por recordar sus facciones, se niegan a volver, como si en aquel tiempo mi madre no hubiera tenido rostro.

Su canción favorita era una de Schubert que ella cantaba en italiano. Jamás pude oírla sin echarme a llorar desconsoladamente; parecía un presentimiento fundiéndose en mi corazón.

Del sillón en que reclinaba mi cabeza, los brazos se abrían hacia mí en actitud protectora; brazos que hacían más patente mi dolor, al querer resguardarme de esa angustia.

Mi hermano y yo parecíamos extraños; sólo nos veíamos a la hora de comer o de dormir. Nuestras nanas eran enemigas.

El paseo al jardín de Escobedo por la mañana y por la tarde resultaba monótono; mi nana impedía que hablara con otras niñas y, para desembarazarse de mi presencia me contó, engañándome, que mi padre estaba preso en la cárcel que cerraba el jardín. También afirmó que aquella prisión era un castillo infranqueable, celosamente custodiado.

Yo imaginaba al bello padre mío detrás de esas murallas silencioso, pensativo, casi siempre de pie, mirando hacia la calle, hacia su casa, observándonos...

Infinidad de veces rogué a los guardias que me dejaran pasar a conocerlo, a quedarme junto a él, a visitarlo.

Nunca lo hicieron; pero, uno de ellos señaló un ventanillo desde el cual mi padre podría distinguir mi pequeña figura y alegrarse de mis diarias visitas.

Llegué a sentir por los guardianes de mi padre una gran amistad. Sobre todo por uno que me parecía muy triste; siempre que hablaba conmigo se le llenaban los ojos de lágrimas.

Todos los días tenía cita con mi padre.

En una ocasión la peinadora de mi madre me hizo unos rizos preciosos para que mi papá los viera. Yo hubiera querido multiplicar mi figura y que la noche no llegara, porque en esas horas mi padre quedaba abandonado.

Mi hermano había aprendido a decir toda clase de palabrotas. Si al despertar no estaba esperándolo su desayuno, ponía en aprietos a toda la servidumbre.

Adela era su víctima. Por cada instante que tardaba en satisfacer su gula, se volvía interminable la sarta de improperios.

Adela contaba, llena de orgullo, que en la calle los detenían para decirle a mi hermano lo hermoso que estaba. La mayor parte de la gente creía que era una niña, pero él

se apresuraba a responder con el rostro encendido de ira: ¡yo soy un hombre...! ¡Yo no soy una niña...! Y, para hacer más verídica la afirmación, levantaba su almidonado delantal para que pudieran apreciar la diferencia.

La pobre nana se deshacía en disculpas, y con atiplada voz rogaba:

—¡Cállate, por Dios, Angelito! ¡Cállate, por el amor de Dios...!

Una noche en que la familia Dorbeker nos había invitado a merendar enviaron por nosotros, porque había nacido un nuevo hermanito.

Alguien preguntó si me gustaba o si lo quería.

¿Qué iba a responder? Lo único que llamó mi atención fue que no era tan blanco como nosotros. Pero eso lo olvidé muy pronto: al poco tiempo nos cambiamos de casa.

Volvían, atropellándose, los recuerdos más vivos que guardaba de la otra casa: la vez en que al dulcero le entregué un billete muy grande. Él llenó mi delantal con bolitas de caramelo de todos colores; a pesar de eso, mi madre me castigó amarrándome a los pies de la cama con uno de los listones que usaba en la cintura.

Igual sucedió en la tarde en que jugando en un hormiguero, conocí a unas niñitas y las llevé conmigo para cambiar por los míos sus andrajosos vestidos.

Mi madre no quiso comprender mis razones; tampoco yo acepté que me levantara el castigo hasta pagar mi culpa.

Ella nunca salía, pero organizaba muchas fiestas para obsequiar a sus amistades. Uno de esos momentos yo no tenía deseos de que me llevaran al jardín y sí de que mi madre se ocupara un poco de mí.

Era una tarde muy calurosa.

Durante un rato contemplé el ir y venir de las sirvientas atendiendo a los invitados.

Nadie hizo caso de mi presencia.

Para llamar la atención, decidí echarme encima una de las macetas que adornaban el patio de la casa.

(Claro que teniendo cuidado de no irla a romper.) Me gustaban tanto; dentro de mí las comparaba con blancas campanas invertidas cuyas voces eran gigantescos helechos, amarillos rosales, verdes y lustrosas palmas.

Aún guarda mi mano izquierda las cicatrices que me quedaron de entonces.

Hasta puedo escuchar la agria reprimenda que me dieron y que dejó para siempre un desapacible sabor de fracaso.

Las criadas decían que en la nueva casa asustaban.

Las luces de las lámparas no eran tan vivas, parecía que adrede habían sido puestas para que dieran una luz opaca y amarillenta. Desde que nos cambiamos, mi mamá no se levantaba de la cama. Si nos llevaban a saludarla entrábamos a su cuarto con disgusto, las cortinas de esa habitación estaban siempre cerradas.

Mi padrino de bautizo era sacerdote y hermano de mi madre. Vivía con mi abuelo en Tenamaxtlán. Un día llegó a nuestra casa para llevarme a vivir con ellos. Por un momento tuve esperanza de que mi madre no le permitiría realizar su propósito; bien pronto me di cuenta que lo había hecho venir con sólo ese objeto.

La víspera del viaje (cuando todos dormían), me levanté de la cama cuidando de no hacer algún ruido. Deseaba acomodar los pliegues de las cortinas de mi cuarto; los cordones con sus borlas de seda se me hacían muy bonitos.

Después pasé a la sala. Era la habitación más próxima a nuestros dormitorios y comunicaba también con el de mi madre. En ese sitio no me atreví a entrar.

Estaba segura que ese pasar mis manos sobre la superficie de muebles y objetos guardaría una parte de mí junto a mi madre, junto a mis hermanos, junto a todo ese mundo mío tan próximo a desaparecer.

¿Y mi padre? ¿Qué pensaría mi padre al no mirarme en el sitio de costumbre? Era imposible salir en mitad de la noche para despedirme. Desperté a mi nana y se negó a acompañarme; le rogué que fuera con los guardianes para que le avisaran a mi padre que mi mamá me mandaba a vivir con su hermano el sacerdote; que yo nada podía hacer para impedirlo; que iba a pensar en él, toda la vida...

Con una oscura sensación de miedo, me fui con mi tío el padre. Muy entrada la noche llegamos a una población en donde todo el mundo vivía en una sola casa. Eso me pareció; tenía fiebre y me sentía muy cansada. Por muchos días no pude recordar lo sucedido. Mi padrino me dijo que había tenido viruelas. En otra ocasión en que también estuve enferma, un soldado de mi papá, el general Cárdenas, me regaló una cocinita eléctrica.

En compañía de las familias Arana, Gómez y una fuerte escolta proseguimos el viaje; la distancia parecía mayor por lo malo de nuestras cabalgaduras.

Esa fue la segunda vez que aborrecí los brazos de los hombres; el contacto del que me estrechaba entre los suyos me daba la sensación de que iba presa. Hubiera querido adelantarme a todos en una interminable carrera de liberación.

En esas horas recordé a mi padre. ¡Hacía tantos días que lo tenía olvidado!

Llegamos a Tenamaxtlán cuando empezaba a oscurecer; mi abuelito abrazó a mi padrino y luego vino hacia mí, estrechándome con cariño y llamándome «mi muchachita».

Entonces conocí a Juana, mi nodriza, y a las cuatro hermanas Ruelas: Sebastiana, Jacoba, Tomasa y Fidencia.

Tomasa se puso a bailar frente a mí, diciendo que la llamara Tomasa *la zancona*. Juana, no encontrando una mejor forma de demostrar su alegría por mi presencia, me llevó hacia los corrales para enseñarme los puerquitos, los gallos y gallinas, y el hermoso caballo negro que había pertenecido a mi padre.

Lo que más placer me produjo fue ver a las palomas. Oír ese canto suyo tan triste y tan hermoso, mirarlas tan confiadas vivir entre los míos; también me propuse tener esa misma confianza y dejarme consentir por mi nodriza.

Vivíamos en la calle principal, frente a la plaza de toros. En realidad no había la tal plaza; sólo un enladrillado redondel en el que levantaban graderías en las fiestas de la Purísima.

Los primeros meses que pasé en ese pueblo fueron una interminable sucesión de invitaciones a comer, a jugar, a merendar, o, simplemente, a ir de visita. De entonces son los recuerdos más amargos de mi vida. Por verdadero afecto o por una simple y enconada curiosidad, me llenaban de preguntas a las que no sabía responder. (Decirlo me parece ingratitud para quienes fueron o pretendieron ser buenas conmigo.) Tal vez no hacían esas preguntas con intención de herirme; pero siempre volví a la casa con una horrible opresión en la mitad del pecho.

Entre ellas murmuraban que mi madre sostenía relaciones con un hombre que estaba fuera de la Iglesia. Que los hijos que nacieran de esa unión serían la vergüenza de mi abuelo y la de mi padrino; consecuentemente, la de mi hermano y la mía.

Estercita Cumplido intercalaba, volviéndose a mirarme: «¡Pobrecita, Joanna! ¡Pobrecita huérfana...!»

Aquella orfandad que me aplicaban me sonaba a timbre de nobleza. Bajando más la voz, nombraban a mi padre. Entonces hubiera deseado escapar; taparme los oídos; desmentir todas esas calumnias. Pero permanecía en ese mundo adulto, sin enseñar mis lágrimas, por obediencia a mi padrino.

La actitud que adoptaron contra de mi madre me convirtió en una criatura temerosa, incomprensiva. Cierto es que sufría cuando la criticaban, pero también es verdad que hicieron de mí su peor enemiga.

Muchas veces pensé: si el apoderado de mi madre es un hombre que está fuera de la Iglesia, ¿oirá misa en los atrios? (No creía que eso fuera pecado.) Había muchos que no podían entrar al templo los domingos porque estaba repleto. ¿Todos ellos irían a condenarse?

Poco a poco fue quedándose en mi interior una inhumana sensación de soledad. Me volví retraída y orgullosa. Empecé a formar un mundo en el cual todo era agradable: las palomas, las plantas, los animales que había en los corrales, el hermoso caballo que había pertenecido a mi padre y en el que mi padrino iba a sus confesiones por los ranchos. A las gallinas las bauticé con unos nombres preciosos; a Genoveva de Bramante la mataron en un cumpleaños de mi abuelo.

Al darme cuenta de tamaña monstruosidad, aborrecí con toda mi alma a mi nodriza, a mi padrino, pero muy especialmente a mi abuelo Miguel, por creerlo el más directo responsable de tan cobarde forma de festejar un santo.

Nuestras vecinas, las cuatro hermanas Ruelas, cosían ajeno. Con el tiempo se convirtieron en mi segunda familia. Ellas decían de sí mismas que eran las tías Ruelas; yo irrespetuosamente las llamaba de tú y por sus nombres.

Tomasa ya no perdía su tiempo bailando para divertirme ni la podía llamar Tomasa *la zancona*. Tiana, era una dulce mujer que siempre me sonreía a través de sus feas antiparras, sostenidas por un cordón cualquiera sobre su aguileña nariz.

Jacoba era mi mejor amiga: encargada de ir al potrero por las vacas y los becerros, siempre me invitaba a acompañarla.

El juez de mis actos era Fidencia.

¡Pobre de mí si me encontraba trepada en la barda que dividía nuestras casas, comiendo limones!...

Ella pasaba el día regañándome. La causa, lo de menos.

En riguroso turno iban las cuatro hermanas Ruelas a las tres y media de la tarde a preparar su merienda. Cuando le llegaba el suyo a Jacoba, íbamos de la mano hacia la oscura y olorosa cocina. En un pozuelito que me gustaba con delirio, me servía el chocolate. Tenía el interior cubierto de oro y el asa era un pollito en el momento de romper el cascarón. Lleno hasta los bordes me enseñaba a saborearlo en pequeños sorbos o mojando un trozo de pan para no quemarme. Siempre hacía la misma recomendación mientras me acariciaban sus grandes y húmedos ojos de madre sin hijos: «No vayas a romperlo, Joanna, porque si lo haces, ya no habrá chocolate para ti cuando yo meriende».

En la casa de la familia Arana conocí por primera vez un armadillo: fue espantoso mirarlo venir hacia mí arrastrando su cuerpo sobre el empedrado del zaguán. Con su cárcel a cuestas, con su aspecto de bestia anterior al diluvio, persiguiéndome. Grité, grité y grité, temerosa de su proximidad. Lo miraba como a una fatídica advertencia, como a una anticipada representación de vida propia.

Esa mañana conocí el frío y otra clase de miedo: el miedo a lo desconocido.

Se llamaba Marte el perro que había en la casa.

Le pusieron ese nombre porque era muy travieso y no dejaba en paz a nadie. Ya no lo conocí en sus años terribles; ahora era el inseparable compañero de mi tío el padre. Cuando no iba con él, no tenía el pobre Marte un momento de reposo. Mi llegada no trastornó su actitud. Ni fuimos amigos ni buscó mi compañía; jamás le preocupó mi presencia ni nuestra vida en común.

Las únicas niñas de quien llegué a ser amiga también eran huérfanas: Teresa y Rosario Mares. Cuando cumplí cinco años, mi nana nos preparó una rica merienda.

Creía que el azul añil era el color preferido de los muertos. (Azul profundo y azul ultramar). Cuando un niño humilde moría en esa población, teñían su caja de ese tono. La casa de doña Refugio Covarrubias ostentaba esa hermosa semejanza.

Mucho tiempo hice vida de inválida.

Los dolores de mis piernas eran tan fuertes, que apenas podía moverlas; si las tardes no eran frías mi padrino me llevaba a pasear a caballo.

Escuchábamos la oración cuando salíamos del pueblo; primero, débilmente; después, con más bríos, como voces andariegas que nos acompañaban. El canto de las campanas hacía penetrar en mi sangre milagros de ternura y de confianza; al conjuro de ellas mi cuerpo perdía su rigidez y apoyaba la espalda en el pecho de mi padrino que, sin comprender mi actitud, preguntaba si me había cansado y, sin hacer caso de mis protestas, emprendía el camino de regreso.

Dentro de mí quedaban los recuerdos del paseo.

En la memoria se confundían el olor de la tierra y el de las yerbas silvestres; pero el que más me gustaba aspirar era el perfume del ganado al volver con las ubres repletas para la ordeña de la noche.

A los cinco años no sabía leer.

No sólo eso: tampoco conocía las letras. El tiempo que estuve en el Colegio del Ángel de la Guarda sólo me dejó el recuerdo persistente y único de mi primera humillación.

Mi padrino no quiso mandarme a la escuela del pueblo. Tampoco podía hacerlo a Guadalajara. Además estaba enferma.

Recuerdo con toda precisión la mañana en que llegó mi padrino acompañado de la señorita Crescencia López. Era profesora en la escuela de niños y por amistad a él aceptó darme una hora de clase dos veces por semana.

Desde ese momento empezamos a trabajar.

Me explicó el abecedario muchas veces, pero yo solamente atinaba a mirarla, como si sus ojos hubieran podido ofrecerme una más clara explicación.

Mi padrino quiso saber lo que había aprendido con la señorita Crescencia, y tuve que decirle la verdad: no había aprendido absolutamente nada. Hizo como si mi respuesta careciera de importancia y preguntó si me había agradado la maestra. Volví a quedarme sin tener algo que decir porque no la había mirado.

Su presencia me produjo un azoro tan grande, que no pude darme cuenta de sus rasgos fisonómicos o de su voz...

Pronto desapareció tan desagradable sensación de ignorancia y no hubo hora más buena que cuando llegaba la señorita Crescencia.

Poco tiempo después empezaron a prepararme para la primera comunión. Mi padrino me autorizó a escoger madrina. Naturalmente, fue la señorita Crescencia.

Las Ruelas hicieron mi vestido. El señor cura de Soyatlán vendría a dármela el día del Sagrado Corazón de Jesús.

La noche de la víspera no pude dormir.

No me di cuenta de cómo me arreglaron ni recuerdo otra cosa que el ansia infinita de unirme a Dios Nuestro Señor.

El trayecto de nuestra casa a la iglesia me pareció irreal; había quedado sorda y ciega para las cosas cotidianas. La poderosa voz del señor cura Mercado resonaba en la inmensidad del templo, como una profecía, con palabras que los años no han conseguido hacerme olvidar:

—¡Joanna...! ¡Si algún día un hombre te pide el corazón, no se lo entregues! ¡Dile que tú eres Joanna, Joanna del Sagrado Corazón de Jesús...!

Las campanas de la nueva iglesia eran nuestro mejor reloj.

Primero, el alba. Luego, las doce.

Al conjuro del Ave María, los cristianos habitantes de ese pueblo abandonaban sus labores para rezar.

La oración de la tarde, envolviéndose en las sombras, predisponía el espíritu a pensamientos más nobles y elevados.

Por último, vibrando en la noche, llegaba el toque de ánimas.

Un fervoroso réquiem demandaba piedad para los que ya dormían en nuestro camposanto.

Anunciando las fiestas de la virgen patrona, la gaita y el tambor hicieron su aparición en el pueblo. El aire llegaba lleno de viejas y queridas canciones.

En la plaza de toros se improvisó la gradería.

El portal fue adornado con frescas palmas de carrizo; grandes hojas de plátano; cortinas y flores de papel de china. Desde el campanario, Tenamaxtlán parecía una inmensa y multicolor piñata.

En el atrio bailaban los danzantes.

Persistente en mis oídos se quedaba el rítmico compás de sus talones y el constante reír de sus sonajas.

En el portal estaba la tienda de las señoritas Hernández. A diario se improvisaba en ella una tertulia; hasta mi abuelo compraba allí sus puros. (En realidad, él aprovechaba cualquier pretexto para charlar con las Hernández. Pachita era su predilecta). Rosita me llevaba con frecuencia a esa tienda que aún me causa espanto.

Era un tormento para mis pocos años permanecer horas y horas sentada en un alto taburete escuchando los chismes de ese pueblo; escuchando criticar a mi madre en un tono apagado, señalándome; criticar mi presencia en tantas casas, con alusiones ofensivas.

Quería morirme. Desaparecer. Quedarme ciega y sorda. Superar esa angustia, pero hacerlo sin que alguien lo notara. Aprendí con el tiempo a darles la razón; a aceptar que mi presencia era un estorbo; que mi madre merecía que la criticaran; que mi padrino y mi abuelo también eran merecedores de esa lástima que todos mencionaban.

¿Por qué iba a sorprenderme ese nuevo rechazo?

Temblaba ante cualquier extraño como ante un enemigo. Me sentía desplazada: por mi madre, por el pueblo, por los que se erigieron mis verdugos.

Crucita Arana era la enérgica directora de la escuela de niños.

De mediana estatura, lo severo en su forma de vestir contribuía a aumentar considerablemente su talla.

Nunca he comprendido por qué me imponía tanto su presencia. Creo que jamás hablé con ella sin sentirme involuntariamente empequeñecida. No así con su hermana Candelaria; ella fue como un recio pilar que me guardaba de todos los peligros.

Mi padrino iba algunas tardes a la casa de las Arana a tomar allí lo que constituía su principal alimento: tazas y tazas de negro y aromático café.

No conocí las razones por las que cambiamos de domicilio. Los primeros días estuvieron llenos de encanto para mí. La nueva casa quedaba enfrente de una puerta lateral de la iglesia, separándonos una angosta callecita de escasos cuatro metros de ancho.

En aquel tiempo esa única cuadra me parecía eterna.

Al poniente la cerraba el cuartel y al otro extremo, el barrio de los arribeños.

Existían abismos entre una y otra clase social.

No era cuestión de fortuna, sino de alcurnia.

El que había nacido entre esos límites quedaba proscrito de nuestro círculo, igual que si hubiera estado hecho de materia distinta.

Esa proximidad me dio el beneficio de hacerme un poco humilde.

Fue música para mis oídos el taconeo de las que, con paso apresurado, cruzaban frente a mi ventana al toque de la última campanada de la misa.

Percibía, con toda claridad, el ruido de sus almidonadas enaguas; pensando que el viento, por divertirse, las rasgaba con filosos cuchillos convirtiéndolas en alegres y limpias banderolas.

Las muchachas de mi pueblo siempre iban vestidas de negro; con la cabeza cubierta y el cabello peinado en apretado moño.

Por la gracia del vestido largo y de su estricta educación, tenían la mayor parte de ellas una aparente madurez. El rosario y el libro de rezos formaban parte de esa indumentaria.

Los años se iban entre sus obligaciones y sus ocultas esperanzas.

Esperanzas que la mayoría de las veces resultaban fallidas.

Me gustaba ir detrás de mi nueva nana, Luisa, con la mirada fija en sus hermosas trenzas; en su delgado cuerpo y sus viejos zapatos; en la fatiga aposentada en sus espaldas. Al caminar se movía de izquierda a derecha, como un esbelto barco recortado en el cielo.

Las calles parecían definitivamente abandonadas.

Una lámpara de petróleo, puesta sobre una repisa, iluminaba la virgencita vestida de azul y oro, con un pequeño niño entre los brazos. Otros grabados representaban escenas campesinas, soleadas y simples. Cuando entramos a mi cuarto, Luisa ordenó:

—Desvístete y reza.

Antes de arrodillarme busqué un pretexto, un pequeño pretexto, para retener a Luisa conmigo.

—¡Joanna! ¡Basta de niñerías! Te he dicho que reces. ¡Ángel de mi guarda...!

—Ángel de mi guarda: ¡... no dejes que Luisa me abandone!

—¿Qué estás murmurando?

—Una oración al Ángel de mi guarda.

—No conozco ninguna oración que hable de abandono, ni de alguna Luisa.

—Es que tengo frío nana; cuando tengo frío, siento mucho miedo.

—Métete en la cama y reza conmigo el Padre Nuestro.

—¡Padre Nuestro...!

—Ahora, la Salve.

—¿Esperarás a que me duerma? Déjame tener tus trenzas en mis manos.

—¡Buenas noches, Joanna!

—No me dejes sola todavía. ¡Cántame algo! ¡Cantas tan bonito...!

—¡De ningún modo, señorita! Tienes que probar que eres hija de un soldado.

Pero, tomó mi mano entre las suyas.

Junto a Luisa olvidaba mis temores. Ella no comprendía la causa ni mi necesidad de afecto.

Poco después abrió la puerta y desapareció juzgándome dormida.

Estuve escuchando sus pasos hasta que se apagaron.

En los muros palpitaba la llama de la lámpara. Para combatir a la noche inventaba una historia: siempre fui la hija de un rey que estaba ausente. Una niña triste, abandonada.

Los domingos despertaba con las campanadas de la segunda misa.

Al abrir los ojos divisaba mi ropa del domingo sobre una silla próxima a mi lecho. En la calle resonaban los cascos de los caballos y el reposado transitar de las vacas después de las ordeñas.

Desde que cumplí seis años me levantaba a misa de ocho.

¡Cómo me gustaban las ceremonias de la iglesia!

Principalmente si oficiaba mi padrino.

Mi afán de gloria terrenal lo constituían el viejo reclinatorio y la silla roja de mi abuelo. Al final de la nave principal se abría la capilla de la Purísima. Soñaba con el tiempo en que pudieran imponerme el azul distintivo de esa orden. Seguramente eso constituyó entonces mi único motivo de crecer.

Pero, no sólo eran cuestiones de orgullo y de esperanza lo que me procuraba el templo: el olor del incienso estaba pletórico de evocaciones, de misterio divino.

(¿Por qué —preguntaba a mi abuelo, a mi padrino—, las niñas quedábamos excluidas del servicio en la iglesia?)

El momento de la elevación me sobrecogía de espanto y gozo. Nunca pude recibir la bendición del Santísimo sin sentirme interiormente aniquilada.

En cambio, las voces del órgano y las del armónico, (que muchas veces tocaba mi padrino), me llevaban al éxtasis: un estado de dicha que me dejaba ausente el alma.

Todos los domingos al salir de misa íbamos al campo: la casa de mi nana quedaba en las afueras, cerca de la presa, de los cerros, del único arroyo que cercaba el pueblo.

No me dejaban bañarme en el arroyo. Los niños me miraban como a una extranjera, así me sentía yo; con mi vestido inmaculado, con mis zapatos relucientes, con un quitasol —única prenda de color en mi vestuario— que protegía la palidez permanente de mi cuerpo.

Algunas veces olvidaba mi condición de huérfana. (No hubiera podido explicar el motivo). La cama de Luisa, próxima a la mía, significaba un nuevo cariño; la escuchaba dormir. Imaginaba que en un momento extremo podría reintegrarla a mi mundo, pero sabía de sobra que el sueño de los mayores es sagrado.

Me quedaba un recurso: llorar, quejarme, fingir que me levantaba. (Ay de mí si el intento era injustificado.) Siempre lo fue y Luisa lo sabía.

Las noches parecían eternas: un mundo tenebroso, insuperable... Contaba los latidos en mi pecho: cada palpitación era un abismo insospechado, una mirada oscura, un no se qué de grito silencioso.

La casa parecía desierta, únicamente los pájaros saltaban adentro de sus jaulas; callados, temerosos, como si respetaran una vieja consigna. Mi padrino, mi abuelo, Luisa y las demás gente de la casa dormían plácidamente: sólo los pájaros y yo permanecíamos en vela.

En nuestra cuadra sólo había tres casas. Yo las comparaba con tres hermanas y les había puesto sus nombres, pero, esos no me atrevo a mencionarlos.

Todas se comunicaban por los corrales. La nuestra era la del centro. En la del extremo oriente vivía Antonia.

La conocí una tarde en que me reprendieron por algo que no recuerdo y fui hasta el interior en busca de soledad.

La vi de pronto, con el rubio cabello formándole dos trenzas, sonriéndome, como si fuéramos amigas.

Sin hacer caso de su presencia me puse a jugar con el caballo, pasándole mis pies por debajo de su panza. El pobrecito me conocía mucho y, a pesar de su ner-

viosismo, procuraba no hacerme daño. Pero tanto lo molesté, que terminó dándome una patada, dejándome sin conocimiento.

Antonia dio aviso a mi abuelito para que viniera a ayudarme.

A pesar de que me chocó su entrometimiento, no fui lo bastante ruda para decírselo y quedamos amigas.

Yo tenía la costumbre de llevar al rosario algo de comer; unas veces, tamarindos; otras, pedazos de membrillo copeteados de sal. O dulces, las frutas ácidas eran mis predilectas, las dividía en trozos que por su número y tamaño correspondieran al de padrenuestros y avemarías que me tocara rezar.

Antonia me regañaba por esas niñerías.

Ella estaba enamorada del mayor de los monaguillos.

Por espulgar a una criadita me di, sin saberlo, una empiojada fenomenal. A mí me parecía muy divertido, pero mi padrino optó por raparme en la peluquería del papá de los monaguillos Arcadio y Salvador Quintero.

A causa de las cartas que Antonia me hacía entregarle a Arcadio, Salvador se volvió mi peor enemigo.

Mientras ofrecíamos flores me miraba en fea forma y ya en la calle se ponía a gritar:

—¡Pelooona...! ¡Pelooona...! ¡Piojoooosa...!

Intenté por todos los medios hacerle comprender que no merecía su odio, pero él no cejaba en su afán de humillarme. Cuanto más hacía por ganar su amistad, tanto más se encarnizaba conmigo. Para poner remedio a esa situación, fui a decirle a Antonia que no iba a continuar en mi papel de mediadora.

Esa tarde entré en conocimiento con el diablo. (Antonia me convenció de que así había sucedido). Sobre el tejado vimos una silueta semejante a la de Arcadio y ella dijo: «Por tratos que tengo con Satanás, mi novio se aparece en los momentos en que lo invoco».

Llegó a ser tan fuerte esa sugestión, que olvidando mis propósitos, me guardé de negarme a cualquiera de sus mandatos, y seguí desafiando la cólera de Salvador, entregándole al monaguillo todo aquello que Antonia me ordenaba.

Doña Dolores Preciado cedió a mi padrino la casa vecina. La nuestra era insuficiente para albergar a los muchachos del seminario.

Juzgué que ese cambio era una ayuda que la providencia me enviaba. Pronto me olvidé de Antonia y de los disgustos que me trajo su amistad.

Me acarreó fama de voluble el que por un tiempo relativamente corto, prefiriera la compañía de tal o cual persona. En mis condiciones era natural; cambiar de ambiente me hacía el efecto de salir de viaje, como si hubiera podido tener vacaciones. Cuando me separaba de alguien, no me costaba sacrificio y volvía a mi vida de costumbre, con sensaciones frescas nacidas en la intimidad con otros seres.

En realidad me llevaba a la gente el cariño.

Algún comentario despertaba mi interés, dejándome conquistar sin gran esfuerzo. Tenía el tiempo a mi disposición y hacía uso de él en la forma que para mí era más agradable.

La amistad con doña Refugio Covarrubias avivó mi pasión por las lecturas religiosas; viví muchos meses sumida en ansias de martirio. Fue mi anhelo llegar a ser como esas santas y a mi vez ser tenida como ejemplo de pureza y humildad.

Un once de diciembre mi padrino me habló de la muerte de mi padre a quien yo pensaba ausente. (Recuerdo que hizo hincapié en la coincidencia de las fechas de su natalicio y de su asesinato). Al día siguiente iban a cumplirse, una vez más, aquellos aniversarios. A pesar de los esfuerzos que hacía para comprender, me resultaba increíble que todo siguiera igual después de lo que mi padrino me dijo. Sus palabras de consuelo resbalaron por mi corazón sin encontrar en dónde detenerse.

Volví de confesarme cuando era muy noche. No quise comer y me fui a la cama para meditar en lo que me había sido revelado. ¡Jamás me sentí más pequeña e indefensa!

Mi padrino tampoco pudo conciliar el sueño.

Lo supe porque oía, con toda claridad, volver las páginas de un libro. Para decir la primera misa se levantó más temprano que de costumbre. Para que Luisa no interrumpiera mi estado de ánimo, me puse el vestido azul que estaba sobre una silla, a pesar del repentino disgusto que me causó mirarlo. (Esperaba que mi vestido fuera negro y sentía una especie de pudor a ser consolada).

Esa mañana comulgué con más devoción que otras veces. Al volver me invadía un inmenso bienestar. Desde ese momento mi padre iba a pertenecerme en forma absoluta; algo muy interior e inexpresable me daba la sensación de su presencia.

Al dar un trago a la leche se me ocurrió que si comulgaba una segunda vez, él tendría un mayor descanso. Apresuradamente enjuagué mi boca, llegando al comulgatorio en los precisos momentos en que el sacerdote daba la Sagrada Comunión.

A la entrada del templo había una imagen del Ánima Sola. Las oraciones con doña Romualdita Arana, las cuatro hermanas Ruelas, Estercita Cumplido y doña Refugio Covarrubias eran para ella. Con todo el corazón rezaba por las ánimas, pensando que los santos y las santas no necesitaban mis plegarias. De esa fecha en adelante iban a ser también por mi padre.

Cumplida mi amorosa ofrenda, regresé a tomar mi desayuno con toda tranquilidad. No oí los pasos de mi padrino y me sorprendió mirarlo frente a mí, con el enflaquecido rostro lleno de preocupación. Nada me hizo suponer la causa que la motivaba.

—¿Es verdad que comulgaste dos veces, Joanna?

La voz apenas salía de su garganta como si una garra le impidiera manifestarse con naturalidad.

La pregunta me produjo un sentimiento infinito de culpa. Pavor de no encontrar las palabras que le hicieran comprender el motivo por el que había comulgado dos veces y, cuando abrí los labios para responder, negué mi doble comunión.

Él me escuchaba con una calma que me hacía instintivamente seguirle mintiendo.

—¿A qué hora comulgaste?...

—En la primera misa —contesté—. No —rectifiqué—, fue en la misa de siete.

—¿Sabes que ha habido tres misas y que yo fui quien te dio la comunión?

—No me di cuenta, padrino...

Reinó entre nosotros un silencio que me pareció eterno.

Yo quería hablar. Hablar para explicarle que su actitud me atemorizaba pero su voz interrumpió el hilo de mis pensamientos y sólo escuché cuando dijo:

—¿Estás diciendo la verdad?

Volví a hablar con rapidez, embrollando más el conflicto con las explicaciones que me dictaba el miedo.

—Toma tu chalina, porque vamos a ir al curato para comprobar lo que has dicho.

Ni el pretexto tenía de buscarla, porque colgaba todavía de mis hombros. Recuerdo que me chocó (hasta producirme náusea) su color azul cielo y me repugnó su

adhesivo contacto, como si se hubiera convertido en mi mortaja. La acomodé sobre mi cabeza y me puse a caminar junto a él, como si nada hubiera ocurrido, como lo había hecho en tantas ocasiones, sólo que entonces me sentía verdaderamente culpable.

Las personas que encontramos en el camino aumentaron con su mirada la sensación dolorosa y humillante a que me había arrastrado mi inconsciente temor. ¡No sé qué hubiera dado por ser distinta, por conducirme como alguna otra niña, sin problemas ni complicaciones!

En los escasos minutos que duró ese trayecto, viví miles de veces la escena que me esperaba: estaría desayunándose el señor cura de Soyatlán, el mismo que un año antes me diera la primera comunión; tendría que encontrar a doña Refugito, la hermana del señor cura Lepe, haciendo con la cabeza un movimiento pendular de desaprobación y a Estercita, su hija mayor, acariciándome con su mirada compasiva y afectuosa. Pero, ¡yo no quería piedad!, ¡quería morirme!

Cuando entramos sentí desfallecer; instintivamente busqué la mano de mi padrino y la retuve fuertemente entre las mías.

—¡Joanna...! ¿No comprendes que si te he traído hasta aquí es obligado por tus mentiras? Quiero que seas tú quien me diga la verdad. ¡Joanna!, ¿comulgaste dos veces?

Por toda respuesta hice un movimiento afirmativo.

Cuando volvimos a la casa, fue hasta la caballeriza y vi que traía en la mano una gruesa correa.

—Te voy a castigar por cobarde. ¡Es increíble que una criatura como tú no haya sabido defender sus ideales! Desde un principio me di cuenta que no tuviste intención de cometer un sacrilegio...

Se fue, dejándome en un estado de aturdimiento y pesar infinitos. ¿Acaso sabía cuál fue el impulso que me hizo negar lo que dentro de mí era la manifestación más grande de cariño a mi padre? ¿Acaso lo había hecho de mala fe?

En mi cuarto me puse a pensar.

(Por un momento creí que todo era producto de mi imaginación.)

Todo mi ser se prendió a esa esperanza, porque de ella extraía un consuelo muy grande. Mi sufrimiento fue poco a poco hundiéndose en la memoria.

Lo que me causaba verdadero pesar era la dolorosa mirada de mi padrino y la desilusión que había sorprendido en sus oscuros ojos cuando inútilmente intentó

castigarme; por primera vez experimenté (hasta el límite de mi razón) cómo una pequeña falta puede distanciar a dos seres que se aman y, cómo, olvidando la hondura de sus sentimientos, se lastiman recíprocamente hasta el delirio. Mi falta rompió nuestra anterior intimidad.

Durante mucho tiempo mi padrino evitó dirigirme la palabra.

Empecé a mirar (nada importaba que estuviera dormida o estuviera despierta), que mi padre venía hacia mí desde un país lejano. Primero miraba el mar, luego veía a mi padre, montando un brioso caballo blanco.

Todo era blanco: la lujosa armadura de mi padre, el yelmo que ocultaba sus facciones, el enjaezado caballo de mi padre. También el horizonte que abarcaban los ojos. (En cualquier momento parecía irrumpir el mar a través de las grietas del muro).

Encima de ese mar y sin tocar sus olas, surgía la gallarda figura de mi padre galopando... galopando... galopando...

Deslumbrante de blancura; de una blancura que no cegaba los ojos. Cuanto más lo miraba, más nítidamente surgían los detalles: mar y cielo apacibles, luz blanca de la noche, vestidura blanca de mi padre, flotando a sus costados, acercándose, acercándose, acercándose, desde una distancia cada instante mayor, insuperable... La noble bestia blanca subía y bajaba la adornada cabeza sin ojos, sin belfos, sin aliento vital; la crin destacaba su cualidad de lluvia. Los remos delanteros acortaban la distancia con movimientos acompasados, armoniosos. Acercándose, alejándose, acercándose, hasta desvanecerse en mitad del silencio.

Tampoco tenía rostro el cuerpo de mi padre: la hendidura del yelmo a la altura de los ojos era una caverna negrísima.

(Pobre padre sin tiempo; criatura de mi desolación, que desafiaba al viento, al mar, y, hasta a la misma muerte, para intentar consolarme de su pérdida).

Era urgente que una persona de nuestra familia se ocupara de mí, de mi educación e hiciera las veces de una madre.

Mi padrino convenció a la hermana de mi abuelo, doña Margarita Correa, para que viviera con nosotros.

Esa perspectiva no constituía para ella algún atractivo. Significaba vivir en una pequeña y lejana población, con un iluso sacerdote sin fortuna, una niña solitaria de quien sólo el nombre conocía, y un hermano, con el que nunca se entendió.

«¡Era pedirle demasiado! Desde la muerte de su llorado esposo, que acabó con su caudal, Europa había sido la única patria que reconocía. Y, ese pobre sacerdote —Rafael— en su abnegada forma de vivir, había perdido el contacto con la realidad. (La realidad de ella, que se consideraba a sí misma, *una mujer de edad*). ¿A esas alturas, sabría comportarse como una buena madre? ¡Nunca tuvo hijos! Además, existía la madre de esa niña, ¿por qué no la llamaban?»

Era inevitable que me enterara de lo que mi padrino escribía, de lo que doña Margarita contestaba, no sólo era yo la que estaba al corriente de todo eso, todos nuestros conocidos vivían indagando si mi tía abuela vendría o no vendría. Vencieron los argumentos y las súplicas de mi padrino...

Una tarde llegó y, tras ella, un cargamento con todo lo que juzgaba indispensable para asegurar su comodidad: una cama de hierro finamente modelada, un colchón con forro azul pálido, almohadas, almohadones, una máquina de coser, y una mesa escritorio que le servía de base; una mecedora, un taburete, una tina de baño lindamente adornada, tres baúles y una bellísima caja de ébano, labrada, un verdadero alarde de refinamiento.

El *menage* de mi tía Margarita incrementó mi manía de grandeza. ¡Me dejó impresionada! No la encontré bonita, pero vestía en forma impecable. Solicitó permiso para descansar y no lo hizo hasta que su cama estuvo tendida y ella hubo gozado de un baño muy caliente. Fue muy difícil conciliar el sueño.

Ansiaba conocer su vida, oírla hablar de sus viajes, fundirme en sus recuerdos. Ni por un momento supuse que tendría que obedecerla.

Temprano escuché que daba unas órdenes y luego se fue a misa. Cuando volvió de la iglesia, estaba desayunándome. En forma violenta censuró mi falta de atención hacia ella, por no haberla esperado para ese, su primer desayuno en nuestra casa. Además, tuvo el mal gusto de constituirse también en juez de las acciones de mi madre, y, con eso quedó roto el encanto que me trajo su presencia. Lo que a mi tía pudiera referirse, dejó de concernirme.

Me divertía comprobar cómo respetaron en Tenamaxtlán el protocolo que ella les impuso. Los días que siguieron a su llegada fue un interminable desfile de visitas.

Cada vez vestía con traje diferente, siempre negro, compuesto de una bella falda de cachemira, una blusa llena de encajes que le cubría el cuello y una maravillosa chaqueta bordada.

Blanco y rizado era su cabello; dos horquillas de plata lo sostenían en lo alto de su cabeza. De pequeña estatura, delgada; boca grande y nariz aguileña; sus ojos suavizaban lo altanero del semblante, con una mirada acariciadora y llena de brillo.

Debió haber sido muy dolorosa su sorpresa al enterarse que el sueldo de mi padrino apenas cubría los gastos menores de la casa.

La caridad de doña Dolores Preciado, de Crucita Arana y de don Salvador Gómez nos ayudaban a vivir.

Mi padrino fundó el seminario. Fue su guía, su maestro, su protector más abnegado. Con su cultura, un hombre menos humilde que él se hubiera vuelto loco con tantas privaciones.

Nuestra casa era un almacén de libros en todos los idiomas; tenía una exquisita sensibilidad para todo lo bello.

Tocaba el violín, la guitarra, en su pequeño armónico aprendí a amar la música de Guillermo Volckmar, las sonatas de José Rheinberger, el tedeum de Miguel Haller. Cuando la soledad era más torturante, tocaba sin descanso, aislándose para escribir sus mejores conferencias y su poesía.

¡Fue maravilloso vivir a su lado!

No comprendo por qué me dejó crecer como una planta salvaje.

No me avergüenza confesar mi envidia por los amigos y discípulos de mi padrino. Me sentía desplazada de su vida. Hubiera deseado tomar parte en todas sus actividades. Pero todo lo compensaba la cariñosa presión de su mano cuando, en señal de despedida, la apoyaba sobre mi cabeza como queriendo borrar los pensamientos negativos que anidaban en ella.

Cuando me juzgué capaz de escribir una carta sin ayuda ajena, fue dictada por el odio: el odio a mi madre. ¿O, fue acaso por el amor?

Le dije que hasta los reptiles protegen a sus crías. ¿De qué materia estaba constituida para ser tan mala madre...?

La idea de que sin brazos los hombres serían estupendos me la sugirió la silueta de mi padrino en un atardecer. Las sombras alargaban su figura, impidiéndome observar que guardaba las manos dentro de los bolsillos de la sotana; aquella mutilación se me hizo indispensable...

No pasaba algo extraordinario.

El seminario acabó con nuestra tranquilidad y hasta Marte se hizo comodino. En ocasiones entraban perros extraños hasta los corredores de la casa y él ni se tomaba la molestia de mirarlos.

Con los que se encarnizaba era con los pobrecitos cerdos: les tenía un odio feroz. Hubiera querido apalearlo cuando, colgado de sus puntiagudas orejas, las arrojaba fuera de la casa y volvía a su puesto con el hocico lleno de sangre.

¡Cómo odiaba su crueldad! Por mucho tiempo evitaba su presencia.

Dediqué todo mi amor a las palomas. Observándolas, se me iban las horas y cerraba los ojos para oírlas cantar. Por la noche las guardaban en jaulas. Les cortaron las alas para que no volaran.

Parece que presentían los pasos de mi padrino.

Desde mucho antes que él llegara se ponían a cantar; mientras había luz en sus habitaciones el canto no cesaba; entonces me gustaba dormir. Con ese arrullo mis sueños eran más apacibles.

Las Mares me invitaban a presenciar sus exámenes. Al entrar en su clase tenía que hacer un esfuerzo para ocultar mis lágrimas: mi emoción era la misma que cuando entraba a un templo, con la diferencia de que a éste iba con mucha frecuencia y nadie se ocupó de mandarme a una escuela.

Las maestras me citaban como ejemplo de aplicación e inteligencia a mí, que apenas conocía lo más elemental de la enseñanza.

Teresa me urgía para que hablara de mi padre.

Yo inventaba viajes, tesoros fabulosos, aventuras extraordinarias e imposibles para justificar su ausencia. Por el dolor que me trajo la noticia de su muerte, me dije a mí misma que no había acontecido. Así empecé con mi padre una larga correspondencia, hablándole de mi amor hacia él, de mis estados de angustia, de mis problemas imaginados o reales.

Los arrojaba lejos de mí, escribiendo aquellas epístolas; después las depositaba en un hueco formado a propósito, en una derruida pared de adobes. Para que el viento y la lluvia no destruyeran mis escritos, cubría aquella especie de santuario con ramas recién cortadas de limón o de arrayán. Tal vez habría sido más lógico taparlos con una simple piedra; pero, poner una piedra encima de ellos, me resultaba into-

lerable; como si les hubieran impedido respirar. (Entonces aprendí a amar el ácido perfume de las plantas silvestres; mis cartas se impregnaban de su recién nacido aroma vegetal.)

Mi tía Josefina Correa nos hizo una visita. Al poco tiempo, Angelito, mi hermano, llegó para vivir con nosotros.

Seguía siendo un muchacho glotón y mimado cuyos dorados bucles lo hacían irresistible. Sus ojos color de miel se abrían llenos de asombro al comprobar que en casa no dábamos mucha importancia a sus caprichos. Mi abuelito y mis tías estaban felices con su presencia. Yo me propuse hacer de mi hermano un niño modelo.

No estábamos prevenidos para soportar el dolor de la inesperada muerte de mi padrino. Los médicos diagnosticaron pulmonía fulminante y en dos días se consumió su debilitada naturaleza.

Murió a la hora de la elevación, un domingo diecinueve de abril.

Nuestra casa fue insuficiente para alojar a los que vinieron a despedirlo.

No sé que hubiera sido de nosotros sin la ayuda de nuestros amigos.

Quitaron los muebles y el armónico de la sala en que tocaba sus conciertos, colocando sillas alrededor de las paredes. Tantas, que parecía una sola silla monstruosa.

¡Era terriblemente doloroso ver a mi abuelo! Cómo si las palabras hubieran huido de sus labios para siempre.

Esa noche no cantaron las palomas.

Llena de miedo y presentimientos fui a refugiarme dentro de mi cama. Frente a ella habían puesto su lindo estante inglés que al abrirse quedaba convertido en escritorio. Sus libros desparramados por todos los rincones.

A medida que pasaban las horas me hacía la ilusión de que todo seguía igual. Tantas veces lo había visto inclinado sobre ese antiguo mueble, que era imposible aceptar que mi padrino hubiera muerto.

De un clavijero colgaba su vieja sotana.

Mirando sus verdosos pliegues evoqué su vida en Tenamaxtlán, y la quietud aromada de sus campos en las huellas que había dejado la tierra en su bastilla. Tierra buena, olorosa, inagotable, donde ondulan las siembras y los hombres tienen un recio aspecto campesino, y los largos caminos, más silencio.

La campana llamó para la primera misa, con tañidos apagados y lentos.

¿Por qué tenía que arrancarme de mi ensueño con tamaña crueldad?

Un clamor de protesta me subió hasta los labios:

—¡Mi padrino ha muerto...! ¡Mi padrino...!

Momentos antes no alcanzaba a comprender lo grande de mi desgracia.

Sentía un gran vacío y una gran tranquilidad; el llanto me había dejado hueca de sensaciones; otra vez se hallaba abierta la fuente de la ternura y de las lágrimas; una angustia incontenible de soledad iba helando mi sangre.

Lo habían tendido en su cama de hierro; sus almohadas, blanquísimas, recortaban su delgado semblante dándole a su rostro una paz y una majestad que no le conocía.

Tampoco había visto antes a un sacerdote en su lecho de muerte. Me parecía mirar a un extraño, mirar a mi padrino por primera vez.

A pesar de mi angustia, a pesar de mis lágrimas, no dejaba escapar un solo rasgo, un solo detalle de ese delgado cuerpo. (Había crecido mucho con la sotana y con la muerte). Sus pies sobresalían de los barrotes de la cama, como si hubieran empezado a irse.

No pude pronunciar la palabra «padrino», no podía aplicarla a ese ser ante el cual volvía a helarme de espanto.

Alguien me tocó de los hombros y me dijo que me persignara. A pesar de mi turbación me arrodillé para persignarme y luego me puse de pie para besar las manos de mi padrino.

Cuando quedé sola y los pasos se perdieron en el corredor, volví a arrodillarme junto a su cabecera (creía que permaneciendo quieta, encorbada, recobraría la serenidad). Era tan terrible mi orfandad que no podía contener los sollozos.

Sentí que la pieza se llenaba de murmullos y que alguien respiraba junto a mí. ¡Mi padrino! —pensé—. ¡Es mi padrino! Pero volví la cabeza y miré a muchas mujeres enlutadas observándome, desde no sabía cuánto tiempo; sentadas alrededor de la sala, con las manos unidas sobre el regazo y la cabeza cubierta, inclinada, como si llevaran mucho tiempo escuchando. Me produjo un efecto de pesadilla: la intimidad con mi padrino muerto había quedado trunca.

De la estancia vecina llegaban rumores y ruidos motivados por el cambio de muebles. Hubo un intervalo de silencio: después continuó la cadencia de las que rezaban el rosario.

Sentí como si también estuviera muerta. Faltando mi padrino, todo quedaba amenazado, desde sus raíces.

No acompañé el sepelio de mi padrino hasta el camposanto.

Después de las solemnes exequias en la iglesia, me adelanté a recibirlo, como si él volviera de un viaje y no fuera a emprenderlo.

La voz del profesor don Félix Robles pronunció una larga oración fúnebre, de la que sólo recuerdo estas palabras:

«¡No me digáis que ha muerto! ¡Para mí sigue estando presente! ¡No es posible perderlo en la muerte!»

Las primeras paletadas de tierra empezaron a caer sobre su modesto cajón. Cajón que fue adquirido con la contribución de los que nos acompañaron mientras su cuerpo estuvo expuesto. Primero, en la casa, después, en el templo al que sirvió fielmente; hasta el límite de su debilitada constitución de hombre... (Santa costumbre de los pueblos, que participan con su amistosa cooperación al entierro de los que amaron. Símbolo de caridad, de fraternidad, de gratitud perennes. No hubo un solo habitante de Tenamaxtlán que no acudiera a despedirlo, a acompañarlo hasta su último refugio.)

Allí quedaba él. Allí quería estar yo.

Se me ofuscaron los sentidos. Nunca sabré quién me depositó en los brazos de mi abuelo: ¡inconsolable...!

III

Habían pasado muchas horas. Parecía que ese doctor no tuviera más ocupación que escucharme, ni otro deseo que prestarme su ayuda firme y voluntariamente.

Estaba cansada, profundamente cansada, más que nunca. Me levantaba al alba y dormía muy poco.

Empecé a sentir hambre, a recordar que mi hijo también la tendría, que el doctor estaría cansado, quizás más que yo y sólo tuve un deseo: cortar cuanto antes el interrogatorio.

Todo eso no tenía sentido; yo no quería arreglar mi vida, quería arreglar mi muerte y a ese paso nada lograría.

Se dio cuenta de que deseaba escapar y cortó la consulta.

—Está atormentada por algo que no ha hecho, sino por algo que le hicieron a usted. Es mi deber decirle lo que pienso. Resulta prematuro hacer un resumen, mañana, a las seis de la mañana, volveré otra vez.

A la mañana siguiente tuve que realizar un enorme esfuerzo para hablar con el médico. No quería que me removiera el fango que tenía en las entrañas; no iba a poder hablar de muchas cosas y así se lo dije en forma agresiva: los vínculos con mi pasado semejaban ligaduras que me tenían presa desde mi nacimiento; no quería seguir adelante, no iba a poder hacerlo nuevamente.

El doctor guardó silencio. Un poco más tranquila continué.

Tenamaxtlán es un pueblo de una sola calle: empieza después de un arroyo seco y termina en un camino que lleva al Santuario de la Virgen de Atengo.

La calle real es obligado trayecto de antiguas carretas de altas y pesadas ruedas. Por ella transitan burros, cerdos, los caballos de los señores y el ganado que va o que vuelve para la ordeña cotidiana. El olor de la pastura y el de la boñiga se cuelan por las angostas calles de esa hospitalaria población.

Algunas casas de bella historia y bella arquitectura fueron abrigo de familias de muy noble ascendencia. (Refugio mío en mis años de infancia).

Esa tierra impone su poder en el hombre; también el agua, el frío, la dureza de los montes, la brusquedad del suelo, los troncos de los árboles. Todo eso infunde en el alma de los que allí nacieron una obstinación, una firmeza, un orgullo natural que sólo puede ser interpretado como signo de independencia y señorío. En Tenamaxtlán, los labriegos se descubren ante un forastero o un amigo, deseándoles un cordial «buenos días» sin familiaridad ni altanería.

Salimos de Tenamaxtlán cuando todos dormían. En el cielo brillaban las estrellas.

El camino se me hizo interminable; la misma oscura sensación de soledad que me dejó la muerte de mi adorado padrino me acompañaba ahora que nos mandaban a reunirnos con nuestra madre después de tantos años. Mi estado emotivo me impedía una vez más prestar atención a lo que íbamos mirando. Dos días después llegamos a Guadalajara. La casa quedaba próxima a la estación. Frente al templo de Aránzazu.

Mientras subíamos las escaleras, pensé que no iban a resistir nuestro peso y se vendrían abajo. Al final nos esperaba ella.

Esa fue la primera vez que la recuerdo.

Llevaba una bata larga, llena de encajes y de sus hombros colgaba un chal. Su peinado me recordó el de las estatuas griegas. Luego miré sus ojos, oscuros y apacibles. Lo que tenía verdaderamente hermoso era la nariz: recta y fina, prestaba a su rostro una gran distinción. La boca, grande, de labios voluntariosos; al sonreír los fruncía un poco en un gesto de coquetería.

Abrazó a mi hermano y se quedó observándome. No puedo recordar si también me hizo una caricia. Se había casado otra vez con un ingeniero de minas. Tendríamos que llamarlo papá José.

Hablando con volubilidad, nos llevó a sus habitaciones. La casa pertenecía a unas amigas de quienes seríamos huéspedes mientras terminaban la nuestra. Dijo que era muy miedosa y no podía olvidar a mi padrino. Así lo demostró desde el primer momento: sobre las camas estaba preparada nuestra ropa de luto, como si la que llevábamos puesta no tuviera ese mismo color.

Al quedar solos aleccioné a mi hermano, mejor dicho, le ordené que se guardara de decirle padre a nuestro padrastro. Ángel me prometió no hacerlo, pero en cuanto él estuvo frente a nosotros, se colgó de su cuello y lo llamó: «papá».

Era muy guapo el esposo de nuestra madre. De elevada estatura, su rostro expresaba bondad, los ojos eran maliciosos y alegres; lo tengo muy presente porque el hermanito que llegó unos meses más tarde fue su vivo retrato. Viéndome a los ojos, y quitando los cabellos que caían sobre mi frente, me dijo que no lo llamara padre, sino José, a secas, o don José, por ser él un poquito más viejo...

Por la mañana perdí la noción del sitio en que nos encontrábamos.

Sorprendida escuché a los voceadores anunciar a gritos: ¡*El Informador*...! ¡*El Informador* de hoy...!

La voz se desvanecía en la distancia, pero otra de timbre más cristalino repetía el estribillo.

—¡*El... Informa...dooor...*! ¡*El In... for... ma... dor...* de hoy...!

Después siguió el ruido que hacían los caballos con sus cascos sobre el pavimento de la calle. Era alegre, multiforme, acompasado, tal vez por eso me gustó más.

Hecha un ovillo dentro de los cobertores, dejé escapar la imaginación al través de los muros, soñando siempre en lugares fantásticos y en seres sobrehumanos e inexistentes.

Guardamos por mi padrino un luto muy riguroso.

Nuestras diversiones consistían en paseos en coche cerrado o en circuitos en cualquier tranvía foráneo. Nos acompañaban Jorge y Federico Romo.

El día que se hizo la mudanza, Jorge me entregó una carta:

«¡Joanna no estés triste; te seguiré hasta el mismo infierno, soy tu novio. Jorge.»

La segunda decía:

«Si en la mesa me ves atendiendo a mi prima Lupe, no sufras, querida Joanna; deber de caballeros es ser atentos con las damas. Tu novio hasta la muerte. Jorge.»

Cuando nació Rafaelito, mamá duró eternidades en la cama; don José hizo venir a su única hermana Carlota para cuidarla. Carlota era viuda y madre de cuatro hijos: Emma, Ernesto, Adolfo y Guillermo.

Adolfo se hizo aborrecible desde el primer momento. Caprichoso y malvado, sus juegos nos llenaban de temor. Por defender a mi hermano fingí someterme a todos sus caprichos, buscando para él animales repugnantes y extraños. ¡Pobre Adolfo!, su más indefensa víctima era él mismo. Las visitas de Jorge exasperaban su mala condición y sobre mí volcó su afán de hacer daño.

La enfermedad de mamá me trajo vacaciones. Carlota me llevaba de paseo y a escondidas, al cine. Esa amistad costó a mi madre mucho dinero y disgustos; con una llave que tenía Carlota, valiéndose de mí, la robaba a diario.

Estaba llena de ideas falsas respecto a la muerte de mi padre.

Llegué a sentir a mi madre responsable de ella. ¡Cuánto he tenido que arrepentirme de mi crueldad e ignorancia! Me dejaron alimentar esa creencia que fructificó dentro de mi corazón como semilla de odio, impidiéndome reconocer la verdad.

Un amor grande y único me unió a mi padre asesinado. Un solo pensamiento quedó fijo en mi cerebro y en mi alma: vengarlo de su muerte ignominiosa; reconquistar para él, lo que él había perdido: ideales, fortuna, independencia para muchos desamparados.

Pero vivía una cruzada superior a mis años, superior a mis fuerzas y mis medios.

El odio que sembraron en mí oscurecía toda perspectiva de liberarme de tan infame idea. Se derrumbó mi fe y arrastró consigo a seres y a formas que anteriormente consideraba fundamentales para poder vivir.

Nunca —hasta entonces— pensé en el futuro (no creí que también hubiera un futuro para mí.) Desde ese momento empecé a contar el tiempo que me faltaba para crecer.

Y me responsabilicé (dentro de mi más secreta vida interna), de cualquier falta o crimen que mi padre hubiera cometido. Pero también, como reflejo de nuestra propia vida, —el desamor hacia mi madre, la indiferencia que ella mostraba por mí—, me avergonzaba ante mi padre, por nuestro comportamiento. Me avergonzaba ante Dios, por todas nuestras faltas, por todos nuestros crímenes, me sigo avergonzando.

Así crecí: odiando y sintiendo el odio entre los míos, alimentándome de odio. Heredera de un odio cuya culpa no alcanzaba a discernir.

El odio al asesino de mi padre. Al asesino del padre de mi padre. Al asesino de los dos hermanos de mi padre. Ahora puedo pronunciar su nombre y perdonarlo, pero no supe hacerlo cuando era una niña de siete años.

Antes de nuestro regreso a Tenamaxtlán nos llevaron a Tlajomulco para que conociéramos a mi abuela paterna.

Me habían hablado de riquezas fabulosas, y en cuanto estuve frente a ella me di cuenta de que eso también pertenecía al mundo del engaño.

Se llamaba Vicenta Gálvez y vestía ropas negras, humildes, como si pretendiera, detrás de ellas, ocultar su porte de reina.

Sí, ella tenía que haber sido la madre de mi padre.

Todo su ser representaba dignidad, presencia de ánimo; fortaleza espiritual. El rubio cabello lo llevaba recogido sobre la nuca, dejando al descubierto la hermosa frente. La piel blanquísima, tenía tonalidades amarillentas. Por lo marcado de los pómulos parecía que nuestros antepasados hubieran sido tártaros.

En los ojos también se apreciaban esos rasgos: alargados hacia las sienes hacían recordar los verdes y risueños ojos de mi padre.

Parece que la estuviera mirando. Quien no supiera juzgarla la habría encontrado altanera. Su nariz recta, y su boca, de labios llenos y bien modelados, donde los dientes parecían tiernos granos de maíz cuando empiezan a entrar en sazón.

En Tlajomulco tuve un amigo.

Un muchacho larguirucho y moreno que al hablarme adoptaba un tono protector.

Platicábamos de mi padre; de Tenamaxtlán, de Jorge.

Al mencionar a este último, Francisco se ponía de un humor imposible.

Me tomaba los brazos, zarandeándome y diciendo que iba a arrancar esas ideas de mi cabeza, íbamos al mesón para que un hombre nos diera toques eléctricos con unos tubos de metal. (Creo que lo hacía para demostrar su fuerza).

Si se daba cuenta de que los dichosos toques no me molestaban, apretaba mis manos entre las suyas para que la corriente pasara mejor.

Otras veces era muy bueno.

Sin decir palabra adornaba mi cuello con maravillas: perfumados collares que él mismo ensartaba para mí. También me enseñó a distinguir, de los guayabos de la casa de mi abuela, los que daban los frutos más apetitosos...

Siguiendo mi costumbre iba hacia el corral y, encaramada en un árbol, escribía, leía o dibujaba (muy mal por cierto); mas allí estaba Francisco, para decirme cómo tenía que hacerlo.

Su papá era el doctor don Jesús Sánchez Guerrero. Cuando nos fuimos de Tlajomulco, por muchos años me quedó la preocupación de saber si Francisco tenía ojos... Nunca llegué a mirárselos.

El regreso a Tenamaxtlán fue doloroso.

Nuevamente vivíamos frente al anillo de la plaza de toros, pero nuestra residencia era el juzgado de paz. Desde que mi padrino murió, mi abuelito volvió a ejercer su oficio de abogado. Los presos eran nuestros vecinos inmediatos; hasta nosotros llegaban sus voces si disputaban o cantaban. ¡Qué triste es el canto de los hombres cuando están prisioneros!

El tiempo que pasamos en Guadalajara me convirtió en una niña miedosa. Mi madre me imponía la oscuridad como castigo, cuando por otros medios no conseguía dominar mi carácter. Esa soledad llenó mi mente de ideas falsas sobre la muerte y las culpas. Cuando todos dormían se encendía dentro de mi imaginación un mundo poblado de fantasmas. ¡Cuánto sufrí entonces; las noches eran eternas para mí! Cuando era imposible dominar mis temores, me tendía a los pies de la cama de mi tía Margarita implorando su presencia.

Por eso amaba las voces de los presos. Al apagarse en mi corazón me dejaban a solas con mi angustia.

El compartir la habitación de mi tía trajo como consecuencia estar en contacto con sus pertenencias. Se levantaba a la primera misa y yo fingía dormir profundamente para quedarme a solas el tiempo que duraba el oficio. Un sentimiento de culpabilidad oprimía mi garganta y el corazón parecía a punto de saltarme del pecho.

Mi codicia era puramente estética: con indescriptible emoción abría los viejos baúles, contemplando con deleite los relojes de amarillos y pesados bejucos que mi tía guardaba dentro de unas bolsitas de terciopelo, en el interior de sus faldas. Luego examinaba sus sortijas, sus perfumes, sus cartas. En alguna ocasión guardé por unos días uno de aquellos objetos.

Cada vez que ella se acercaba al sitio de donde lo había extraído, la sangre se helaba dentro de mi cuerpo.

No supo que compartí el tesoro de sus recuerdos. Recuerdos que solamente para nosotros tenían verdadero valor. Para ella, porque formaban el mundo de las cosas amadas; para mí, porque prestaban alas a mi fantasía y gusto a mi amoroso placer por todo lo bello.

No he conocido ningún hombre de nuestra familia que haya destacado en el mundo de las finanzas; los que nacieron ricos, no se preocuparon por aumentar su fortuna, dedicados a gozar de las ventajas de esa posición. Los pobres resultaron menos prácticos: mi abuelito Miguel era un ejemplo. Su pasión fue la filatelia. El dinero se le iba en la compra de libros y objetos de arte.

Nunca olvidaré el día que entregó su finísimo reloj a cambio de una estampilla sucia y descolorida; pensé que se había vuelto loco. Para él fue un placer mostrarla a los que vinieron a visitarlo.

Alto y robusto, su encanecido pelo formaba un halo en su cabeza; la calvicie había desnudado su frente, y su cabello, suave como el de un recién nacido, se le rizaba en las sienes, y en la parte baja de la nuca.

Su arrogancia la habían disminuido las penas y los años. Usaba un nudoso bastón —según su dicho— para protegerse de los perros, pero, en realidad, para apoyarse en él cuando nadie lo miraba.

Aquella tranquilidad fue alterada por robos, quemazón de trojes, rapto de muchachas y lo que fue peor, por asesinatos. Nuestra casa no fue respetada, pese al cargo civil de mi abuelo. Un mediodía entraron a ella despojándonos de las pocas cosas de valor que conservábamos.

Nada respetaron esas fieras.

Arrancaron de sus mismas orejas los aretes que mi tía llevaba puestos; pisotearon los libros y vestiduras sagradas que habían pertenecido a mi padrino; poco faltó para que mataran a mi abuelo. Mi hermano escondió su miedo bajo las enaguas de la cocinera. Yo hubiera querido ser lo bastante fuerte para castigar la maldad y codicia de esos inmundos yaquis.

Después de tanta calamidad, nos fuimos a vivir esquina contra esquina de la casa del rico hacendado don Salvador Gómez. Don Salvador y doña Romualdita eran la pareja más perfecta que he conocido. Modelos de bondad y buenas costumbres, eran también muy hermosos; fiel reflejo de esa cualidad eran sus once hijos: Alejandra, Apolonio, Francisco, Soledad, José, Ramón, Ester, Guillermo, Salvador, Carlos y Gabriel.

Al principio de esa vecindad no los visitaba con frecuencia. Jamás pude vencer el malestar que me causaba hacer una visita. Cuanto más quería dominar esa molestia, más intensamente se apoderaba de mí.

En Tenamaxtlán, las obligaciones de la mujer parecían trazadas desde el principio del mundo. Nunca fueron diferentes. La mujer vivía excluida de la existencia cultural del hombre, con una sola excepción: la maestra. A ella quedaba circunscrito el pensamiento, la iniciativa, la realización de anhelos fundamentales femeninos. No todas nacieron capacitadas para semejante tarea.

A la mujer la adoraban como madre y, en la misma proporción, la esclavizaban como a la última doméstica.

En un sentido, la casi idolatría, el inviolable culto como progenitora; en el otro, el diario menosprecio, la diaria servidumbre hacia el hombre: padre, hermano, esposo, hijos, amigos, incluso, criados y mozos de labranza.

En Tenamaxtlán conocí esa privilegiada estirpe: la madre.

Madre joven, madre bella, madre cristiana, abnegada, honesta; madre llena de ternura y de sabiduría ancestrales; madre llena de generosidad, de renunciamiento, de obediencia a esa virtud maternal constante. Doña Romualdita era el mayor ejemplo.

Madre a través de todas las edades de los hijos, no importaba su número. Por encima de todo, por principio de todo, hasta el fin de la vida de los hijos, su maternidad prevalecía intacta, inviolable, inextinguible. Tal vez también hubo en el pueblo alguna mala madre. No supe que la hubiera en ese largo tiempo en que observaba —con infantil avidez— el comportamiento de las madres.

Había intimado con una prima de las Mares y estaba convaleciendo la decepción que me dejó su amistad. La belleza de sus facciones me hacían compararla con las madonas que había en el dormitorio de mi abuelo; como ellas, era un poco gruesa, de manos largas y hermosas. El día que cumplí once años prometió llevarme cuando fuera al pueblo en que vivían su madre y su hermano.

Ella misma pidió permiso a mi abuelo.

Desde entonces no pude volver a dormir en forma tranquila. Deseaba escapar de ese ambiente en donde a diario me sentía lastimada. Las noches se me iban haciendo proyectos para mejor aprovechar esas vacaciones.

Se llamaba Rosario y alentaba mis ansias de evasión, asegurando: «el veintiocho de diciembre, fecha de mi nacimiento, tenemos que pasarlo las dos en compañía de mi madre».

La víspera fui a preguntarle a mi abuelo si aún estaba de acuerdo en que hiciera aquel viaje. Me miró con tanta extrañeza, que me sentí desesperada de su mala memoria.

—¿De cuál permiso hablas, Joanna? No recuerdo haberte dado alguno.

Con mucha paciencia le expliqué la invitación que me había hecho Rosario cuatro meses antes. Después de convencerlo me fui a la cama para estar lista temprano.

¿Cuál no sería mi asombro, al despertar y encontrarme una charola llena de panes y adornos...? Entre ellos una paloma de juguete con un sobrecito azul en el pico. Me estremecí a la vista del regalo sin comprender su verdadero significado. El pliego decía:

«¡Joanna! Es usted tan niña, que no se dio cuenta que lo de nuestro viaje era una broma; perdóneme por no haber resistido la tentación de hacerla inocente; para demostrarme que no está disgustada, venga a desayunarse con nosotros. Mi madre y mi hermano acaban de llegar. La quiere, su amiga, Rosario».

Otra vez estaba sola. Más sola que antes. En los últimos meses me había acostumbrado a que mis pensamientos, mis palabras, mis sueños, tuvieran una imagen, la imagen viva de Rosario. Al perderla me encontraba desnuda, desnuda y miserable. Tendría que aprender a olvidarla, buscar de qué asirme, arreglarme sin ella. Reconstruir mi vida con nuevas ideas, con nuevos proyectos, con nuevas esperanzas.

Busqué refugio en los libros de mi abuelo, en las cartas a mi padre, en mis paseos al campo, y en mi amor hacia seres que no hacen una diversión de los sentimientos ajenos. Estaba segura que ellos me entendían: las palomas, los árboles, los soleados caminos.

Algunas personas hicieron el comentario de que por soberbia el demonio me tenía entre sus garras. Lo malo fue que lo creí. Para librarme de esa acusación me puse a investigar hasta qué punto era cierto lo que otros suponían. En mi repertorio de pecados apareció el rencor que sentía por mi madre, mas como mis sentimientos no se transparentaban nadie podía enterarse. A éste siguió el pecado del orgullo. Después de mucha reflexión me absolví de él. Mientras anidara en mí, estaría a salvo de cometer acciones que pudieran avergonzarme.

En vista de que me juzgaba con parcialidad y benevolencia, fui a consultarle mi problema al señor cura Lepe. Me escuchó atentamente, y tratando de disimular su risa, al terminar la confesión me dijo:

«Manda a paseo a los que te molestan. Pero promete, de hoy en adelante, ser obediente con Margarita y don Miguel, y menos manga ancha contigo misma». Salí del templo decidida a santificarme.

Las piedras de la calle me parecieron algodonosas nubes donde mis plantas apagaban el prosaico ruido de sus pasos.

¿Qué mejor medio para lograr mi propósito que guardarme interiormente con uno de aquellos benditos lienzos que habían pertenecido a mi padrino? Llena de beatitud escogí el que me pareció me estaba destinado (la Santa Cruz se repetía una y otra vez, entre el oloroso y amarillento encaje de la sagrada cota.)

Nuestra lavandera desconoció la camisa que me hice con tan cristianas intenciones y fue escandalizada a mostrarla a mi tía Margarita. Descompuesta y sorprendida llegó hasta mí, trayendo entre sus manos la prueba de mi supuesto crimen. Desdoblándola, dijo:

—¡Sacrílega...! ¡Sacrílega, maldita...!

Jamás podré borrar de mis ojos su delgada figura: enlutada, pequeña y arrogante; con los plateados rizos jugándole en las sienes y el finísimo, encaje de su blusa subiendo en espirales hasta el cuello.

Fue inútil cuanto hice para que comprendiera mi propósito. En su corazón enraizó la idea de que había cometido un nuevo sacrilegio. Y recordó, ¡cómo no había de recordarlo!, aquel fatídico doce de diciembre en que por amor a mi padre había comulgado dos veces.

Nuestro ambiente era un ambiente extraño para una niña solitaria: frío, silencioso, distante.

Mi abuelo y mi tía Margarita muy rara vez cambiaban alguna frase afectuosa. Sólo hablaban a la hora de la mesa o al despedirse o saludarse. A duras penas vivían bajo el mismo techo. Cada vida era una vida autónoma.

Mis sentidos se afinaban escuchando en la noche los ruidos de la calle; conocía a mi abuelo por el ritmo de sus pasos, también me gustaba distinguir los de nuestros vecinos los Gómez Arana.

Las recias pisadas de Guillermo y Salvador cuando venían al pueblo a pasar sus vacaciones me emocionaban en forma especial.

Expresaban alegría, seguridad, compañerismo. Son tantos los recuerdos que asocio a esa familia, que me pierdo entre ellos y no sé relatarlos.

Don Salvador era muy afecto a gastar bromas; cuando me hacía el blanco de ellas, hubiera querido esfumarme a la vista de todos. Especialmente si agregaba:

«¡Joanna! Si pretendes ser mi nuera, tienes que ganarte mi afecto; para que te acepte como mujer de Salvador es menester que a diario vengas a cantarme.»

Era mi tortura el sólo pensamiento de que pudiera olvidar una de las interminables jaculatorias que con doña Romualdita rezaba a diario.

Una tarde se me acercó Salvador.

—¿Eres valiente?...

—No lo soy —respondí—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque esta noche, cuando salga la luna, iré a platicar contigo.

—La luna saldrá muy tarde. Además, casi no alumbra.

—Eso es lo que quiero. Espérame a las once en el zaguán de campo.

—¿En el zaguán de campo…? ¡Ni lo permita Dios!

Le tengo mucho miedo a los murciélagos.

Estaba quedándome dormida cuando llegó Salvador. Lo vi de pronto en nuestra habitación envuelto en un sarape negro y lancé un grito de espanto. Por mucho rato no pude reconocerlo. Entre las sombras imaginé su rostro desprendido del cuerpo.

La víspera de que Guillermo y Salvador regresaran a sus estudios, me invitaron a cenar con su familia. Al despedirme de su hermana Ester que salió a la ventana para verme cruzar la bocacalle, me quedé unos segundos contemplando la noche, la luna estaba indescriptiblemente blanca.

Frente a nuestras casas vivía Vicente, el aprendiz de talabartero. Dijo: «buenas noches» al tiempo que me impedía —por la fuerza—, ganar la esquina de mi casa, obligándome a caminar hacia la orilla del pueblo. Empecé a correr por una calle solitaria, llena de desperdicios, interminablemente larga.

Era inútil gritar.

El miedo al escándalo y la certidumbre de que nadie vendría en mi auxilio me hizo guardar silencio. Un espantoso, inenarrable silencio.

La luna alumbraba aquella escena con un brillo intenso y prolongado.

¡Por muchos años la odié creyéndola su cómplice! Ahora estoy convencida que me prestó su ayuda. Todo el tiempo interpuso su luz —una luz acerada, poderosa— entre mi cuerpo y el asqueroso cuerpo de aquella mala bestia.

Nunca sabré cómo logré escapar de aquellas húmedas y repugnantes manos que ni por un momento pudieron apresarme. Corrí y corrí, entrando al despacho de mi abuelo, como si el mismo demonio hubiera venido en mi persecución.

Mi abuelito preguntó lo que me sucedía, pero mi garganta no pudo emitir sonido alguno. Mi único pensamiento era arrancarme aquella ropa que sentía profanada para siempre. En un lavadero restregué mi cara, mis brazos y piernas con la húmeda arena del jardín. Las flores del naranjo ungían con su aroma mi tembloroso cuerpo.

Ignoro cuánto tiempo me mantuve parada. Muy cerca de ese sitio crecían algunos plátanos, el verde de sus troncos refrescaba mis lágrimas.

IV

Permanecí en el hospital por espacio de una semana. Las mañanas las pasaba con el doctor Walsh y las tardes en consulta con otros médicos.

Estaba agotada.

Cuando él se iba, seguía en aquel mundo del que nunca estaría libre. La historia continuaba martillándome las sienes, porque me pasaba la noche a caza de algún sueño. Los pensamientos se hacían imágenes detrás de los ojos y los párpados; era la hija de aquel padre asesinado que ya no esperaba que volviera. Era la hija para aquel sacerdote bueno y para el abuelo también y era su carga; era la niña sin madre a quien el rencor devoraba las entrañas y la que en lo más apartado de la casa soñaba horas y horas para ahuyentar de su mente los fantasmas.

—Cuéntanos, Joanna, ¿cómo te manda tesoros tu padre desde un país lejano? Explícanos, ¿cuándo irá a volver?

De nuevo escuchaba la tierna voz de Teresa exigiendo cuentos nuevos. ¿Se parecía el doctor a Teresa...? También él, como Teresa, era insaciable. La niña, de ojos almendrados, surgía del fondo de mi angustia y me hería su mirada.

Recuerdo con terrible precisión la causa de mi viaje:

—No voy a volver con vida.

Si pudiera decirle al doctor la verdad. Si pudiera existir alguien a quien contarle la verdad.

Y de nuevo otro día.

Otro día en que había que levantarse, ir al cuarto de baño, pasar una interminable hora frente al espejo poniendo otra máscara en el rostro que ya ni yo misma conocía. Y, todo esto, ¿para qué?

Me resultaba mortificante fingir tranquilidad para no preocupar a mi hijo. Hasta el saludo a la enfermera lo encontraba absurdo.

Nada influye con más fuerza sobre el niño, que la vida de los padres que no ha llegado a compartir. Renuncia no sin resentimiento a todo un mundo imaginario que considera su patria, pero del cual ha sido excluido, rechazado, olvidado.

El doctor se volvía cada vez más humano.

—Tiene que reaccionar —me dijo—. No va a ser fácil, ya que nunca ha recibido ayuda verdadera. Usted no cree que exista quien pueda dársela espontáneamente. La depresión que padece está justificada y es injusta. Justificada, porque vive y ha vivido siempre en desacuerdo entre lo que es y lo que ha tenido que ser por las circunstancias. ¿Qué más le puedo decir? Nadie puede vivir bien en un constante desequilibrio.

Hay un proverbio chino: «If there is straightness in the heart, there will be beauty in the character, there will be harmony in the home». Espero que no piense de mí como tiene derecho a pensar del egoísmo y la cobardía de algunos hombres...

—¿Por qué —dijo de pronto— rodea usted a los seres que ama de ese fantástico prestigio? ¿No sabe verlos como son en la realidad?

Después de un rato de silencio, cambió el tema.

—Por hoy es bastante. ¿Piensa volver a casarse?

—No. Me tengo miedo a mí misma, nunca fui buena esposa. Además, cuando una mujer divorciada no tiene fortuna, sólo existen prejuicios.

—Bien. Voy a celebrar una junta de médicos. Su caso es muy complicado para hacerme yo solo responsable. ¿Está de acuerdo?

—Como usted guste, doctor. Estoy completamente de acuerdo.

—Entonces la espero a las seis de la mañana.

Me vine al hotel. Tenía hambre, más hambre que nunca. Para ganar tiempo comimos en la cafetería.

Me sentía sola; presa de la tristeza de esas horas, largas, inacabables.

Pensé en lo que sería preciso vivir antes que llegara la noche.

Deseaba un buen sueño. El sueño en que uno se sumerge y acorta las etapas. En el reloj de la clínica sonaron las cinco.

Bruscamente irrumpieron en el aire las campanadas del concierto de la tarde.

Aquellas guirnaldas de sonidos caían sobre los techos, perdiéndose por las calles. No venían de la torre sino de mucho más lejos: de más allá de la noche, del dolor, del silencio.

El canto creció entonando un réquiem: el *Réquiem* de Felix Draeseke. Las gruesas campanas lograron dominar las agudas voces de las otras campanas, exaltando en el ánimo la visión de la muerte.

El concierto, agudo y estridente, me hacía imaginar un vuelo de almas dando giros en el aire, buscando su liberación.

Después de la comida entramos a un cine. Mi hijo tenía una cita y me alegró quedarme sola. Necesitaba analizar los problemas de esa mañana. Era un sacrificio ir de un médico a otro y contestar y referir a cada uno fragmentos de mi vida anterior, esa conducta iba volviéndose insoportable.

Busqué el espejo y en la penumbra miré mi propia imagen reflejando otra imagen. Era como mirar la noche: la noche interna y propia, trabada, trabajada, esculpida; oculta sólo a mí, pues cuando el mal me sale a las facciones, adquieren esos mismos perfiles que allí me horrorizaron. Aquella visión era algo demoniaco y presentido: semejaba el preludio de un crimen o una grotesca caricatura de la muerte. De esa muerte que algunos tanto temen y está representada —en el teatro, en el cine, en lo sobrenatural—, como un pozo profundo: como un largo camino sin contornos, sin posibilidad de olvido.

Muerte que en el ballet la exhiben con grandes velos negros; con ojos semihundidos; con la blancura siniestra de una luna que nos aterroriza. (No atino a describir a esa Joanna que siempre ha sido mi enemiga; nunca soñé que alguna vez ella pudiera manifestarse ante mis ojos. Mis ojos, que siempre han buscado en los espejos los rastros perdidos de la infancia).

Estuve examinándola: prestándole mi aliento, observando lo que la distinguía.

¿Era yo...? ¿No era yo...?

Esa mirada oblicua alienta en mi interior y no me pertenece; esa boca de labios contraídos y crueles vive dentro de mí y no me pertenece.

Esa amenaza, ese abismo, ese indeseable títere, se nutre de mi ser, está adherido a mí y no me pertenece. Siempre intuí que en alguna parte de mí misma alentaba mi verdugo. Jamás supuse que me fuera dado contemplarlo.

No puedo precisar el tiempo exacto. Duró ese encuentro y me hizo buscar en el espejo la ayuda de mi apariencia cotidiana; de las facciones que execro y diariamente oculto bajo un maquillaje que nunca permanece.

Hubo un tiempo en que —aparentemente— mi personalidad se había multiplicado: descendía escalones, caminaba por calles que nunca habían sido transitadas, me ocupaba de tareas simultáneas y opuestas. He sido todas esas: sé que yazgo detrás de todas ellas.

Sólo quedó dentro de mí una Joanna que nunca fue aceptada, conocida. Una Joanna emparedada, sometida; ella quiso vivir pero está muerta.

He sido frecuentada por la angustia, por la ira, por el requerimiento de una diaria exigencia: por el hambre de todos los afectos...

Jamás pude diferenciar a esas Joannas; controlar sus acciones, sus afectos, incorporarme a ellas. (No recuerdo haber visto sus caras).

He sido custodiada por mis monstruos —como jueces implacables de mis actos—. Soy odiada por ellos. Siempre he cedido a la tentación de sobornarlos y desaparecer cobarde, humildemente. No hay duda: estoy idealizando la eterna caravana de mis sombras.

Algunas veces cambio el templo por una sala de cinematógrafo. (No sé si es una acción superficial o interna). Busco el silencio, el recogimiento, la ausencia de toda realidad fuera y dentro de mí.

Mi padrino organizaba en la iglesia vieja del pueblo conferencias, fiestas escolares, representaciones de teatro y cine. Creo que esa es la razón de mi presencia en esos sitios.

Siempre he vivido en un mundo de pesadilla o ensueño. En ese universo se perciben—con mayor nitidez— virtudes o defectos.

(Hay quienes repudian a los que han descubierto que, las razones por las cuales se lucha, tan sólo son imaginarias) .

Esa noche no pude dormir.

Me asaltó el imperioso deseo de lanzarme en espiral hacia las nubes por encima de los campanarios y los techos.

Así llegó la hora de la consulta. Me vestí rápidamente abjurando del pasado, sintiéndome ligera, comprensiva, humana. Como si fuera hacia la vida en un rápido vuelo en donde el mal se disipaba y moría...

Al entrar a la sala de la clínica, enmudecí de sorpresa: esperaba una junta no una convención de médicos. Allí estaban en una gradería —formando semicírculo— las butacas de treinta doctores. Había también una pequeña plataforma con dos sillas para el doctor Walsh y para mí. Pensando que cada uno de esos doctores iba a tener una idea distinta de mi problema, me dispuse a ser yo misma otro investigador más. Imaginé a mi maestro Seki Sano presenciando aquella conferencia, observándola, como una de tantas clases de nuestro turbulento arte dramático.

Yo no quería vivir, pero había que simularlo, si no todo ese derroche de ciencia y dinero hubiera resultado superfluo.

Me torturaba el pensamiento de lo que iban a cobrar por esa consulta; aun calculando el costo más bajo, resultaría excesivo para mis recursos.

Así pasaron muchas horas. Sabía cuál iba a ser el veredicto: no me sorprendió que el doctor Walsh me confirmara que nada podían hacer para ayudarme.

Resbalaron mis lágrimas como si nunca les hubiera dado escape.

Sin hacer comentario seguí escuchando las palabras del doctor Walsh, profundamente conmovido de ver cómo podemos llorar por nuestro propio entierro.

Volver a la vida es internarnos voluntariamente en nuestra propia tumba.

Los humanos no podemos defendernos de la vida. Es más fácil defendernos de la muerte. Con ella, dentro de mí, regresamos al sitio del cual salí huyendo.

Rochester, Minnesota, mayo 21 de 1947
Guadalajara, Jalisco, octubre 19 de 1970

ENTRE
EL INFIERNO Y LA LUZ

Primera edición (con viñetas de Mathias Goeritz), Universidad de Guadalajara, 1953

Un dolor vivo o un dolor soñado...
LUIS CERNUDA

A punto de quedarme dormida, sonó el teléfono y una voz semejante a la de Jaime Geliebter murmuró en un mal español:

—¿Olvidaste...?

Algo indescriptible me sobrecogió. Y ante mí desfilaron, atropelladamente, los recuerdos más vivos de su amistad. ¿Cómo olvidar?

Llena de angustiada superstición busqué entre mis papeles el libro que nació al perderse Jaime en la muerte. Mejor dicho, al ganarlo yo en la muerte. Sin darme cuenta pasé la noche corrigiéndolo. Y cada palabra, cada acontecimiento mutilado, me dolía en la carne. Volvía a vivirlos. Estaba tan lleno de rencor y de impresiones contradictorias, que tuve el impulso de destruirlo como a cosa dañina.

Con todas sus faltas, amo este libro.

Quienes lo han leído me reprochan que desnudé en él, con crudeza, mis sentimientos y mi vida.

* * *

Hay momentos en la vida cuyo solo
recuerdo borra años de sufrimiento.
SANDEAU

No puedo olvidarme de consignar esta fecha: miércoles, ocho de marzo de mil novecientos cuarenta y cuatro.

¡Dios me ayude!

Y gracias, también, por estos momentos.

* * *

He vuelto del lugar en donde reposa para siempre aquél que me inspiró frases de alegría y fervor.

Es un mediodía triste, lluvioso y frío.

Hoy no encontré su sepulcro lleno de flores. Unos jarrones pesados y feos hacían guardia encima de él.

¡Sentí como si oprimiesen a Jaime! Mi desolación se hizo más y más grande; ¡hacía tanto que no iba a visitarlo!

Mis amigos critican que ame su recuerdo.

¿Está escrito en algún manual, cómo tiene que ser el cariño que no está sancionado por leyes y prejuicios? ¿Hay una medida para la angustia, y otra para los límites de la razón?

Los moralistas y los que no han querido me dirán que sí.

Pero yo vivo torturada porque no podré escuchar ya nunca el cálido sonido de su voz, que ha enmudecido para siempre; porque no podré gozarme en la risueña mirada de sus ojos y porque falta en mis manos la afectuosa presión de las suyas.

Todo en mí no es más que recuerdos y recuerdos, ¿y aún he de ponerle un freno al corazón...? Es tan humilde mi luto. Amar más allá de la vida, es algo que para algunos resulta incomprensible.

Ahora pienso dónde y cuándo lo vi por primera vez.

* * *

Fue un sábado, veintitrés de mayo.

Mi marido y yo habíamos llegado a Monterrey la víspera y, con ese pretexto, Carlos y Fernanda Martell, y Alberto y Cristina Volkmann nos ofrecieron una comida. Después propuso Fernanda que fuésemos a la Kermés del Nuevo Club. Una fiesta andaluza con fines caritativos.

Me encontraba incómoda en ese ambiente. Para muchos era casi una extraña y sentía pesar sobre mí la mirada de los que deseaban conocer a la esposa de Roberto Henker.

Tengo la certeza de que el romántico secuestro que procedió a nuestro matrimonio fue el motivo de que nuestro grupo resultase tan numeroso.

Con el afán de molestarme, que era uno de los rasgos característicos de Roberto, o quizás con la idea de distraerme de mi preocupación, señaló el sitio desde el cual se destacaba el distinguido y hermoso perfil de mi único y más querido amigo: Federico Castaños. Diciéndome, en tono de burla, cómo le sorprendía que Federico, olvidando su abolengo, frecuentara la sociedad de Jaime Geliebter.

No quise contestarle, pero volví los ojos en aquella dirección. Hacía mucho que deseaba conocerlo. El nombre de Geliebter siempre iba acompañado de interesantes comentarios sobre su inteligencia y su capacidad creadora.

A punto de salir, se acercó a nuestra mesa. Todos se deshicieron en atenciones para él, mi esposo el primero. Inmediatamente supe que era yo la causa de que viniera hacia nosotros; lo comprendí en su mirada, en su propósito de ser amable conmigo. Su esposa Leticia también se acercó. Por su amistad con Roberto, tuvimos que aceptar la invitación a otra copa. Con voz afectuosa pidió a su mujer que nos invitara a tomar champaña. Haciendo contraste con su gentileza, ella respondió malhumorada que ya no quería beber más esa noche.

Casi no miré a Jaime. Pues puse un cuidado especial en impedir que los Geliebter notaran mi animadversión por los actos de mi marido. Me molestaba que los allí presentes pudieran darse cuenta de mi situación y que Jaime imaginara que alguna vez podría incluirme en el número de sus incalculables conquistas.

En septiembre de mil novecientos treinta y siete nos radicamos en Monterrey. En todas partes encontrábamos a los Geliebter. Leticia siempre elegante, aunque un poco gruesa, seguía siendo muy atractiva, con esa atracción especial de las mujeres que no se han privado de conocer todo lo que a sus ojos resulta interesante. Por la índole de sus actividades, Jaime viajaba constantemente. Como era tan generoso, la llenaba de joyas, y la ausencia, muchas veces, es también un regalo. Sé que las infidelidades de Jaime Geliebter no afectaban el amor hacia su esposa, y que Leticia fue entre todas, la mujer que más quiso. También nosotros viajábamos mucho. Roberto siempre me llevó a acompañarlo a dondequiera que lo reclamaban sus negocios.

Nuestro matrimonio resultó un fracaso. Cuando tenía la suerte de no salir con mi esposo, aprovechaba su ausencia en una forma absurda: como un niño o un avaro, repasaba mis horas y mis minutos libres, haciéndome la ilusión de ser la dueña absoluta de mis actos, y alardeando de un valor que estaba muy lejos de sentir.

Situaciones de esa especie vuelven mentirosa a la mujer; obligándola a adoptar actitudes poco sensatas, nacidas del desequilibrio en que transcurre su vida cotidiana.

¡Es terrible vivir cuando amamos a alguien que no nos quiere, o que no le está permitido querernos libremente! Pero es más terrible aún compartir nuestra existencia con el que nos ama y a quien nosotros no queremos.

A la dureza natural de esa clase de vida agregué el malestar que dejan en el alma los actos necios, vacíos, que cometemos contra nosotros mismos, y que despierta en los extraños, un ciego afán de crítica dañina. Ellos no podían comprender mis verdaderos sentimientos, mis frustraciones, mi angustia, ni el ansia infinita de libertad que un matrimonio impuesto por la fuerza y el miedo, había suscitado en mi espíritu. A diario rogaba a Nuestro Señor porque cambiara mi rebelde actitud en sumisión y cariño. Roberto era tan desgraciado como yo, pero no obstante, me imponía su presencia y prolongaba nuestra vida en común.

Algunos hombres, al igual que las bestias, olfatean el miedo ajeno y se aprovechan de ese sentimiento con verdadero alarde de crueldad. Mas yo sabía defenderme: haciéndolo, pensaba que era el único medio de proteger la felicidad y la vida de mis dos pequeños hijos, Cecilia y Enrique, y la de mi madre y hermanos menores.

El odio contra esa situación se alimentaba de la angustia de no poder escapar a ella. Como huir me estaba vedado, los disgustos con Roberto me hacían temblar por mi familia; pero, aparentemente, era yo invencible.

Una de tantas ocasiones en que salimos con amigos, Roberto bebió bárbaramente. (Debo decir que él nunca permitía que bailara con hombre alguno en presencia suya). Cuando uno de nuestros acompañantes me invitó, para hacer más difícil mi respuesta, fue a recargarse a una de las columnas del bar, desde donde estuvo observándome con una sonrisa llena de malignidad en ojos y labios, como si gozara prolongando la tortura que su actitud pudiese producirme.

Para disimular mi temor fui a pedirle que nos fuéramos a casa. La enfermedad de Felipe, mi hermano, también era un motivo para volver temprano. Naturalmente, no quiso complacerme. ¡Era tan grande mi zozobra! ¡No sé qué hubiera dado porque alguno de nuestros conocidos controlara a Roberto! Ante la insistencia del hermano de Cristina Volkmann me levanté a bailar; mejor dicho, a simular que bailaba. De improviso, mi esposo se acercó a nosotros y con una voz que hizo más grande mi inquietud, quiso que nos fuéramos en ese momento.

Después de una desenfrenada carrera por la dormida ciudad, cuando llegamos, dijo:

—Me voy adonde puedan darme un poco de cariño...

Mi hermano dormía profundamente cuando entré a saludarlo, ajeno a mis preocupaciones y al miedo que me mordía la sangre. Iba a desnudarme cuando oí o casi adiviné el rodar de las llantas del automóvil de Roberto sobre el empedrado de la calle. El corazón empezó a palpitar aceleradamente, y cuando entró a mi alcoba, para disimular mi turbación, empecé a quitarme el maquillaje con movimientos de autómata.

Mientras Roberto caminaba hacia mí, inconscientemente hice un movimiento de defensa; entonces, llamándome «miedosa» golpeó mi rostro con su puño cerrado, hubiera podido matarme sin darse cuenta.

Con mis gritos despertaron Cecilia y Enrique. Muertos de sueño y de espanto corrieron a reunírseme.

No sé cómo pude escapar de sus golpes y salir a la calle.

Previniendo que fuera en nuestra busca, me escondí con los niños detrás de los troncos de unos tabachines del jardín cercano a nuestra casa. En un reloj sonaron unas campanadas y una extraña y misteriosa sensación me hizo olvidar por un lapso —no sé si corto o largo— el brutal espectáculo de mi propia tragedia. El llanto de mis ojos y las voces que daba implorando una ayuda, las escuché lejanas. Como si gritara en un hueco laberinto y el sonido volviera petrificado y sordo, a morir en mis labios. Ya todos mis sentidos se habían agudizado: sobre todo el del tacto; sentía crecer tentáculos —cual raíces humanas— de mis brazos y piernas, de mis pies y manos. El silencio creció desproporcionado llenándome de vergüenza la huída de mi mente. Después fui a pedir refugio a un cuartel cercano, ellos llamaron a una patrulla, prestándome, además, con qué cubrirme el cuerpo. Los policías me advirtieron que si deseaba protección legal era necesario levantar un acta consignando los hechos.

La comisaría era una sala de unos seis metros cuadrados, sin otro mobiliario que un viejo escritorio, una mesa y un sucio colchón de grandes rayas rojas, tendido en el suelo.

La escena del interrogatorio, un interrogatorio estúpido, tenaz, cuyos detalles he olvidado, se prolongó por un infinito espacio de tiempo. Yo respondía a las preguntas y el escribiente se aplicaba a anotar las respuestas con una prontitud mecánica, fría, deshumanizada. La presencia de los practicantes de guardia de la sección médi-

ca me causaba un profundo malestar, pues por estar pendientes de las preguntas con que el comisario me abrumaba, no intentaron hacerme una primera curación.

A la transparente luz del nuevo día pude mirar en un espejo colgado en la pared lo desfigurado de mi rostro. Los ojos juntos y abotagados y una pequeña herida en forma de media luna, sobre el izquierdo. Con tristeza pensé que mi cara era una cosa cómica para los allí presentes.

Mis pequeños hijos tiritaban bajo sus azules camisones de franela, sin comprender el motivo de nuestra permanencia en tan destartalado cuartucho. Criaturas al fin, acabaron durmiéndose en aquel colchón tirado en el aposento. Los empleados seguían redactando el acta, pidiendo pormenores. Ya para concluir, me preguntó el comisario el nombre de mi esposo.

—Roberto Henker —dije.

Todo cambió. Aquella acta por medio de la cual esperaba justicia, quedó convertida en una pelotita de papel que el comisario estrujaba nervioso entre sus manos, como deseando disminuir su falta por haberme escuchado tanto tiempo.

—¡Haberlo dicho, señora! Su esposo tiene el poder a su favor y usted está perdiendo su tiempo y haciendo que perdamos el nuestro. Nada podemos hacer por usted, sería completamente inútil. Además, tenemos que pensar en nuestros empleos...

¡Estos eran los funcionarios de la ley!

Muda de sorpresa ante tal injusticia, mis labios se negaron a articular palabra. Mi impotencia hacía más y más penoso aquel estado de ánimo. Un recado de Roberto vino a arrancarme de esas reflexiones:

«Te ruego que no hagas cosas que puedan perjudicarnos. Recuerda que tú eres la culpable y harás bien en volver a casa, sin más escándalo».

Efectivamente, volví. Roberto dormía cuando llegamos. Lo desperté para que me viera, pero no se dio cuenta, al principio, de lo que miraban sus ojos, de lo monstruosa que estaba mi cara. Se los frotaba como si estuviese soñando. Creo que le hizo daño mirarme. Quizás por vez primera se horrorizó de su brutalidad; por vez primera, también, me hizo la promesa de no volver a embriagarse.

Conmovida por su arrepentimiento y hasta agradecida porque no hizo víctima de su disgusto a mi hermano Felipe, volví a perdonarlo como había sucedido en otras ocasiones.

Hice correr la versión entre nuestros amigos y conocidos de que habíamos sufrido un accidente cuyo resultado era el golpe en mi cara.

Nadie lo creyó; pero para mis familiares y amigos fue menos complicado aceptar la mentira, que salir en mi defensa, exponiéndose a un disgusto con Roberto. Éste, tratando de borrar las huellas de su cobardía, echó mano a todos los remedios, trayendo a casa multitud de medicinas y unos aparatos de masaje.

Nuestra vida tuvo una tregua de paz y de respeto.

En el verano de mil novecientos treinta y nueve estuve a punto de quedar ciega. Mi estado nervioso era terrible y continuos los dolores de cabeza. Para todos era una neurasténica y, en efecto, ¿qué otra cosa podía ser? Me refugiaba en los libros, en perpetua huída de mí misma. Al principio de nuestro matrimonio, aun eso me estaba vedado. Una de mis primeras victorias fue la de no ocultarlos y, casi en plan de desafío, leerlos frente a él. La gente se olvidó de lo que yo había sufrido durante esos tres años. ¡Tres años de penas ajenas son muy tolerables!

Pronto se acostumbraron a tratarme como una enferma a la que no hay que contradecir nunca y eso me hizo mucho más desgraciada. Roberto me sugestionaba exagerando mi gravedad.

No permitía que me olvidara que tenía que llevar una vida antinatural de tratamientos continuos y medicinas constantes que destrozaban mi estómago y mi sistema nervioso convirtiéndome en una ruina humana. Cuidaba, eso sí, de que los niños no hiciesen nada que pudiera irritarme. Toleraba mis gritos, mis brusquedades, las humillaciones que le hacía en presencia de extraños, en resumen, mi mal carácter. Claro que mi enfermedad era la causa de semejante situación. Pero nunca podré imaginar de dónde sacó tanta paciencia para soportarla.

Por consejo de un especialista me trajo a México, internándome en una de las mejores clínicas. El tratamiento a que me sometieron fue tan terrible, que al volver a casa pensé que una nueva Francisca había tomado cuerpo en mi interior, librándome de mis estados de angustia anteriores, pero estaba engañada. Con la pérdida de mi salud no se fue mi voluntad de luchar sin descanso por verme un día libre de aquel yugo. Así gastaba mi juventud en rebeldías inútiles, que ya ni me dejaban apreciar las cualidades de Roberto.

En aquel tiempo, tal vez yo era atractiva, pero también peligrosa. Me juzgaban frívola porque sin proponérmelo había hecho del bien vestir algo así como una forma de desquite. Ambiciosa como soy, deseaba que mi marido triunfara. Él tenía todos

los recursos para lograrlo. Desgraciadamente, su indiferencia era tan grande como su capacidad. Esa fue nuestra mayor enemiga. Nuestra estrella empezó a declinar. Roberto abandonaba sus negocios en manos de empleados inexpertos e irresponsables que lo llevaron al fracaso.

Esa época coincidió con otro de nuestros viajes. Al regreso me informaron las sirvientas que un señor había llamado muchas veces preguntando por mí. Sin sospechar quién pudiera ser, y sin sentir interés por averiguarlo, olvidé ese asunto. A la mañana siguiente sonó el teléfono y mi sorpresa fue muy grande al enterarme de que la persona que tanto me buscaba no era otro que Jaime Geliebter.

El incidente con que inicié mi relato y en el que el señor Geliebter fue el protagonista, hacía mucho tiempo que lo tenía olvidado, como si nunca hubiese ocurrido.

La entrada de Roberto a nuestra casa impidió que le dijera cuánto me molestaba su atrevimiento. Por evitar que mi esposo se diera cuenta de quién llamaba, acepté su invitación y con ello me trastornó el día. Mil veces me juré a mí misma no hacer caso de ella, para que en esa forma comprendiera Jaime que no todo en la vida estaba al alcance de su capricho. ¡No sé cómo pasaron las horas! A las cuatro en punto me encontré en el lugar de la cita, contra todos mis propósitos. Hay momentos en que padezco una indecisión y una cobardía repugnantes. Eso me ha dado los mayores disgustos y, a pesar de comprenderlo, nunca he podido cambiar. Temerosa de que me vieran, indignada y humillada, entré en el automóvil que abría para mí el chofer de Jaime Geliebter; me recibieron sus dos manos extendidas, como si hubiese sido esperada siempre. Yo iba con el ánimo prevenido contra cualquier ataque amoroso, pero Jaime derivó nuestra charla hacia temas generales e inocentes; habló de la inteligencia y el trabajo de Roberto, y logró persuadirme de la conveniencia de nuestra amistad.

Lejos de su presencia, me dolió mi comportamiento.

Una tarde estuve a punto de confiar mi secreto a Fernanda, pero sonó el teléfono y era Jaime quien llamaba. Nuevo aturdimiento, nueva falla en mis propósitos y también, nueva cita. Preparé lo que de una vez por todas iba a decirle. Había decidido que si él se sentía atraído por mi apariencia física, lo que yo buscaba era algo muy distinto: me subyugaba su personalidad vigorosa, su inteligencia, su enorme capacidad creadora. Como si a través de sus actos mis sueños se viesen realizados. No atino a explicarme: sin lugar a dudas, era yo la que más pedía. No obstante mi aparente frivolidad, estaba muy lejos de gustar de una aventura, o de querer quemarme

las alas en una vela de oro. Tendría que admitirlo, que conocerme, si gustaba de mi compañía y amistad. Él tenía otra clase de oro que darme. Yo no deseaba ser amada. Deseaba encontrar en él, al amigo que me aconsejase sobre la forma de sobrellevar mi matrimonio, ofreciéndole a cambio un nuevo interés: la amistad desinteresada.

Pienso que en su fuero interno se burló de mis palabras. Mi exterior estaba en desacuerdo con mis pescas morales; pero como soy muy terca y me sentí defraudada, continué aceptando invitaciones y rehusando regalos.

El señor Geliebter repetía constantemente:

—Sea práctica, mi querida, sea práctica.

En uno de mis muchos disgustos con Roberto tuve la debilidad de llamar a Jaime en demanda de consejo. Me contestó que dispusiera de él a mi arbitrio y por ningún motivo aceptara seguir viviendo en tan miserable situación.

Eso me calmó.

A los pocos minutos llegó hasta mí un mensajero trayendo en un sobre una fuerte cantidad de dinero. No fue necesario hacer uso de él. Mi marido y yo llegamos a un acuerdo y esa misma noche salimos para México. En el tren tuvimos de compañero accidental a nuestro amigo el señor Geliebter. Jaime alentaba la esperanza de que alguna vez pudiéramos comer juntos. Un sábado me avisó Roberto que sus ocupaciones lo retendrían hasta tarde, aprovechando esa oportunidad, llamé a Geliebter. Contestó que un compromiso anterior lo privaba del placer de mi compañía.

—Lástima —dije—. Por ser mi cumpleaños me hubiese agradado almorzar con usted.

—¿Es verdad eso...? Dentro de unos minutos volveré a llamarla. Póngase muy guapa, ¿quiere?

Sí. Puse mucho cuidado en mi arreglo, pero deliberadamente, llegué tarde. Jaime reprochó mi tardanza y me elogió mucho.

Además, me tenía un regalo.

Ese detalle hizo que me sintiera avergonzada y ladrona. Sobre todo, ladrona. Por haberlo obligado con una burda mentira a comprarme un obsequio. No puedo negar que me halagó lo que tuvo que hacer para conseguirlo. A la hora de mi invitación, las joyerías estaban cerradas. Quizás esos pensamientos me hicieron aceptárselo.

Al despedirme puse en sus manos los billetes de mil pesos que unos días antes me enviara a mi domicilio en Monterrey y con eso di por terminadas nuestras relaciones. No comprendió mis motivos y se disgustó. Desde entonces, mi actitud fue

hostil para Jaime Geliebter. Si nos encontrábamos en alguna reunión, mi saludo no podía ser más impersonal. Era como mi conciencia, haciéndome sentir mal conmigo misma.

La aventura con el señor Geliebter iba perdiendo contornos. La vida tiene el don de agregar los días a los días. El anhelo de la libertad, de descanso, de algo diferente, son imágenes que algunas veces consiguen dominarnos, quitándole el sentido a lo que nos rodea. Estaba completamente libre. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan joven. Nada existe dentro y fuera de nosotros, sino estados de ánimo. La preocupación por mi vida presente y la nostalgia del pasado ya no me atormentaban lo más mínimo.

Roberto estaba fuera, en otra ciudad. Mi hermano Felipe se había quedado al frente de sus negocios y esa ausencia me daba un no sé qué de refugio, de verdadera libertad. Fue entonces cuando supe los verdaderos motivos de la gravedad anterior de Felipe. La causa de que antes de cumplir dieciocho años fuera casi un viejo.

El paludismo, que tanto iba minando su existencia, lo atacó a raíz del accidente en que perdió la vida uno de sus compañeros de trabajo. Es imposible coordinar mis ideas para narrar con relativa fidelidad la escena que se desarrolló en la carretera, a muchos kilómetros del campamento de la compañía en que era contratista mi esposo.

Éste, por mortificarme, llamaba a Felipe «el señorito» y, para ponerlo a prueba, lo empleó de capataz de una cuadrilla de peones. ¡De capataz, a los diez y seis años!, sin preparación en esa clase de tareas, y, lo que es peor, sin conocimiento alguno de cómo manejar aquella clase de individuos. Fueron muy duros para Felipe los primeros meses de trabajo, pero, afortunadamente, no lo abandonó. Abandonarlo hubiera significado renunciar a algo más que a un medio de subsistencia, era renunciar también al respeto y consideración de Roberto, exponiéndome a mí a sus crueles y burlones comentarios. Dolía el corazón verlo tan indefenso; me perseguían sus ojos horas y horas. Y la indomable voluntad que adivinaba en ellos me impedía suplicar a mi esposo que lo cambiara de ese ambiente.

Mi preocupación fue disminuyendo a medida que Felipe ganaba amigos entre sus trabajadores. Llegó a sentirse parte de ellos mismos, ajustando su existir a su ritmo de vida. Entonces sobrevino la injusta tragedia. Injusta y sin causa: uno de sus camaradas, el que era su compañero de cuarto y su amigo más íntimo, le enseñó una pistola

que acababa de adquirir. Felipe nunca había tenido en sus manos un arma de fuego, muchísimo menos sabía cómo manejarla y sucedió lo inevitable: examinando aquel revólver como un juguete nuevo, ignorando el peligro de moverlo sin tomar precauciones, sobrevino el disparo y la bala fue a sepultarse en el vientre de su propietario. Los que presenciaron el accidente nunca pudieron imaginar tal desenlace. Cualquiera de ellos —Felipe mismo— hubiese podido ser la víctima. En un indescriptible estado de ánimo, mi hermano llevó a su amigo al pueblo vecino. El herido y los otros testimoniaron la inculpabilidad de Felipe, sin embargo para él no valieron de nada los testimonios ajenos. Algo se rompió para siempre dentro de sí mismo, día tras día fue consumiéndose entre enfermedades y remordimientos. Roberto hizo cuanto pudo por ayudar a mi hermano. También se opuso a que me dieran esa noticia.

Entre Felipe y yo había una liga más recia que la de nuestro parentesco: había amistad, comprensión y cariño verdadero. Él fue siempre como un hijo para mí. El hijo que nos regala con todas las cualidades que hemos imaginado que posee. Y una noche, la noche del veintitrés de abril de mil novecientos cuarenta, estaba sobre mi tocador una nota de Felipe cuyo sentido no comprendí. La víspera habíamos hablado de la intolerable situación en que ambos vivíamos. Le hice patente la urgencia de que no siguiera desperdiciando su juventud en empleos sin importancia, urgiéndolo para que estudiara algo que más tarde le diera un resultado positivo.

Pensé que aquella nota significaba su decisión de buscar en otro sitio, el remedio a su problema, tratando de conseguir independencia económica lejos de nosotros.

Era muy tarde y resolví acostarme.

Roberto estaba ausente y el teléfono descompuesto. ¿A quién pedir consejo? La intranquilidad no me dejaba dormir. Instintivamente vino a mi memoria el nombre de Fidel. Fidel era el único de quien podía esperar toda clase de ayuda. Para ir hasta su domicilio había que caminar doce cuadras interminables. Me asaltó el temor de encontrarme con algún conocido que interpretase en forma equívoca mi presencia en la calle, pero mis pensamientos se sucedían con tal rapidez, que llegaron a ocasionarme verdadero vértigo. Mis pasos resonaban en la soledad de aquella noche, acompañándome.

Ya con Fidel, fue menos dura mi zozobra.

Para informarnos de los actos de Felipe, fuimos a casa de mi madre, y por no alarmarla, puse de pretexto que a Roberto le urgían unos datos de la venta de unos camiones, que estaban en poder de mi hermano.

—¿Le pasa algo a Felipe? —preguntó mi madre.

En el bolso llevaba la carta que confirmaba mis palabras, pero ella no creyó tales excusas. La verdad es que no fui bastante hábil para disimular mi turbación y ya presa de verdadera inquietud, rogué a Fidel que fuéramos a mi casa. Alguna de las sirvientas podría darme noticias de él.

—Pero si el joven Felipe está dormido en el cuarto del señor —me respondieron—. Él mismo preparó una jarra de té y la tomó con una medicina para dormir. Por mucho rato oímos que cantaba...

Corrí a buscarlo y lo encontré vestido, igual que si se hubiese echado sobre aquella cama para descansar. De sus ojos corrían gruesas lágrimas. Lágrimas que debieron escapársele al irse quedando dormido con no sé qué torturas, con no sé qué angustia de la que yo no había podido liberarlo. Sobre la mesa, una taza con residuos de veronal. Al verla ya no tuve duda de los designios de mi hermano.

Fidel corrió en busca de un doctor y yo me quedé junto a Felipe, llamándolo, tratando de despertarlo. Era tan grande mi pena que no creía que nadie pudiese aliviarla. Mientras yo había perdido el tiempo buscándolo en la calle, mi hermano se moría al otro lado de mi propia habitación.

Regresó Fidel sin el médico.

Entre mis brazos, como un niño dormido, trasladamos el cuerpo inanimado de Felipe a la sección médica municipal, en un desesperado intento de salvarlo. Ya no fue posible lavarle el estómago, había transcurrido demasiado tiempo desde que tomara aquel veneno. Los practicantes parecían autómatas, moviéndose de un lado a otro según mis indicaciones.

A sólo dos cuadras de ese lugar quedaba el domicilio del médico de Felipe. Con la esperanza, mejor dicho, con la certidumbre de que él solamente podría salvarlo, corrí en su busca. Poco faltó para que en mi prisa tropezara con mi pobrecita madre que también había acudido al puesto de socorros en demanda de noticias de su hijo. Por fortuna, me había anticipado a esa probabilidad, gratificando al encargado para que no me denunciara.

En el domicilio del médico toqué muchas veces antes de que una voz gangosa y soñolienta respondiera de mala gana:

—Esteban está dormido, no podemos despertarlo.

Le expliqué mi situación, le dije que la vida de mi hermano dependía totalmente del conocimiento que el doctor Brambila tenía de su organismo, que Felipe estaba

a sólo dos cuadras de allí, en la enfermería del ayuntamiento, que tuviera piedad de su juventud y me ayudara a salvarlo.

Un pesado silencio respondió a mis palabras, a mis desesperados gritos implorando su auxilio; sentí, más que escuché, perderse en la penumbra del corredor los pasos de la mujer que hablara conmigo cerca de la puerta principal. Mis ideas eran tan confusas que me impidieron razonar serenamente. Ya no intenté buscar en otro médico el apoyo que Brambila me negaba; un desaliento infinito me invadió totalmente, pues creí, y con razón, que en todos iba a encontrarme la misma inhumana indiferencia.

De vuelta a la enfermería logré retener a uno de los practicantes para que inyectara a Felipe estimulantes cardiacos, para que vigilara su pulso y sus reacciones; en mi obsesión por hacerlo vivir intenté lo imposible. Nadie sabe, si no las ha vivido, cuándo unas horas imitan la eternidad.

Mucho tuve que luchar conmigo misma hasta dominar el enfermizo temor de buscar a mis amigos y que ellos también se negaran a ayudarme. Esperé a que llegara la hora de trabajo para llamar a Carlos Martell. Él a su vez llamó a Alberto Volkmann, quien antes de una hora trajo a un magnífico médico, asistiéndome con su influencia para sacar a Felipe de la sección médica municipal y trasladarlo a un sanatorio.

Mientras la ambulancia rodaba a toda prisa las recién regadas calles, rompiendo con su estridente silbato el silencio de la ciudad, en mi conciencia, dominando los temores, renacían la confianza y el anhelo de librar a mi hermano de la muerte. ¡Qué mañana aquella!

En el sanatorio me reprocharon haber perdido el tiempo tan lastimosamente, asegurándome que, aunque Felipe durmiera mucho, era posible salvarlo. Por mediación de una buena amiga mía vino un sacerdote, y lleno de piedad y amor bendijo y perdonó al dormido cuerpo de mi hermano su intento de suicidio. Yo era la que no podía perdonarme: él me había visto —muchos años atrás— tomar el mismo veneno, y quizás pensó también acabar con la angustia de una vida inútil.

Las frases de su nota no se apartaban un segundo de mi pensamiento, «Francisca: trata de comprender y perdonar; lo que no sirve, que no estorbe. Felipe».

Al volver a casa encontré a mi madre en el hall, en una actitud de vencimiento tal, que no tuve fuerzas para decirle lo de su hijo. Por librarla de su pena hice una comedia: pedí el desayuno, conecté el radio, dije que parrandeamos toda la noche con

Felipe y que él se había quedado en casa de uno de nuestros amigos. Carlos Martell me acompañaba y corroboró lo dicho.

No me creyó y tenía sobrada razón; al pasar frente al espejo vi reflejado en él mi cadavérico semblante; más que un rostro, una máscara. Una trágica máscara sonriéndose a sí misma su desdicha.

Ante la dolorosa mirada de los ojos de mi madre, sentía desfallecer, mas el deseo de evitarle el espectáculo del hospital me dio alientos para seguir mintiendo. Ahora comprendo que nada me autorizó a tenerla separada de su hijo.

El tiempo que estuve fuera del sanatorio me pareció eterno. Felipe continuaba como yo lo había dejado, en el mismo estado inconsciente. Con los tubos de oxígeno dentro de su hermosa nariz y el columpio de suero haciendo guardia junto a su delgado cuerpo.

¡Era tan buen mozo!

Su piel había adquirido un dorado color bajo los rayos del sol y su cabello, un poco desteñido por la luz, parecía más rizado por el sudor que brotaba de continuo de su amplia y bella frente.

Hacía apenas unas horas que no escuchaba el timbre de su voz y me parecía que sus palabras estaban perdidas. Entonces supe que ya nunca, ¡jamás!, volvería a la vida. Mi cuerpo también carecía de ella, lo que quedaba de mi pensamiento conversaba en alta voz con mi hermanito.

Al mediodía hicieron a Felipe una segunda transfusión. Su cuerpo, con el choque, fue preso de terribles convulsiones. Se retorcía con el dolor más vivo, con la desesperación más infinita impresa en su dormido semblante. Después de esa crisis, su rostro demacrado dejaba traslucir lo bárbaro que fue ese sufrimiento. Por la tarde su pulso era casi normal y en su semblante volvió a dibujarse esa preciosa tranquilidad que sólo tiene el sueño de los niños. Era nuevamente mi niño: como la mañana de un siete de septiembre en que, entre mil advertencias, lo pusieron por primera vez entre mis brazos.

No obstante los ocho años que le llevaba de diferencia y a medida que fuimos creciendo, creció también dentro de nosotros una amistosa y fraternal comprensión, una siempre renovada camaradería. Nadie, ni siquiera mis hijos, podrían jamás sustituirlo.

Avisé a mi casa que no me esperaran. El centro de mi vida estaba en aquel sanatorio. Ni mis sufrimientos quería compartirlos con nadie. Con increíble serenidad

me colocaba dentro de todas las situaciones. Aunque por momentos dominaba el cansancio, el temor de que le sucediera algo a mi hermano me hacía reaccionar. El recuerdo de la noche anterior en aquella sucia enfermería, con el cuerpo de Felipe sobre una plancha de piedra cubierto con una frazada oscura, me parecía lejano, borroso, inexistente, como si jamás la hubiese vivido.

Pasó la segunda noche y tanto los médicos como yo dimos por hecho que el peligro estaba conjurado. Sugestionada por mi propia confianza traje a mi madre al sanatorio.

¡Cuánto me arrepentí! Ella interpretaba todos mis movimientos como signo infalible de que algo malo ocurría. Para esquivar su vigilancia, hice que atendiera a nuestros amigos presentes, dejándome así un mayor campo de acción.

¡Pobrecita!

Hasta el cuarto de Felipe llegaba el murmullo de su charla. Esa picante y sabrosa charla de mi madre, que siempre acompaña de una burlona sonrisa en ojos y labios, al tiempo que se cubre la boca, en un gesto lleno de coquetería.

Mientras, Felipe agonizaba. Agonizaba sin haber tenido un movimiento propio en más de cuarenta y ocho horas.

Un oscuro presentimiento me ataba junto a su cabecera y por eso pude darme cuenta que sus venas ya no recibían el suero que las alimentaba, y que la fatigosa respiración de sus pulmones sólo era un estertor de muerte.

No puedo coordinar los detalles de esos momentos tan dolorosamente vividos, *no me siento con fuerzas para hacerlo. Mejor dicho, apenas logro recordarlos en* toda su macabra exactitud.

El termómetro fue insuficiente para registrar la elevada temperatura que le consumía el cuerpo; los doctores abrieron inútilmente las venas de sus brazos colocados en cruz, pero en lugar de sangre sólo hallaron en ellas coágulos arenosos y ennegrecidos.

Yo no aceptaba la evidencia de que Felipe estaba muerto.

Exigía y exigía sin descanso toda clase de recursos para devolverle la vida. Cuando tuve que rendirme ante la realidad inmutable, la locura me dominó totalmente, maldiciéndome a gritos por mi mal ejemplo y echando sobre mi conciencia la responsabilidad de esa vida truncada.

Y la desesperación, mi propia, enfermiza desesperación, iba posesionándome minuto a minuto. ¿Por cuál sitio, pensaba, por cuál parte de su cuerpo, en qué mo-

mento se me escapó su vida...? Mientras amortajaba su flexible y ardoroso cuerpo, los versos de Gabriela Mistral daban forma a mi plegaria, angustiosa, interrogante:

¿Cómo quedan ¡SEÑOR!, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas?
¿Las lunas de los ojos albas y engrandecidas?
¿Hacia un ancla invisible las manos orientadas?

Me distraían, momentáneamente, los ruidos cotidianos: el de las voces en el cuarto inmediato; el de las enfermeras llevando la merienda a los otros asilados; y entre todos, dominándolos, el del limpio cantar de las campanas anunciando la noche. La madre superiora entró con Pepe (un muy buen amigo de mi hermano), para ayudarme. Mientras extendíamos la blanquísima sábana que me facilitó la bondadosa madre Teresa, a mi cerebro retornaba doloroso, obsesivo, implacable, el tenaz estribillo de los versos:

Y responde ¡SEÑOR!, cuando se fuga el alma
por la callada puerta de las hondas heridas,
¿entra en la zona Tuya hendiendo el aire en calma,
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno Tuyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecidos?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre Tuyo,
o lo gritan y sigue Tu corazón dormido...?

Hay dentro de mí una imborrable deuda de gratitud hacia Alberto y Fernanda, hacia Fidel y Pepe, hacia Sara y hacia tantos otros amigos y conocidos nuestros que tan generosamente nos trataron. Pero existe también un agradecimiento que no puedo traducir en palabras hacia el doctor Arturo Chávez Hayhoe, que tanto hizo por salvar a mi hermano, hacia el generoso sacerdote que Sara Rubio nos trajo y hacia los médicos y monjas de ese sanatorio. El propio doctor Gabriel Vázquez Arroyo ordenó que desocuparan una de las salas de operaciones para que en ella fuera velado Felipe.

Lo trasladamos sobre su mismo lecho, como a un niño dormido, y acomodé la angosta y blanca cama en un rincón del cuarto, sin el espantoso ceremonial de los muertos. Las madres le trajeron un cirio bendito y allí quedó junto a su cabecera haciéndole guardia a su amadísimo cuerpo, mientras yo iba en busca de su caja mortuoria.

Alberto quiso hacer por sí mismo esa tarea, pero para mí era muy importante conseguir para Felipe un féretro distinto, sin falsos crespones, sin chapas, ni borlas, ni nada que causara temor. No hubiera podido tolerar ver a Felipe entre cuatro horribles candeleros que lo custodiaran como si fuera un preso. Él estaba en la muerte y la muerte no precisa falsos oropeles que le roben su dignidad y su grandeza. Me repugna el artificio con que los hombres profanan a sus muertos. La muerte —nuestra muerte— nace al nacer nosotros y nos sigue, también, cuando morimos.

Esa noche mis movimientos estaban gobernados por una voluntad ajena a mi propia angustia: creía que ese, mi último regalo, habría de ser para Felipe una prolongación de mi amor fraternal. Cansada de ir de un sitio a otro sin encontrar lo que buscaba, me eché en una silla para ordenar sus esquelas.

¡Qué duro elegir un papel, un tipo de letra, unos versículos y tantos otros detalles inhumanos, para anunciar a los vientos que Felipe, mi hermano más querido, había muerto! ¿Qué le importaba a nadie la verdad de mi pena? ¿Qué sentimiento trizándome los nervios, mordiéndome la carne, signándome la piel y torturando mis noches y mis días?

¿Qué me importaba el mundo, la mentira de sus costumbres, sus leyes establecidas para el luto? Una infinita protesta me subió hasta los labios y los ojos, derramándose por mi sangre en un callado grito interior.

¡¡DIOS MÍO...!! Cuánto tuve que dominarme para no tirar al rostro del mercader de la muerte, su inmunda y repelente mercancía. ¿Cómo era posible mirarme a mí misma, comerciando con mi dolor?

No lloramos las muertes; lloramos por las vidas que vivimos. Quería estar sola. Hundirme en la soledad como en un lecho hermano. Arrancar de mi cuerpo y de mi mente esos girones de palabras plañideras e inútiles que la gente dice en los velorios. Quería estar con Felipe, sola en mi soledad y con mi duelo a solas...

De pronto, mis ojos tropezaron con un arcón enorme. Nunca supuse que fuera un ataúd, pero estaba dispuesta —si me lo vendían— a hacer que lo acondicionaran como un lecho. Fue como un milagro: nadie lo había querido antes —dijeron—

porque estaba construido en maderas preciosas, perfumadas. Después Alberto me acompañó a cambiarme de traje y a llevarle a Felipe un ramo de baby-rosas —sus flores predilectas— y un retrato mío que siempre quiso tener.

—Muero en esta imagen —dije al descolgarlo—, para poder vivir nuevamente.

A la media noche me trajeron sus blancas esquelas; bajo una cruz el nombre de mi hermano cobraba majestad, respeto. No sé todavía cómo pude rotularlas.

Muchas veces estuve junto a él. A pesar de las horas transcurridas desde que había muerto, su cuerpo conservaba el calor.

Mis esfuerzos por librarlo de la autopsia resultaron inútiles. Lo único que pude conseguir, por bondad del doctor Vázquez Arroyo, es que fuese hecha en el mismo hospital. Poco antes de que se lo llevaran a la sala de operaciones, en su cara había signos de descomposición. Pronto, de ese rostro tan bello, no iba a quedar ningún rasgo.

Estaba sola.

Como bandada de palomas en sus trajes blancos, como una visión de paz, así miré a las madres cuando entraron a rezar conmigo por Felipe.

¡No podré olvidarlo nunca!

Mi rebeldía se deshizo en lágrimas, y pude dejar de ser fuerte y sentirme lo que era en realidad: una pobre cosa lastimada.

Lo sepultaron el jueves veinticinco de abril de mil novecientos cuarenta.

Mientras el sacerdote bendecía la tumba, e inútilmente trataban de meter en la fosa su grande y hermoso ataúd, con palabras que no hace falta pronunciar, mi corazón conversaba con Felipe:

> Como una flor que ansiara una mayor altura,
> te fuiste de nosotros, lejos de lo terreno;
> pero tu esencia guardo y guardo tu ternura,
> y vive mi ternura tu arraigado recuerdo.
> Cuando siento que quedas en este camposanto,
> es como si en tu entierro me hubiesen sepultado.
> En mis ojos se duerme el sueño de tu sueño
> y hasta invade mis miembros, el ansiado descanso.
> Está libre en mi mente tu libre pensamiento,
> y tu enunciado grito se ha secado en mis labios,

y esta enconada angustia, todo fuga y presencia,
se ha grabado muy dentro: presencia de tu ausencia.
Soy toda en el recuerdo y soy toda en tu cuerpo;
y en mi cuerpo revivo la forma de tu cuerpo.

De vuelta a nuestra casa, los amigos se fueron despidiendo. Entonces fue verdaderamente la soledad. ¡Qué angustia la de ver su cuarto vacío! ¡La cama aún conservaba la forma de su cuerpo!

La mañana del veintiséis me trajo nuevamente a la realidad. Llegó Roberto avisado por uno de nuestros amigos. Lo había precedido un telegrama y dinero.

Deseando evitar su presencia, me fui caminando hacia una gran ventana que daba al jardín; segundos después estaba a mi lado. Sabía que no iba a tenerme compasión y acerté. Estas fueron sus primeras palabras:

—Tú eres la que con tus eternos consentimientos has asesinado a tu hermano Felipe. Explícame, además, ¿cuáles fueron los gastos que se han originado, y por qué has omitido mi nombre en las esquelas...?

Creí que nunca iba a volver a articular palabra, todos mis sentidos recibieron el golpe. Lo escuchaba decir y lo que hablaba no tenía significado para mí. ¡Éramos tan extraños; nos separaba una distancia tan enorme...! Imposible calcular cuánto tiempo duré en ese estado de ausencia. Sólo recuerdo que al volver en mí, me encontré tendida en la cama de Roberto. La misma en que Felipe pasó sus últimos momentos. Debo haber hablado mucho. El dinero que él me enviara la víspera, lo estrujaba fuertemente entre mis manos.

En cuanto me vio reaccionar, continuó haciendo preguntas y preguntas. Por segundos se agotaban dentro de mi cansado cerebro mis propios argumentos, pero Roberto no me daba punto de reposo: hubo veces en que mi pobre inteligencia se escapaba otra vez, voluntariamente, hacia una meta imaginaria en un desesperado impulso de conservación.

No sabría referir qué fue de lo que dije, ni cómo conseguí que mi marido aceptara nuestra separación en forma casi amistosa. Sólo recuerdo que fijó como única condición que no hubiera divorcio. Me propuso también que hablásemos con el presidente de la república, antiguo amigo de mi familia, para conseguir unos contratos. En esa forma nos convertiríamos, para nuestro sostén económico, en

una especie de socios, continuando ante nuestros amigos y conocidos como marido y mujer.

Sin mucha seguridad en su promesa, me dispuse a arreglar lo necesario para nuestro viaje. Pero no quise hacerlo sin llevar dinero propio. Cuando salí del banco, el sol brillaba con fuerza abrumadora, y en la calle hacía un calor sofocante. Indiferente al clima, fui caminando. Me complacía pensar que en adelante iba a ser dueña absoluta de mis actos. Al divagar con tales pensamientos, cruzó junto a mí el coche de Jaime Geliebter. Fue tal el azoro que me produjo su presencia, que comprendiéndolo, continuó su camino. Dentro de mí volvieron a repetirse sus palabras:

—Francisca, para el dolor no hay mejor compañero que el silencio.

Vi al presidente; ofreció ayudarnos y, en forma muy afectuosa me dio el pésame. ¿Cómo pensar en el dolor ante una mujer con el cabello pintado, traje y sombrero de luto a la última moda? Unos días antes de la muerte de Felipe me lo había hecho teñir de color caoba. En casa todos protestaron. Solamente él y yo creíamos que me quedaba bien. Una vez más comprobé cuán superficial puede ser la mirada de nuestros amigos cuando, al despedirme, del presidente, dijo:

—El rojo de tu pelo, en lindo contraste con el color amarillento de tu piel, hace que tus ojos parezcan más luminosos y más verdes.

Nuestra ausencia duró aproximadamente un mes.

A nuestro regreso, todo había cambiado: de aquella linda casa no quedaba nada. Las cosas eran las mismas, pero no eran igual. Alguien había destruido su armonía anterior. Sentíase un malestar, un no sé qué de frío... Mi pobre madre había recorrido toda la gama de la locura. A los niños les faltaba calor, les estaban robando su niñez.

Con mucho misterio me advirtieron que Luis, mi otro medio hermano, había vuelto. (Él creció al lado de los familiares de su padre y no lo habíamos visto en muchos, muchísimos años).

No lo sentí un intruso, aunque en realidad lo fue. Creía que en mi madre se lograría el milagro de una transmutación, pero estuve engañada: su corazón no respondió al milagro del hijo devuelto. A pesar de todo me agradó su presencia, pues rompía, entre mil incidentes, el ambiente siniestro y doloroso de mi casa.

La misma tarde en que llegamos nos fue presentado. Inmediatamente me di cuenta de su calidad e inteligencia, pero más de una vez tuve que arrepentirme de

haberlo aceptado en nuestra vida íntima con demasiada rapidez. Su punto vulnerable, el rencor: rencor muy justo del hijo que se siente abandonado por su madre.

Me dejé subyugar por su exquisita y sensible compañía y, sin confesármelo, quise hacer perdurable en mi hermano Luis, la amistosa fraternidad que me ligaba con Felipe.

En ese mismo instante se realizaban también en forma tranquila y casi indiferente, mis anhelados sueños de libertad conyugal. Una inhumana sensación de frío se apoderó de mi alma cuando escuché perderse en la lejanía el ruido del automóvil de Roberto sobre el empedrado de la calle.

Mi hogar se desintegró.

Mi madre no quiso volver a su casa, ni vivir en la mía. Hubo necesidad de una mudanza, ¡cuán dolorosa fue! Ella no lo comprenderá nunca, no lo comprenderá nadie. En esa casa sufrí mucho, es verdad, pero dentro de sus muros crecieron mis hijos, luché por ellos, logré, en fin, muchas victorias. En toda ella quedaron plasmadas nuestras emociones, nuestras alegrías, tal vez también nuestras penas. Felipe pasó allí los últimos momentos de su vida y estaba segura de que las paredes de esa habitación guardaban para mí confidencias aún no escuchadas.

Me hizo mucho daño irme de ella y nunca debí haberlo consentido. La gente aún comenta: «Ese perfume de la casa de Francis...»

Y era verdad: tapizada de jazmines, era una gloria respirar su perfume. En tiempo de calores el aroma se volvía tan intenso, que nadie dejaba de notarlo.

¡Mi lindo cuarto verde! Para que mis ojos y mis nervios tuviesen descanso, lo habíamos decorado de ese color. Cierro los párpados y lo miro, grande, fresco, el mejor de la casa; con su enorme ventana y sus limpias cortinas.

También surgen en el recuerdo los cuartos de mis hijos: el de Cecilia, adornado con alegres cretonas de grandes flores amarillas y azules; los muebles diseñados por Roberto. Era tan alegre, tan acogedor. La puerta que comunicaba con su alcoba, me ayudaba a cuidarla como una esclava fiel. El de Enrique, por ser el más pequeño era el mejor orientado, pero el más lejano: sin embargo, el baño era puente para velar por él.

Sin importarme cómo, para que fuera rápido, se hizo aquel cambio. La casa a que nos mudamos —casa moderna— no dejaba lucir ninguno de mis muebles. Resultaron inútiles mis esfuerzos de acomodamiento material y moral.

Roberto seguía en México, cumpliendo los compromisos adquiridos con el presidente, y muy pronto se acostumbró a verse libre de obligaciones. Lo único que de él recibía algunas veces eran cartas... y consejos.

Fue una etapa muy larga, con interrupciones esporádicas de presencia y fondos. Los míos tocaban a su fin. Para mayor desgracia, mi hija enfermó de gravedad: primero de un oído y luego del apéndice.

Resulta innecesario añadir que mi casa era, no sólo un sanatorio, sino también un manicomio. Mi madre agregaba a lo enorme de su pena, el desequilibrio moral y nervioso más absoluto. Nuestra vida era un infierno: las cosas más aberrantes pasaban entre nosotros.

Esa situación duró aproximadamente un año. No me fue posible sostener por más tiempo semejante plan de vida. En el curso de tres meses tuve cinco embargos; ninguna vergüenza me fue negada. Alberto volvió a ayudarme en todo; sin él no sé qué hubiera hecho en tales casos. Mi marido no hacía caso de mis dificultades. ¿Qué importancia tenían para él a tantas leguas de distancia? Sus empleados eran dueños absolutos de cuanto negocio había emprendido y los embargos, consecuencia natural de los desórdenes y descrédito de dichos individuos.

Llevé a mi hija Cecilia a la casa de unos parientes de la capital y volví a quitar, nuevamente, lo poco que pude rescatar de mis hermosos muebles. Por mediación de Alberto pude vender unos títulos de un banco capitalizador, a razón de treinta y dos centavos por peso. Conseguí en el centro una casa pequeña y fea, cuya renta era muy reducida y allí nos fuimos a vivir.

Para entonces ya no me comunicaba con Roberto.

Un buen día apareció en nuestro domicilio.

—¿Por qué —dijo— me atrevía a violar los sagrados derechos del matrimonio, ignorando su consentimiento para cambiar de casa sin avisarle? —habló de moral cristiana horas y horas, hasta que con una palabra, la palabra más cruda de nuestro idioma le contesté...

¡Cómo sabía remover el cieno que todos llevamos dentro! Hubiera querido tener sus puños y su fuerza para haberlo convertido en lo que él me había convertido tantas veces: en una miseria humana.

Mi madre intervino horrorizada. ¿Cómo me atrevía a hablarle a mi esposo en esta forma? ¡Claro, yo era quien llevaba la carga de nuestra situación, los demás me hacían el honor de tolerar nuestra pobreza!

Roberto, olvidando nuestro pacto anterior, fue a vivir a esa horrible casa. Pasaba los días tendido en algún mueble, leyendo y estorbando. Mi madre, en uno de sus arranques de mal humor, olvidando también sus sentimientos conciliadores, le puso de sobrenombre «el santo entierro».

Cada vez íbamos ahondando más y más nuestro resentimiento, nuestro mutuo descontento interior.

Ante lo injusto de prolongar esa clase de vida, convencí a Roberto de que aceptase unos contratos que le ofrecían en Oaxaca. Por espacio de dos semanas no tuvimos noticias de él. Llegaba diciembre y yo estaba otra vez muy enferma, para curarme hacía falta mucho dinero, tiempo y, sobre todo, tranquilidad. Si me sobraba el tiempo, carecía totalmente de los otros requisitos.

De pronto, las llamadas a larga distancia se hicieron apremiantes. Roberto me ordenaba que fuera a reunirme con él. Hacía tanto tiempo que su autoridad marital era un mito, que hasta llegué a pensar si no lo había sido siempre.

El miedo que por tantos años me tuvo prisionera, surgía otra vez, aunque en forma distinta; ya no era mi esposo quien lo provocaba, eran los otros; cualquier persona, los que eran mis amigos o los que me eran extraños.

No se puede condicionar nuestra voluntad, nuestros gustos, nuestro anhelo de vida a una causa determinada, sin sufrir el desconcierto de una doble personalidad.

Se hizo más patente mi conflicto eterno: el odio a mí misma y mi afán de perfección. No sé cuál de ellos me llevó a tal grado de misantropía que llegué hasta el absurdo; todo me infundía un enfermizo temor, todo me llenaba de angustia. Este descontento, esta amargura y desprecio contra todo cuanto me rodeaba, y la imposibilidad de elevarme por encima de mis propias e inconfesables pasiones —resentimiento, inseguridad y orgullo desenfrenado—, me impelía a buscar en la soledad una forma de equilibrio.

Mi enfermedad iba en aumento. Otra vez estaba quedándome ciega. El oculista me prohibió —bajo pena de acabar con mi escasa vista— todo ejercicio que me fatigara los ojos; los dolores de cabeza eran tremendos, e intolerable mi estado nervioso. Pero leía, leía constantemente, encerrándome también por muchas horas en las salas del cinematógrafo: otro enemigo inevitable.

Otra vez fue necesario ir de laboratorio en laboratorio para que me hicieran nuevos análisis. Sangre, recuento de glóbulos y el más horrible de todos: el del líquido céfalo-raquídeo.

El doctor insistió que éste último fuese extraído en México. La dolorosa experiencia anterior me hizo hacer caso de la advertencia del médico.

Todos esos gastos disminuían en forma alarmante mis reservas económicas. Llevé al montepío algunas alhajas y, para mi propia sorpresa, la cantidad que me dieron por ellas resolvía el problema de los gastos más indispensables.

Mi mamá hizo todo por convencerme de que debería atender las indicaciones de Roberto. Para no preocuparla por mi salud, fingí aceptar sus consejos.

En el tren que me condujo a la capital iba Jaime Geliebter: la casualidad volvía a ponerlo en mi camino. Hablamos de cosas intrascendentes. Yo no tenía otro pensamiento que el irme a la cama, porque mi pobre cabeza estaba peor que otras veces. En forma inesperada dijo:

—Francisca, ¿podríamos ser otra vez amigos? Creo que este es el momento en que más precisa mi amistad.

Me puse a observarlo y sentí un verdadero alivio al mirarle los ojos. Había tanta lealtad en aquellas pupilas, tanto deseo de serme útil, que sin poder evitarlo me puse a llorar desconsoladamente. Algo se había roto dentro de mí. No sabré decir exactamente qué, pero el miedo a los demás encontró una salida.

Después de una semana de soportar los dolores provocados por la extracción del líquido, decidí ver a Roberto. Mientras estuve tendida en el cuarto del hotel, hablé largamente con mi amigo Federico Castaños, acerca de las peculiaridades de mi matrimonio y de sus causas. Con generosidad, comprensión y cariño desmenuzó mis problemas, instándome a una reconciliación con mi esposo, como único medio de realizar mis propias y legítimas aspiraciones: estabilidad moral y económica, para mis hijos, madre y hermano, y para nosotros mismos.

Libre de pensamientos egoístas llegué a la hermosa ciudad de Oaxaca. Mis temores perdían proporciones, desvaneciendo sus perfiles en el paisaje luminoso y magnífico de aquellos caminos, por los que rodaba la camioneta de Roberto, llevándome junto a él a todas partes.

Entonces me di cuenta de algo que antes me dejaba indiferente. Como si por primera vez surgiera ante mis ojos la alta y varonil presencia del esposo. Como si ese hombre fuese un hombre distinto del que conocía. Comprendí lo que antes nos separaba: no el miedo a su brutal forma de tratarme, tampoco el sentimiento de protección a los míos; lo que realmente nos tuvo alejados durante los años anteriores fue mi falta de amor, la incapacidad que me privaba de compartir su sentimiento. Siem-

pre había sido el mismo: hubiese dado todo el amor del mundo por no inspirarlo a los otros; me sentía profanada, disminuida. En cuanto alguien iniciaba un plan de conquista, todo se rebelaba dentro de mí. Aborrecía mi cuerpo, mi conducta, hasta la aspereza de mi carácter que, en lugar de restarme simpatías, eran imán para algunos hombres. Ejemplo de ello eran mi propio marido y Jaime Geliebter. Pero tal vez era muy injusta. En mi afán de cambiar amor por amistad, todo lo trastocaba. A eso se debió, sin lugar a dudas, la causa de mi fracaso matrimonial. Nunca pude imaginar la alegría de Roberto al tenerme con él; sus atenciones, su insuperable cariño, su voluntad de conquistarme por encima de todo. Lo primero que tendría que realizar era un nuevo y largo tratamiento. Todo fue planeado para evitar desavenencias posteriores. Para tal efecto nos instalaríamos Cecilia y yo en la ciudad de México, en un departamento amueblado, Enrique quedaría entretanto al cuidado de mi madre en nuestra ciudad natal.

Y empezó el tratamiento.

Para mí no había domingos ni días festivos, me consumía entre dietas y medicamentos; apenas toleraba las inyecciones y la diatermia, tres veces por semana, ahora me parece imposible haberla resistido. Subir la escalera hasta el primer piso me dejaba sin aliento.

El único amigo en quien buscaba refugio era Federico.

Nunca como entonces enraizó en mi ánimo el deseo de lograr para todos, una vida que tuviera como base la lealtad y la firmeza. Federico ayudaba mis propósitos, aconsejándome la forma de ponerlos en práctica.

Ese tratamiento fue rico en experiencias: la más desagradable, la de la noche en que me intoxiqué al mezclar las substancias de dos distintas inyecciones por evitar el dolor de pincharme dos veces. Además, olvidé, de la manera más imperdonable que no debería tomar alimento hasta haberme inyectado, pero tratando de no interrumpir el ritmo de las curaciones, hice poco caso de ese requisito.

¡Qué dolor más horrible el que me arrancó del sueño!

Al principio no podía determinarlo, clavado en mitad del estómago iba extendiéndose por el intestino como una mordedura, como una garra diabólica, como un nauseabundo recuerdo de hambre que invadiera mis entrañas vaciándolas, haciéndolas subir hasta los labios en bocanadas de espuma sanguinolenta y desabrida.

Pasé muchas horas echando por la boca bilis, residuos de alimento y sangre. Desesperada desperté a Cecilia para que llamara al doctor. No sé por qué vino en

esos momentos el recuerdo de la noche en que se envenenó Felipe, asaltándome el presentimiento de que mi médico también pretextaría cualquier cosa, como aquel otro que por no levantarse a media noche, dejó morir a mi hermano.

Al ver a Cecilia comprendí lo exacto de mi suposición. Newman había indicado a la niña algunas medicinas para aliviar mis vómitos, pero no le era posible, dijo, salir a la calle, porque estaba resfriado. Lo que sí prometió fue enviar a otro. Mientras, yo había tenido incontrolables hemorragias intestinales y un deshidratamiento imposible de expresar. Cuando llegó el enviado de Newman, tuvo que acompañarme al baño, sostener mi cabeza, cambiarme las ropas a cada momento. Cecilia poco o nada podía hacer. Y por desgracia aquel doctor no había previsto un estado tal de agotamiento y mi hijita tuvo que salir a esas horas de la madrugada en busca de sueros y tónicos cardiacos que eran tan indispensables. Ella misma, ¡pobrecita!, sostuvo el depósito del suero, pero ante el espectáculo de la descomunal aguja clavada en mi seno izquierdo, rodó al suelo sin proferir palabra.

Casi me alegré de su desmayo. Yo seguía cada vez peor, en un estado de sobreexitación espantoso; sólo el temor de dejar a Cecilia sin amparo me impidió abandonarme a mi muerte. Supliqué al doctor que hablara con Newman, él conocía muy bien mi organismo y sabría cómo hacerlo reaccionar.

Parecerá increíble, pero aquel individuo, olvidándose de la gravedad que estaba combatiendo, interpretó mi ruego como un ataque de histeria, diciendo:

—Una moribunda no tiene fuerzas para gritar como usted lo hace —y salió bruscamente de mi habitación.

¡Malditos hombres!, ¿qué saben ellos de la fuerza que da la angustia, la desesperación? Yo tenía que vivir. Vivir para mi hija, vivir para los que me necesitaban, vivir para mí misma. ¡Deseaba tanto sentir que la sangre circulaba otra vez por mis arterias! Lo que me quedaba de vida, lo sentía como algo pronto a extinguirse en la parte alta de mi cuello, en mi pobre y enloquecido cerebro. Mis piernas, mis brazos, mi cuerpo entero estaba entumecido, casi muerto. Ya ni salvación tenía, pero continuaban aquellos vómitos espasmódicos haciéndome arrojar espuma por la boca.

Con el golpe que dio el doctor al salir, Cecilia despertó y vino hasta mi cama. En esos momentos amanecía. Al reconocer su carita y observar los castaños ojos de mi niña todavía con sueño, sentí que su presencia refrescaba la aridez espantosa de mi alma, en donde persistía el recuerdo angustiado, dolorido y confuso de las cosas reales.

Ignoro cómo pude hacerle comprender que fuera en busca de Federico. Mientras esperaba, sonó el despertador. A esa hora Cecilia iniciaba su cotidiana tarea: desperezarse, renegar de su fino y hermoso cabello que siempre amanecía enmarañado, meterse bajo la ducha para despertar plenamente y, tras de tomar un ligero desayuno, correr rumbo al colegio. Me sacó de ese ensueño la voz de Federico que al mirarme, apenas pudo balbucir:

—Prométeme que vivirás mientras voy en busca de un médico. Prométeme que esperarás, promételo, Francisca...

Poco después llegó un sacerdote que me trajo el ama de llaves de Federico, luego Newman. Apenas recuerdo que el propio Federico me llevó en brazos hasta la Clínica de Londres. No avisé a mi marido. ¿Para qué? Siempre estaba sola cuando lo necesitaba, cuando era más precisa su ayuda y protección. De los extraños recibía los cuidados que yo esperaba de él. Después de los días del sanatorio al volver a mi departamento, tuve miedo de entrar a esa habitación en donde tanto padecí. Me asaltó la idea de que en muebles, paredes y objetos habían quedado plasmados los episodios de aquella horrible noche.

La sensación de mi soledad se agrandó hasta lo infinito. Era mi soledad quien estaba presente. Era mi soledad, quien me hacía compañía.

Me refugié en una especie de misticismo que me aislaba del mundo. Quería ser buena, limpiar mi alma de rencores, olvidarme del daño que yo misma me causaba con mi soberbia, con mi falsa manera de vivir. Nunca hubo mayor sinceridad en mis propósitos. Deseaba conquistar la felicidad para mis pequeños hijos, para mi madre y hermano, para Roberto inclusive, sin luchas, humildemente. Y para no desperdiciar el tiempo y el dinero gastado en los anteriores medicamentos, inicié las nuevas curaciones después de dos semanas de convalecencia.

Al hacerlo, mi organismo fue violentamente atacado por unas fiebres palúdicas, retoñadas al abrigo de la extenuación. Previendo males mayores, volví al sanatorio.

Un domingo, día de la Santa Cruz, fue de prueba para el doctor y para mí. El ataque empezó a las diez de la mañana, y antes de dos horas, la fiebre había alcanzado la cifra de cuarenta y un grados y medio.

Poco a poco fui perdiendo conciencia de lo que me rodeaba. A medida que el tiempo transcurría, aquella habitación se me iba transformando en una reluciente caldera infernal. Todo era rojo, intensamente rojo. Roja la luz que entraba por las amplias ventanas, rojas las sábanas que me cubrían. Me sentía impotente, pequeña e

indefensa para poder librarme de esa ola de fuego. Los rostros de las enfermeras tornábanse grotescos, y el líquido quemante con que me ungían el cuerpo, y las toallas mojadas cubriéndome hasta el cuello me hacían pensar que hubiera brasas rojas de hielo. Confusos e incoherentes recuerdos guardo de aquel domingo. Ya en la noche volví por unos momentos de mi letargo anterior.

La presencia de Newman no pareció sorprenderme. Al delirio había sucedido un estado de angustia: el dolor de cabeza, siempre intolerable, iba en aumento gracias a las sulfas, la quinina, la alta fiebre y la falta de alimento. Puse mis manos entre las del doctor, al tiempo que oí estas palabras:

—Estoy pidiendo a Dios que me ayude a salvarla.

Esta vez mi estancia en la clínica se prolongó por varias semanas. Una vez curado el paludismo, fue necesario luchar contra la anemia que provocó. Los días se sucedieron entre inyecciones, vitaminas, comidas cada tres horas y constantes consultas al termómetro. Llegué a sentirme esclava de la barrita de cristal; casi puedo afirmar que mi mayor dolencia podía haberse llamado «termometritis aguda».

El día que me dieron de alta salí rumbo a Monterrey. Quería enviar a Oaxaca algunos muebles para hacer más confortable nuestra permanencia en esa ciudad y traer con nosotros a mi hijo Enrique y a nuestro hermoso collie-policía, Blitz.

La noche del cinco de junio, salimos por carretera hacia el lugar en que radicaba Roberto. Pepe y Soledad nos facilitaron su automóvil, para que el viaje resultara menos incómodo. El tiempo que pasé en el hospital, ellos cuidaron de mi hija con el mayor afecto.

¡Había que ver aquello! Los niños, el perro, las maletas, ¡qué sé yo! Apenas recuerdo la cantidad de bultos que llevábamos. Al llegar a Tehuacán, los chicos y el Blitz dormían profundamente. A la mañana, poco faltó para que nos dejara el tren. A Blitz fue necesario enjaularlo, ¡nos dio tanta lástima! Apoyaba su hocico contra los barrotes de la improvisada jaula en una muda petición de amparo.

Mientras pasaban aquellas horas lentas, pesadas, como muertas, me puse a hacer un recuento de mi vida anterior. Las fechas siempre han sido obsesionantes para mí. Revivo el tiempo metiéndome en mis propios recuerdos: es como si el alma cambiara de casa. Después, llegan otros que acaban por esfumar a los anteriores y todos se confunden en mi mente, desapareciendo alguna vez sin dejar huella. ¿Por qué, me pregunto, desperdiciamos así las energías, las emociones, los sentimientos?

El trasplante fue difícil: todo era distinto a nuestras costumbres; pero eso también era muy atractivo. Oaxaca, con sus monumentos coloniales y sus reliquias de pasadas civilizaciones, me fascinaba. En cada piedra quería descifrar su historia.

Contemplaba, sobrecogida de palpitante admiración, la belleza y majestad de aquellos templos que los siglos, piadosos o indiferentes, guardaban bajo espesa capa de polvo. Ante mí surgían con toda la fuerza y el bárbaro esplendor que los viera nacer. Las dimensiones de sus escalinatas hablaban de su grandeza, y la peculiaridad y refinamiento de sus sepulcros, del adelanto y cultura de esos pueblos prehispánicos. Me dolía la profanación de que eran objeto (en nombre de la ciencia) los templos y las tumbas de esos reyes y príncipes, cuyos restos ya se confundían con la tierra y las joyas de sus sepulturas.

Cuando salíamos al camino, Roberto iba señalando los restos de la cultura mixteco-zapoteca. De los niños, Enrique era el más feliz acompañándonos. Cecilia prefería quedarse jugando con amiguitas de su edad. Era justo, pero yo hubiera sido más dichosa si ella también hubiese compartido nuestros gustos.

Todos estábamos cansados de la vida del hotel, pero, muy especialmente, su dueña. ¡Era una catalana insoportable! Me sorprendía que al hallarnos en un plan de reacomodamiento moral y material, Roberto conservara su cuarto de hotel. Cuantas veces me referí a ese asunto, mi marido desviaba el tema de la plática. Conociendo su natural indiferencia, decidí ponerle fin a esa situación yendo personalmente a empacar sus cosas y traerlas a casa.

¡En mala hora se me ocurrió hacerlo!

Revisando los papeles que consideraba de importancia, encontré una carta que llamó mi atención. Naturalmente, la leí. Y, naturalmente, después de leerla, me sentí muy mal. La firmaba «María Luisa» y decía poco más o menos esto: «Necesito hablarte. Búscame a las seis en la tienda. No te preocupes por mi hermana, pues ya no estará allí». Al terminar la lectura, estaba temblando. Llamé a Roberto para preguntarle quién era la persona de la carta y se negó a hablar sobre ese asunto. Ese silencio aumentó mi disgusto, y me puse a hacer mil conjeturas y a decir mil disparates. Una insufrible sensación de fracaso me invadió totalmente, al sólo pensamiento de que resultaran inútiles nuestros esfuerzos anteriores. Mas un secreto instinto me llevó a informarme cuál era la tienda cuya propietaria llevaba tan bonito nombre. Después, para distraerme, fui de un sitio a otro mientras llegaba la hora de que vinieran a buscarme.

Frente a un escaparate llamó mi atención el título de un libro: curioso, ahora no lo recuerdo. Sólo sé que dije hablando conmigo misma: «Cómo me gustaría, en estos momentos, encontrarme con Jaime Geliebter...»

Pasó la camioneta de la compañía con los señores Marcett y se ofrecieron a llevarme. Les conté lo que había descubierto por indiscreta, ¡y se miraron de un modo...! De pronto, se hizo la luz dentro de mí comprendiendo el verdadero significado de palabras dichas a medias, de chistes que, ¡Dios me perdone!, achacaba yo al esposo de Mari.

¡Bendito Dios! Entonces, la que estaba haciendo un papel de tonta era yo. Yo, que me sentía segura de mí misma, así como del cariño y la devoción de Roberto. ¡Qué rabia y qué humillación sentí! Afortunadamente recordé mi propósito de encontrar la paz para todos y tras el benéfico paseo por el cerro, en el limpio atardecer de Oaxaca, llegué a casa más serena. Jugando con los niños en el amplio hall estaba Roberto. Para borrar del ánimo la destructora sensación de inseguridad que me dejó el hallazgo del papelucho mencionado, volví a hablar del asunto tranquilamente.

Mi marido debió pensar que mi pregunta encerraba una trampa y permaneció silencioso, sin comprender lo importante que era para nuestra vida futura que yo recobrara la confianza. Esa actitud provocó en mí un nuevo arrebato de cólera, otras muchas amenazas y, lo peor, el impulso de cumplirlas. Mejor dicho, la ingrata impresión de vacío que, por liberarme de él, me obligaba a decir y a hacer necedad y media y llevar adelante, aun a riesgo de tornar imposible todo acercamiento, lo que mi amor propio lastimado me hacía considerar de vital importancia.

Sé que estas explicaciones resultan superfluas e incoherentes; pero incoherentes y superfluas se presentan en mis recuerdos y necesito justificar ante mí misma la terquedad y estupidez de mis actos posteriores.

Salí en forma ostensible de la casa, tal vez con la esperanza de que Roberto impidiera mis designios. Por la tarde le había advertido que de no aclarar él esa situación iría a interrogar a la persona que escribió la carta. Di al chofer la dirección de María Luisa y mi esposo me siguió en la camioneta.

Por el camino fui pensando cómo salir airosa de tan ridículo papel. Rogué a los santos que la tienda estuviera cerrada, que una llanta nos obligara a detenernos; en fin, no sabía a quién encomendarme.

Para mi desgracia la puerta estaba entreabierta y no me quedó otro recurso que entrar. Al ruido, salió una muchacha y al preguntarle si era María Luisa, respondió

afirmativamente. ¡Qué bonita la vi! Mientras hablaba me puse a observarla. Ella, creyéndome una compradora, se dispuso a atenderme.

Sin darme cuenta empecé a imaginar a mi marido junto a ella, a escuchar sus frases y a acomodar situaciones con una complacencia cada vez más profunda. Ese conocimiento fue delicioso y tranquilizador. En un principio no había sabido identificarlo; estaba limitado por la interpretación de sentimientos intrincados, con preocupaciones curiosamente deformadas. Repentinamente volví a la realidad y en forma amistosa hice confidente a María Luisa de mi momentáneo arranque belicoso. Quedé mirándola, mientras le refería la verdad; a su vez, ella también perdió el control de sus actos y me repuso que, efectivamente, había existido entre Roberto y ella un pequeño romance; pero que eso quedaba en el pasado y ahora sólo eran buenos amigos. Me hizo un sinfín de explicaciones, a cual más peregrinas; más bien la descontrolada era yo en mi romántico afán de interpretar ese pasatiempo de mi esposo, como un sentimiento arraigado y positivo.

¡Qué frescura de mujer!, no me cabe la menor duda de que me creyó una ingenua. Me propuso que, para acallar la maledicencia, nos hiciéramos amigas. Me apresuré a aceptar su proposición no para estropear las visitas de Roberto, sino para favorecer esas relaciones que podrían darme como resultado la felicidad de mi marido y mi propia y soñada libertad. Además, me hizo mucha gracia, verdaderamente, me fue simpática: era rubia, de origen español y se peinaba con un moño sobre la nuca; tenía ojos verdes, grandes la nariz y la boca y el cuerpo menudito y flacucho. Pero había un no sé qué de gracioso en su conversación, que la hacía sumamente atractiva.

Aunque parezca increíble, contrariamente a lo que les sucede a las casadas cuyos maridos se sienten atraídos hacia otra mujer, yo nunca le he regateado méritos ni cualidades a ninguna que haya tenido la virtud de interponerse, consciente o involuntariamente, en mi vida amorosa. Por el contrario: en lugar de obsecarme en un discutible papel de víctima, hago balance de mis posibles cualidades y mis seguros defectos y tengo que justificarlas. Casi podría afirmar que ante mis ojos se aumenta su hermosura y con mi propia sensibilidad construyo su prestigio.

Yo misma me espanto en el transcurso del tiempo, del falso relieve con que adorno a mis supuestas rivales. Y puedo añadir que ese descubrimiento me entristece. Tal vez porque inconscientemente deja a la vista lo inapresable de todo sentimiento amoroso.

Al despedirme de María Luisa busqué el automóvil y en su lugar encontré la camioneta de Roberto. Mi susto fue mayúsculo: aún no me acostumbraba a dominar el miedo que siempre me inspiró su presencia.

Dejando atrás el caserío, la camioneta tomó el camino hacia Monte Albán. La luna deformaba las proporciones de las plantas y las piedras tornando borrosos sus perfiles. Era tan grande el silencio de la noche, que lo sentía como una presencia: presencia y refugio después de las emociones anteriores. En la iluminada plazoleta de la impresionante ciudad de los muertos, la voz de Roberto me hizo volver a la realidad. No hubo argumento que no utilizara para convencerme de su adhesión y cariño: llegó a darme ternura sentirlo tan preocupado, aun a sabiendas de que sus buenos propósitos se iban fácilmente.

Así fue como huyó con la aventura mi recién nacida confianza.

Nadie puede nada por nadie;
ni morir, ni amar, ni odiar, ni comprender.

Mis cuñados vinieron a vivir a Oaxaca, pero ese no fue el mal. El mal consistió en traerlos a vivir con nosotros. Roberto, que los conocía, se negó a recibirlos, mas yo era una aprendiz de buena esposa y me empeñé en que no se quedaran en un hotel. ¡Claro, lo pagué! No tardaron en destruir con sus intrigas la armonía de mi casa, haciendo tan imposible mi permanencia en ella, que decidí abandonarlo todo y regresar con mis hijos a Monterrey.

Otra vez estábamos sin hogar, con las maletas hechas entre el más grande desconcierto. Roberto hizo discursos sobre el amor, la moral, el deber, etcétera. ¡La realidad era tan distinta!

Todo lo abandoné: música, regalos, cosas que me pertenecían desde muchos años, objetos que eran ya, parte de mí misma. Lo que no pude dejar fueron mis libros: en grandes cajas, las mismas que sirvieron para traerlos desde nuestra tierra, los saqué de esa casa. Nadie comprenderá lo que me dolió salir de ella, había puesto tanto amor en arreglarla.

La realidad humana se niega a sí misma y entonces surge la contradicción.

Ésta alcanza a nuestra moral interna, pero no toca la moral de los otros. Su propia negación constituye una zona en la que el ser se hunde indefectiblemente.

¡Cuántos buenos deseos quedaban mutilados! En adelante, otra vez la nostalgia fijaría las perdidas imágenes de esa apacible vida provinciana en la que había vuelto a encontrarme.

Despertar temprano para vigilar que Cecilia y Enrique desayunaran bien y fueran limpios al colegio; aprovechar el viaje de Roberto a su trabajo para dejarlos en su escuela y yo quedarme en el mercado; volver a casa con la compra, en uno de aquellos sucios y desvencijados camiones que hacían el recorrido hasta nuestra colonia; sentarnos por las noches, y al mediodía, los jueves y domingos, en las «mesitas» del portal a charlar con amigos bebiendo algún refresco, mientras los niños jugaban en la sombreada plaza. Y, más que nada, iba a extrañar al Blitz. Al Blitz que por las tardes, cuando mis hijos salían a sus colegios, espiaba mis movimientos y me seguía por todas partes hasta que, acomodada en un amplio sillón, leía, tejía, surcía los calcetines y la ropa, o, deliberadamente, soñaba. Entonces el Blitz se echaba junto a mí para dormir una siesta a mis pies. Siesta que muchas veces era interrumpida por los rumores de la calle, el insistente sonido de algún claxon, las risas de unos niños, o el agudo ladrido de los perros. Nadie podía contenerlo si alguno detenía sus pasos frente a la puerta de la casa. Corría por todas partes agitando la cola y emitiendo sonidos exagerados y superfluos.

Luego regresaba a acurrucarse a mis pies y las horas se iban sin nada que marcara el tiempo, a no ser el paso de las trocas, el ruido de una puerta al cerrarse, la inconfundible voz de las sirvientas o el regreso de Cecilia y Enrique en la camioneta azul de mi marido.

Una ocasión en que estuve varios días fuera de Oaxaca, Blitz no quiso apartarse del lugar en que siempre me sentaba. Tampoco hubo forma —me dijeron— de hacerlo tomar su alimento. Cuando volví me impresionó profundamente la angustiosa mirada de sus ojos. Pero más de una vez el afecto que nos ligaba estuvo a punto de destruirse, especialmente, después de cada baño: mientras el agua le corría por el cuerpo, se dejaba restregar sin ningún esfuerzo de mi parte, pero en cuanto trataba de cepillarle el largo y áspero pelo de los flancos, se echaba encima de mí, acorralándome en el angosto pasillo en donde yo misma lo encerraba para impedir que pudiera escapárseme. Era un momento embarazoso y, sin embargo, emocionante: en esas ocasiones llegó a inspirarme horror su mirada insufriblemente amorosa y atrevida... Mas luego, poco a poco, iba volviendo a su condición primitiva: haciendo honor al talento amistoso de su raza.

Los días de plaza en los pueblos vecinos eran el calendario de nuestra semana. Me encantaba —con cualquier pretexto— salir al camino, en él realizaba mis eternas ansias de libertad, pero volvía con gusto a lo mío.

Sí, eso era lo que más iba a extrañar: los paseos por la carretera. Siempre me acompañaban mi tejido y un libro; mientras Roberto revisaba sus trabajos, se me iba el tiempo en una u otra forma. Algunas veces la inspección duraba muchas horas. Desde el principio de nuestro matrimonio me acostumbré a ir con Roberto a todas partes; hubo ocasiones en que vivimos extraordinarias e inolvidables aventuras, riesgos, que cuando hablábamos sobre ellos, resultaba increíble haberlos sorteado. Otras veces reñíamos y las discusiones eran interminables; pero el viento borraba el rencor de nuestros corazones y al regreso la pelea se había esfumado.

Gozaba más el paseo, cuando la lluvia azotaba con fuerza los cristales del vehículo y la noche se volvía misteriosa, impenetrable. Desde el cerro distinguíamos nuestra casa con sus ventanas iluminadas y las lámparas de la terraza, del garage y del jardín, la tornaban refulgentemente acogedora. Bueno, todo eso iba a desaparecer; todo eso también iba a pasar a la encendida esfera de los recuerdos.

Coincidió mi estancia en Monterrey con el baile inaugural del nuevo Club de Golf. Carlos y Fernanda ofrecieron llevarme y acepté encantada.

¡Qué alegría encontrar a Federico en esa fiesta y sentir el refugio de sus brazos!

¡Mi bueno, mi adorado Federico! Cuanto más infeliz me sentía, estaba más cerca de mí. Se quiere a los hombres por su aspecto, por su inteligencia, su generosidad o su fuerza. A Federico lo quiero por todo.

Nos paseamos por la calle como chicos cogidos de la mano, riéndonos, con la misma alegría, de las simplezas más grandes. Muchas veces me critica por lo que ve en mí que no resulta de su agrado y yo soy feliz complaciendo sus pequeñas manías. Recuerdo una ocasión en que íbamos a la ópera y quedó de buscarme a las veinte horas. Le hablé al club para preguntarle cómo deseaba que fuera vestida y me contestó que lo dejaba a mi criterio. Me puse un traje largo, blanco. En cuanto me vio se puso de mal humor.

—Parece increíble, Francisca —dijo en tono de reproche—. Sabes de sobra que me gusta la sencillez, pero tú sólo piensas en llamar la atención.

Mi único deseo había sido arreglarme para él y encontraba injusta su forma de tratarme, pero algo hubiera dado por no haberme vestido así.

Al llegar al Bellas Artes, una conocida cronista se desprendió de un grupo para decirme que iba «preciosa». Eso suavizó un poco a Federico, y cuando llegamos a nuestras butacas, nos reíamos del disgusto anterior. En el intermedio la amable cronista volvió junto a nosotros, diciéndome, esta vez, que parecía una figurita de biscuit... Nos miramos sorprendidos y Federico, con su gran sentido del humor, repuso:

—¿Te habrá visto en Sanborn's?

—¿Qué dices...?

—Sí. Rosario debe haberse equivocado. Probablemente su intención fue llamarte: la figurosa de los biscuits.

Me hizo gracia el juego de palabras, porque a seguido merendábamos en ese restorán y una de las cosas que ordenaba con mayor frecuencia eran esos panes tostados con mantequilla.

Nuestras riñas siempre terminaban en carcajadas. ¡Me sentía tan segura caminando con él por la vida! Es el único ser en el mundo sin el que no podría vivir, ¡le quiero tanto! Le quiero por su alegría, por su generosidad, por su atractivo y elegancia, pero le quiero mucho más cuando me siento sola, enferma y asustada. Federico es el único con quien no necesito disimular mis tragedias. Puedo sentirme desgraciada y llorar, llorar infinitamente, hasta quedar vacía de angustias y preocupaciones.

Decidí radicar en México con mi madre, mis hijos y hermano. Pero tuve que permanecer unas semanas en Monterrey para quitar la casa y vigilar el empaque de los muebles. En una de las cartas que Federico me escribió decía: «Para que la camisa de once varas en que te has metido resulte de unos cuantos centímetros, cuenta en todo con mi ayuda».

Los muebles, pese a mis cuidados, llegaron hechos una desgracia. Federico también intervino en eso, regalándonos, de los suyos propios, los más indispensables para nuestra instalación. Con generosidad me ayudaba a salir de compromisos; pero siempre hubo otros muchos que quedaban sin resolver.

Estaba desesperada.

Busqué diferentes empleos y sólo obtuve invitaciones equívocas. A medida que los meses transcurrían, mis nervios me traicionaban más y más. Las necesidades de la casa iban en aumento: todo costaba el triple que en años anteriores. El optimismo que me alentó en un principio, fue desapareciendo minuto a minuto. Federico notaba ese estado de ánimo y se volvía más bueno, más amable conmigo. Pero reprochaba mi pecado de orgullo que no me dejaba vivir. Jamás tuvieron para él significación

alguna las palabras: «Ten compasión del soberbio. Quizás lo que hincha su pecho no es soberbia, sino angustia».

En mi afán por conseguir un empleo, busqué también al general, (en ese tiempo, ministro de la guerra). Mas él se concretó a hacerme promesas; promesas que tras de ser para mí liberadoras esperanzas, me hicieron más desdichada que todos los fracasos recibidos.

Otra vez fue mi más grande refugio la soledad. En ella limpiaba el corazón de su maleza de rebeldía, de desesperación, de su infinita tortura de impotencia. No era una tarea fácil: me iba enconchando en mis decepciones y éstas se tornaban más grandes y más dolorosas.

Algunas mañanas, después de llevar a los niños al colegio, iba a desayunar a casa de Federico. Le gustaba verme en alpargatas, con un vestido cualquiera y el rostro libre de todo maquillaje. Yo era la encargada de seleccionar el concierto matutino; en esa época, Tino Rossi fue nuestro cantante favorito. Entre nosotros se abrió paso el verdadero cariño. Cariño que habría de resistir todas las pruebas, volviéndose indestructible con el tiempo.

Quince años de amistad forman una vida.

La nuestra era sumamente sencilla: si Federico jugaba golf, íbamos después al cine, a un teatro, o simplemente a cenar. Las temporadas de conciertos, lo hacíamos en Ciro's o Minuit, donde bailábamos. Bromeando le preguntaba:

—¿Es posible que no te enamores de una mujer de mis cualidades? Joven, guapa, bien vestida, inteligente...

Federico, con una alegre sonrisa en los azules y hermosos ojos, replicaba:

—Te falta añadir: «y con un gran sentido del humor», pues eres capaz de creerte mejor de como te describes...

Si fuera posible vaciar el orgullo, extraer el propio respeto y el amor propio, ante el incentivo de la necesidad, con gusto hubiera dado cuanto soy.

Pero no, esas son palabras. La realidad es distinta: las fuerzas se multiplican en lugar de perderse. El orgullo es una garra que no suelta su presa ni los días ni las noches; aumenta las proporciones de las penas, deformándolas, y no hay detalle que escape a su diabólico instinto.

Diciembre ha sido el mes en que se establece el debe y el haber de mi existencia. No hay cuenta que no me cobre.

La noche del veinticuatro, muy especialmente.

Esa Navidad me invitaron a su casa Magnus y Margarita Nordbeck. Mis hijos cenaban con sus familiares paternos y mi madre y Luis con unos amigos. Federico tenía un compromiso anterior. La invitación de Margarita dio un punto de reposo a mi cotidiana depresión.

Cuando llegué, Magnus preparaba un ponche complicadísimo que en Suecia, su país de origen, es tradicional beber en nochebuena. Lo contemplé asombrada. El resplandor de los gruesos leños de la chimenea y el fuego del recipiente de cobre en que hacía la mezcla, exagerando su ya exagerada estatura, comunicaban a su rostro un no sé qué de fantástico, de un ser fuera del tiempo, que lo semejaba a un mago absorto en preparar algún extraño elixir...

En punto de las doce fue servida la cena. ¡Y qué cena! El propio Magnus, haciendo derroche de su arte culinario, lo preparó todo: en su casa había nacido, crecido, y engordado, el riquísimo capón que incitaba nuestra gula, así como la apetitosa pierna de jamón condimentada en forma exquisita. Al final, el lujo de las crepas de naranja preparadas ante el asombro de todos los presentes.

Para una inadaptada como yo, esa Navidad resultó milagrosa. Por primera vez en muchos años me sentía dentro de un verdadero hogar, dentro de un hogar lleno de risas, tradiciones y cariño.

Volví tarde a mi casa, y me pareció más fría, más solitaria que nunca...

Fueron tantos los incidentes negativos que caracterizaron el último día de mil novecientos cuarenta y dos, que me duele otra vez enumerarlos.

Federico, unos amigos nuestros y yo esperamos su fin en el recién inaugurado Ciro's. Nunca como entonces quise estar guapa, libre de temores, agradable... Todo inútil: el peinado me endureció el rostro; mi piel estaba marchita y el maquillaje me hizo mirarme a mí misma como una máscara irreal, trágica, absurda. Pero no fue eso lo peor: los zapatos de plataforma me hicieron más alta que Federico, y mi traje (yo que esperaba tener tanto éxito con aquel precioso traje estilo chino), me quedó demasiado justo. Poco faltó para echarme a llorar...

Por calmar mis nervios y el constante dolor de cabeza, recurrí a cuanta medicina estuvo a mi alcance. Naturalmente, lo único que hice fue ponerme peor y peor. No cabe duda que lo más cuerdo hubiera sido renunciar a esa lucha y pidiendo una disculpa a Federico, quedarme tranquilamente en casa. Como siempre, no tuve

valor. La otra muchacha estaba preciosa, los *high-balls* la pusieron de un humor excelente y el contraste conmigo era tremendo. Federico, sin comprender lo que me pasaba, en un momento de exasperación me dijo que me fuese.

¿Qué fue lo que sentí? ¿Cuánto tardé en comprender?

En un silencio angustioso me levanté de la mesa. Por mi aturdimiento no supe encontrar la salida y tropecé con la pared de espejos. ¡Qué horror, mirarme presa dentro de ellos! El cristal multiplicaba mi silueta, repitiéndola, incansable, como un eco maligno.

El aire de la calle refrescó mi abrasado cerebro, acariciándolo con su frío de noche. Inconsciente al peligro, tomé el camino hacia mi casa. No podía pensar; a decir verdad, no quería pensar. ¿Qué le había pasado a Federico? Tal vez yo era la única culpable por ser tan sensible.

Por la mañana recibí una carta.

Cuando hay un afecto tan hondo, y una gratitud como los míos, no existen las ofensas; pasan a un plano inferior, desvaneciéndose.

Reanudamos nuestros encuentros, mas algo se había roto; ya nunca fue igual. ¿Él o yo? ¡Qué importa! El daño estaba hecho.

Estoy cansada de este relato, de sus limitaciones, de su sentido dramático, de su vulgaridad. Por referir mis relaciones con Jaime Geliebter me he convertido, sin saberlo, en mi propio espectador.

Dejándome llevar por mis sentimientos, me veo obligada a analizar su legitimidad. Las imágenes que evoco mediante el recuerdo aparecen distintas, deformadas; en ocasiones se interponen otras imágenes y en vano pugno para no permitir que en la memoria, mis recuerdos se conviertan en visiones.

Involuntariamente se transforma lo vivido; los deseos, los temores, los sueños rebasan los límites de lo real. Estas visiones se hallan entretejidas con la vida, con sus dolores y su acción. En todo lo que me rodea revivo lo que antes he experimentado. No es de extrañar que la reminiscencia presente una imagen absolutamente falsa, sin que en ello medie el pensamiento. Por el contrario, lo que provoca ese fenómeno procede casi siempre de un estado de ánimo.

La afinidad, la tendencia, el despliegue de fuerzas, la conciencia de la integridad personal, chocan finalmente con la naturaleza misma de las cosas. Y, cuanto más alta es la aspiración, más profundamente tienen que sentirse las miserias. Dijo Höl-

derlin: «Las aspiraciones infinitas no pueden calmarse con ningún objeto finito ni con ninguna situación finita». La interposición de un conflicto constituye un error indiscutible, así como la ambición insatisfecha desgarra nuestro corazón.

Una de esas noches en que todo parece detenerse —el viento, los pasos, la memoria—, encontré mi casa llena de extraños y a mi madre y hermano en un estado de sobreexitación imponderable.

—Hemos hecho venir a varios doctores —dijeron en un tono misterioso y confidencial, casi secreto—, la niña lleva más de tres horas desmayada...

—¿La niña? —repuse—. ¿Cuál niña?, ¿de quién están hablando?

—De Cecilia, de tu hija —mustió la extraña voz de mi madre—. Desde que vino del colegio cayó en esa especie de letargo en que la encuentras.

Todo se hizo confusión y ausencia en mi cerebro; discurría algo y el pensamiento quedaba mutilado en su principio por algo solamente comparable a la pureza, a la impotencia de pensar. Mi madre, las sirvientas, los vecinos, habían repasado infructuosamente los medios a su alcance para hacer que Cecilia reaccionara.

La sala olía a éter, a alcohol alcanforado, a borrachera; yo misma había aumentado ese nauseabundo perfume derramando en los labios de mi niña, un poco de coñac. Luego hice que la subieran a mi cuarto. Cuando llegaron los médicos, apenas pude entender el significado de sus preguntas.

Mi preocupación era llamar a Newman, pero me resistía a hacerlo por el temor inconsciente de no verlo acudir en mi socorro. Ahora no recuerdo si logré que viniera esa misma noche o hasta la mañana siguiente. Lo único que sé es que Cecilia continuaba sin salir de ese extraño sopor inexplicable. La presencia de Newman me hizo reaccionar; mirarlo junto a mi hija era sentirla sana, fuera de peligro, salvada. Resultaron inútiles sus esfuerzos para despertarla. La niña continuó en ese horrible sueño, lejana, insensible, igual que muerta. Vinieron otros médicos. Se le hicieron análisis, reacciones de sangre y del líquido céfalo-raquídeo, examen de los dientes y los ojos. Duró en ese estado por más de veinticuatro horas. Al volver en sí no toleraba la presencia de nadie, sólo quería dormir, dormir, dormir.

El examen del líquido reveló el origen de tan insólita enfermedad: fue necesario tenerla en una habitación a oscuras y mantenerle los ojos vendados para impedir que la doble imagen que percibían sus pupilas lesionara o cansara la retina.

No habían pasado tres días del accidente de Cecilia cuando, al volver a casa, encontré otra vez todo revuelto y el tapete del hall manchado de sangre. Al preten-

der —en plan de equilibrista— caminar por el angosto barandal para divertir a su hermana, Enrique se había caído de un piso al otro. Entré en su habitación en los momentos en que el doctor le daba unas puntadas en la barba. El crujido de la aguja en las carnes sangrantes de mi hijo es algo que no podré olvidar nunca. Al caer se había roto la mandíbula, un bracito y los dientes inferiores delanteros. Cecilia y mi madre le sostenían. No pude menos que sorprenderme al reconocer la cara del médico que estaba con mi hijo. Era el mismo que dos años atrás me había abandonado casi moribunda.

Como si fuera una extraña, cobardemente, me fui a encerrar a mi dormitorio. Era imposible tenerme en pie. Cuando concluyó la operación vinieron a buscarme, tomé a mi niño en brazos. ¡Estaba tan cansada! El pobrecito sufría terriblemente, así sufrió la vez que pretendieron extriparle las amígdalas y la sangre obstaculizó la intervención. Era un manantial incontenible la roja y caliente sangre de mi hijito. Después de aquella pesadilla, me lo llevé en los brazos como un muñeco roto. También entonces, junto a su cuerpecito adolorido, busqué con él amparo en los abiertos brazos de mi cama.

Una mañana me anunciaron la visita de Roberto y me entró verdadero pánico de que me obligara a regresar con él a Oaxaca. Para que los niños no se asustaran, disimulé el miedo todo lo humanamente posible. Sabía que esa situación tenía que presentarse; mi marido no era hombre capaz de dejarme vivir tranquila.

Afortunadamente no venía por esa causa: eso dijo y lo creí. Me mostró una carta de su abuela en la que le reprochaba su forma de vivir y el místico que siempre anidaba en su interior, recibió el mensaje.

Es curioso, en algunos asuntos Roberto no transige con nada que esté fuera de la moral más estricta, mientras que en otros se complace haciendo alarde de una gran despreocupación. Había unos hombres en la sala de la casa arreglando los contactos de la luz y el ruido de sus voces y de los martillazos, deformando las palabras de Roberto, me obligaban a realizar un verdadero esfuerzo para escucharlas claramente.

A medida que hablaba, iba invadiendo mi cuerpo un frío intolerable. Es cierto que en la planta baja de la casa hace mucho frío en febrero, pero yo estaba bien abrigada y, a pesar de estarlo, mi sangre iba perdiendo calor minuto a minuto. Los esfuerzos por concentrar mi atención en lo que hablaba Roberto resultaban inútiles porque me distraían todos los ruidos de la casa: los de la cocina, los del cuarto de mis

hijos, los que llegaban de la calle. Entonces decidí pensar en lo que me diría Federico sobre el regreso de mi esposo. De pronto me di cuenta del verdadero motivo de mi distracción: era una defensa, estaba defendiéndome de aceptar otra reconciliación con Roberto, todos me obligarían a realizarla. Todos, incluso Federico.

Yo caminaba como sobre algodones. La firmeza de la tierra era sólo un mito.

Otra vez, Oaxaca, con su cielo sin nubes, con su luz y su sol que casi me cegaba los ojos; con sus frondosos árboles y sus largos, solitarios caminos interminables; con su belleza y su misterio, con su quietud provinciana y señorial; con sus viejas canteras y sus leyendas y sus príncipes desaparecidos. Otra vez Oaxaca, y en sus calles, la ficticia alegría carnavalesca. Bailes, paseos, veladas literarias... Todo en honor de su graciosa majestad.

Nuestra vida se convirtió en torbellino. Cuando no teníamos almuerzos, eran cocteles o cenas y, casi a diario, alguien a jugar. La casa también era distinta: ahora vivíamos frente al Llano, hermosísimo parque bajo cuyos inmensos árboles encontraban su paraíso nuestros perros. Todos los días, después del almuerzo, llevábamos a Blitz y a Diana a correr por sus avenidas.

Era adoración la que Roberto tenía por los perros. Estoy segura que después de mí, eran lo que más amaba en el mundo.

Cuando sólo teníamos a Blitz, se pasaba las horas y las noches cuidando que nada lo molestara y que no tuviese frío o hambre. No era extraño verlo como sonámbulo paseando por el jardín con su cachorro. El primer baño de la casa correspondía al perro; lo peinaba, lo perfumaba y después lo llevaba ante mí, diciéndole: «Sayúyele a su mamá...»

Con Diana hacía otro tanto. Estaba recién nacida cuando la trajo en uno de sus viajes. La perrita era un demonio: desde que llegó, ropa, tapetes, calcetines, nada escapaba a su voracidad. A veces sentía impulsos de amarrarla, pero era tan bonita, que terminaba consintiéndola. En las mañanas iban los perros a saludar a mi marido en su misma cama. Por toda la casa se escuchaban las patadas de Diana que parecía un nervioso caballito de carrera. Ayudados por Roberto, que reía divertidísimo de los bruscos cariños de los perros, se echaban sobre mí sin que mis protestas valieran para contenerlos.

No quise volver a sentirme dueña de aquella casa. Hasta para poner un disco u ordenar una comida solicitaba el permiso de Roberto. Entonces fue cuando él debió darme de azotes; en su lugar, me colmaba de obsequios y ternura. No sabía

qué hacer para tenerme contenta. Yo, en cambio, sentía por mi marido un odio que hoy me avergüenza.

Nuestros conocidos se atropellaban contándome cómo había vivido Roberto los cuatro meses que duró nuestra separación. Los hombres disculpaban sus parrandas y sus mujeres criticaban su conducta. Esas gratuitas confidencias me dejaban asqueada. No podía haber acomodamiento posible, ¿qué clase de matrimonio era el nuestro? Pasaba unas semanas con mi esposo y me escapaba por uno o dos meses a México. Los niños estaban de internos: Cecilia en la capital y Enrique en Puebla. Extrañaba enormemente la grata y limpia compañía de Federico, y mi vida era de nuevo una cárcel. Cárcel y no otra cosa y, si tenía privilegios, su precio era infamante; no podía resignarme, esas cosas no se perdonan a nadie.

Había vuelto a mi método de hacer cuanto me diese la gana y ya sin Federico, no encontraba cómo llenar mi tiempo. Poco a poco, se fue adueñando de mi pensamiento el propósito de resolver mi soledad moral, buscando la amistad de Jaime Geliebter. Cuando Roberto venía conmigo a México, almorzábamos con bastante frecuencia con Jaime. Él siempre me pidió que volviésemos a ser amigos. Valiéndome como antes de un nombre supuesto, lo llamé por teléfono. Cuando me dieron la comunicación estaba temblando y sentí unos deseos horribles de colgar la bocina; pero me saludó con tanto afecto, con tanta ansiedad en la voz, que cobrando valor le pedí una cita.

—Hoy mismo —contestó.

Le recordé que era veinte de noviembre y que seguramente sus oficinas estarían cerradas.

—Nunca para usted. Venga sin falta... La estaré esperando.

Era otra mujer cuando salí de aquel despacho. Había terminado el desfile y me fui caminando. ¡Hasta la mugre de la calle me pareció decorativa y luminosa! ¡Los papeles tirados, papeles llenos de grasa y manchados por el rojo chile de los sabrosos pambacitos, o con el verde guacamole de los tacos y las tortas! Las cáscaras de naranja, las de plátano, de cacahuate, de caña; sombreros improvisados con hojas de periódico, viseras para el sol con anuncios de tlapalerías, casas de moda o restaurantes urbanos; colillas, arrugadas cajetillas de cigarro mostrando una que otra las letras de su marca. Flores pisoteadas, marchitas; cascos de botella, todo, absolutamente todo, era una alegoría para mis ojos ebrios de triunfo, del placer de vivir esos momentos en que mis caprichos se vieron realizados.

Crucé la avenida Juárez, las manos metidas en las bolsas de mi abrigo de invierno, con la cálida sensación de haber conquistado un universo.

En una librería gasté cuanto dinero llevaba conmigo. Todo era bello, todo me interesaba. Luego seguí caminando hasta mi casa. Me encontré con la nueva del regreso de Roberto. Mi alegría continuaba y hasta me dio gusto verlo.

Ese domingo era yo muy buena.

Cecilia obtuvo ese año las primeras calificaciones en todas las materias, siendo, por consiguiente, la alumna número uno del internado. El mejor premio que pudimos darle fue un viaje a Monterrey.

En el camino tuvimos una serie de incidentes, entre otros, uno bastante gracioso: en uno de los restaurantes de la carretera vimos una nutrida concurrencia. Sin imaginarnos quién pudiese ser la persona alrededor de la cual se agrupaban tantos individuos, le rogué a Roberto que se adelantara con Cecilia a buscar una mesa. A los pocos momentos vinieron a decirme que el ministro de la defensa nacional se encontraba comiendo en ese sitio y resultaba verdaderamente imposible conseguir un solo asiento. Roberto dijo también que el general parecía no haberlo reconocido, pues al verlo acompañado de Cecilia, apenas los había saludado.

El que la comitiva del señor ministro ocupara el restaurante no me pareció un motivo poderoso para quedarme sin cenar. Cuando aparecí en la puerta, el propio general, con su acostumbrada cortesía, vino a invitarnos a su mesa. Naturalmente quedó aclarada la razón por la que su saludo a Roberto fue tan poco cordial. Sonriente preguntaba refiriéndose a Cecilia y a mí:

—¿Quién es la madre, y quién la hija...?

Yo también me sorprendía al ver a mi niña tan crecida y me puse a recordarla cuando era sólo un ovillito de tibia carne pegado a mi regazo.

En la cena con que nos agasajaron nuestros amigos, Cecilia vino con nosotros. Su compañero fue Eduardo, hermano menor de Fernanda. Mi hija y sus amigas emprendieron una verdadera cruzada para convencernos de que pasáramos en Monterrey las vacaciones. Alberto y Cristina los secundaron en su casa el día que regresó a Oaxaca. Cuando llegamos, Martita, su hija menor, salió como un vendaval a recibirnos. Echándome los bracitos al cuello, repetía con voz inolvidable:

—Tú te quedas, madina, tú ya no te vas; no te dejo ir; voy a bajar tus maletas yo solita.

¡Qué criatura adorable!

Dulce, linda, buena, inteligente, ¡y tan humilde! Marcaba un contraste tremendo con su orgullosa hermana Lilian a quien los mimos de Alberto echaban a perder. Fueron unas semanas deliciosamente tranquilas y agradables las que vivimos en casa de los Volkmann.

No obstante la confianza que me inspiraban Cristina y Fernanda, no tuve valor de hablarles sobre la amistad que me unía al señor Geliebter.

Un sábado, el padre de Fernanda organizó en una de sus fincas una alegre comida. Eso me complicó la existencia, pues había hecho una cita con Jaime. Cuando llegué a su despacho llevaba horas esperándome ¡y yo iba tan fea...! Aún siento sus manos acomodar los encajes de la blanca pechera de mi blusa.

—Francisca —dijo mientras los arreglaba—, ¿quiere usted cenar conmigo esta noche?

—No es posible —repuse—. ¿Cómo podría hacerlo? No olvide que estoy de visita en una casa ajena.

—Haga un milagro. Tal vez pase muchísimo tiempo antes de que se nos presente otra oportunidad. Usted nunca está sola.

Había otro inconveniente. ¿Qué digo? ¡Había miles de inconvenientes! Sobre todos salté.

Mientras llegaba la hora, me metí en un cine. Allí estaba también Jaime Geliebter, con Leticia. Me siguió con la vista, y a través de sus lentes, sus ojos sonreían...

Una interminable serie de tonterías cometió Enrique, mi hijo, para no seguir en el internado de Puebla, y para evitar que perdiera ese año, Roberto se lo llevó a Oaxaca con un profesor particular.

Eso, más que un castigo, constituyó un pasatiempo; el mejor de los pasatiempos para un chico de diez años. Aprovechaba las tardes libres en sus clases de equitación, paseando por la ciudad con el caballerango o dándose importancia delante de sus antiguos camaradas de colegio.

Nuestros amigos festejaban sus ocurrencias, y como lucía tan guapo y arrogante, lo malcriaban en forma manifiesta. Roberto —dizque para crearle espíritu de obligación—, cuando salía de Oaxaca entregaba a Enrique el dinero para los gastos de la casa y el resultado de tan paternal medida era el ayuno obligatorio de criados y animales.

En la Navidad, vinieron a México. Mi hermano Luis y su esposa cenaron con nosotros.

Estaba triste. Por muchos años había pasado esa fiesta sola o con amigos. Viéndome rodeada de mis familiares vino a mi memoria la nochebuena anterior en casa de los Nordbeck. Hasta percibí en los labios, el sabor del riquísimo ponche que Magnus prepara con tanta ceremonia. Terminé bendiciendo esa noche cuando sólo fue un recuerdo más en mi mente.

En la madrugada del día veinticinco regresaron a Oaxaca, Roberto, Enrique y mi hermano Luis. Mi madre los siguió después de una semana y por primera vez en mucho tiempo sentí que nuestra casa era realmente ¡mi casa!

A principios de febrero regresó Roberto. A los timbrazos de la puerta me asomé al balcón y ni siquiera reconocí su voz; nos veíamos tan poco, que cada vez éramos más extraños. Había hecho, dijo, el viaje con unos extranjeros a quienes trajo en su coche. Uno era un famoso pianista: el príncipe no recuerdo qué, y ella una mexicana, casada con un noble austriaco.

Con su regreso empezó otra vez la agitación de una vida dedicada a frivolidades: cocteles, almuerzos, comidas extravagantemente lujosas y vanas.

Excluyéndome de una reunión, fue a tomar la copa con su nueva amiga, la baronesa. A los pocos días almorzamos en la casa de dicha señora y poco después ella y su secretario vinieron a cenar a la nuestra. La velada se prolongó, dándose Roberto una importancia inusitada: muy de tarde en tarde hablaba conmigo, como para demostrar solamente que su esposa no era muda.

La baronesa no me concedía la más pequeña oportunidad para intervenir en los temas que con tanto calor trataba con mi guapo marido. Esa noche llegó hasta decirme:

—Querida Francisca, la felicito por su juventud y su cara bonita; los aburridos temas de cultura han sido destinados para las mujeres feas.

¡Vieja loba! Ella estaba lejos de ser una mujer sin atractivos: muy al contrario, era una mujer elegante, inteligente, llena de fuerza y ansia de vivir. Recuerdo un último almuerzo que tuvimos en su casa. Cuando Roberto vino a buscarme aún no estaba lista y, naturalmente, surgió el disgusto. Como ya no eran los tiempos que temblaba a su sola presencia, le dejé marchar creyendo que lo había fastidiado. Pronto salí de mi error: una de las sirvientas subió a decirme que el coche de la señora baronesa estaba a nuestra puerta, esperándome.

Por primera vez mi marido tenía una confidente capaz de darle consejos útiles para los dos. ¿Qué importaba que esa señora no fuese mi amiga? Lo interesante era que él escuchase a alguien que hablara mi propio lenguaje.

Vi avecinarse otra tormenta en nuestras relaciones y me dispuse con todas mis fuerzas a hacerle frente.

Había comprado unos muebles y cuando Roberto me pidió cuentas, verdaderamente me sorprendió su actitud. ¿Qué de extraño tenía mi compra? Siempre había sido yo quien decidía todo lo referente a nuestra casa, además, los había adquirido con dinero propio. Por no hacerle daño, respondí que deseaba sorprenderlo y que, si estaba conforme, me abonara el costo de ellos.

¡En mala hora me entró la codicia de recuperar esa cantidad! ¡Cuántas complicaciones me trajo! Una mentira trajo otra y se me hizo fácil añadir que todo estaba a crédito. No necesitó mucho para averiguar el embuste y en el colmo de la excitación me puso unas horas de plazo para explicarle el verdadero móvil de tan estúpido engaño.

Ante esa actitud, el temor que por tantos años me tuvo dominada surgió otra vez del fondo mismo de mi sangre, como un mensaje atávico. Una inercia infinita se colgaba de la parte media de mis antebrazos tornándolos pesadamente extraños; recordándome con esa sensación de garra, que seguía prisionera. Prisionera de mí misma, de mi miedo, de ese oscuro mundo de temores, dentro del que me movía como una posesa. Me tendí sobre la cama, hundiendo la cara entre las almohadas; no lloraba ni podía cerrar los ojos, no tenía sensación del tiempo, no sufría. La conciencia de mi culpa estaba allí, frente a mí, mirándome, escarneciéndome. Fundida más allá del dolor, dentro, muy dentro de mi carne. Dentro de esa fusión empezaron a tomar forma los vulgares elementos de mi vida.

El teléfono interrumpió mis ideas produciéndome el más horrible de los sobresaltos; pasó mucho antes que pudiera darme cuenta de que debería contestarlo. No tenía conciencia de mis actos, no existía dentro de mí la conciencia de los actos inconscientes.

Volvió otra vez aquel repiqueteo; una y otra vez, ya no recuerdo cuántas; luego llegó hasta mis oídos la voz de Cecilia junto a mí, al alcance de mis ojos y mis manos. Era su voz y su presencia; su presencia, que creyendo que dormía, trataba de despertarme, sacudiéndome.

La habitación ya estaba a oscuras.

Cecilia insistía en hacerme comprender que Roberto continuaba en el teléfono, esperando hablar conmigo. Quedó en la alcoba la sustancia impalpable de las horas vividas. Prendí la luz y me miré al espejo: tenía los ojos grandes, brillantes, las mejillas llenas de fuego. El espejo reflejaba una imagen absurdamente infantil, una aniñada imagen perdida entre mis otras imágenes.

Al oír las palabras de Roberto volvió otra vez la sensación pasada: la angustia, la inseguridad, la lucha. Lo único que se me ocurrió, al enterarme que pronto iba a regresar, fue negarle la entrada a la casa. Olvidando, de la manera más imperdonable, que para mi marido una puerta nunca había sido un obstáculo.

Muertas de miedo, subimos Cecilia y yo a encerrarnos en mi recámara. Por unos momentos imaginábamos que también esa puerta se iba a venir al suelo. El cuarto parecía disminuir sus proporciones a medida que el pánico se apoderaba de nosotras. En un desesperado impulso de protección, buscamos refugio a los lados del balcón. Una vecina asomó el rostro por la ventana inmediata y le pedí que llamara a un policía, pero aparentó no haber escuchado mis palabras, cerrando las maderas. Esa negativa me hizo reaccionar: era yo quien tenía que proteger a mi hija, no los extraños. Salí del escondite para telefonear a la radiopatrulla.

Cuando llegaron, lo más extraordinario de todo fue la teatral aparición de Roberto, sorprendido, en apariencia, del alboroto que reinaba en la casa. El jefe de los policías le explicó la causa de encontrarse en nuestro domicilio y entonces Roberto, con voz muy afectuosa, me invitó a hablar a solas con él y como me negué, les dijo a todos que yo padecía alucinaciones; que por desgracia para él y para los niños, era frecuente que me dejara llevar de mi delirio de persecución.

—No pueden ustedes figurarse —añadió—, cuán doloroso resulta para mí todo esto.

La sorpresa me dejó muda. Permanecí de pie, agarrada con fuerza al barandal de la escalera, pues mis piernas se negaron a caminar como si de pronto hubiesen dejado de pertenecerme. Roberto mismo ayudó a acostarme; en vano intentó mi hija infundirme resignación. No era resignación lo que en esos momentos hacía falta, era tener —de una vez y para siempre— el valor necesario para no consentir nunca más que Cecilia presenciara escenas semejantes dentro de su propia casa.

No sé qué hubiese dado porque esa noche no hubiera amanecido. Temía la llegada del día más que otras veces. Tal vez en forma inconsciente deseaba evadir las posibilidades de un nuevo altercado.

Tengo que admitir que cuando Roberto habló conmigo, lo hizo en forma más amistosa. Eso sí, advirtiéndome que antes de veinticuatro horas sacara aquellos muebles de la casa. Terminó divirtiéndome el olvido absoluto que tenía de nuestra verdadera situación. Lo que había de él dentro de la casa eran regalos con los que trató de ganarse su vuelta al hogar. Se lo recordé diciéndole, además, que todos esos objetos estaban a su disposición. Respondió algo que todavía me conmueve:

—¿Quién sabría apreciar las cosas mejor que tú? Sabes muy bien que para mí todo carece de valor si tú no estás conmigo.

No encuentro palabras para referir nuestra separación. Por muchos meses se repitieron las escenas dolorosas, humillantes. En casa no quedó uno solo de sus regalos. Si hubo mezquindad en su comportamiento, yo lo disculpo, sus actos eran fiel reflejo de su estado de ánimo.

Pensé que nada volvería a conmoverme. Mi vida continuaba su desfile de fracasos insoportables. ¡Sentía un asco tan grande! ¡Todo era para mí confuso! Además, ¿cómo creer? ¿Para qué? ¿En quién? No quise aceptar las invitaciones de Jaime Geliebter. Hasta olvidé que él hubiera podido ayudarme en ese conflicto.

«No es por la astucia —pensaba en mi interior— como puede lograrse un afecto verdadero». Entonces comprendí cómo un simple capricho me hizo encadenar la vida de Jaime a la mía y me espanté de mí misma.

Margarita Nordbeck es, desde hace muchos años, mi amiga más íntima, mi amiga más querida. ¡Maravillosa mujer! Reúne belleza, comprensión y talento, y un infinito caudal de ternura, que la hacen insustituible. Nos reunimos una vez a la semana y poco importa cuán preocupada me encuentre antes de ir a verla, de regreso a mi casa, soy una Francisca distinta. Para Margarita, «todo es tan fácil de arreglar, que sólo es preciso una pequeña dosis de buena voluntad y los problemas se resuelven...» Siempre he tenido su consejo en el momento justo en que mi sed de cariño y amistad son apremiantes.

Hablé de todo, como siempre, con Margarita Nordbeck. Me escuchó y dijo, poniendo en claro mis ideas: qué absurda sería abandonando entonces la amistad del señor Geliebter.

—Escríbele, Francisca. Explícale tu estado de ánimo; sin mentiras, valientemente. Quizás él pueda comprenderte y ayudarte. Te quiere mucho. Pienso que es lo más acertado que puedes hacer en estos momentos.

Así lo creí. Pero mis ideas eran confusas y no encontraba qué decir.

Margarita me ayudó.

Con palabras ajenas, escribí mi primera carta a Jaime. Le dije mis pensamientos de años anteriores; mi protesta por todo lo que no fuera limpio y honesto, mi respeto y admiración hacia su obra. Le hablé de mi vieja soledad y de cuánto lo necesitaba. Pero no quise decirle que la vida carecería de interés para mí, si no contaba con su verdadera amistad. Yo misma llevé la carta. Dudaba mucho de su éxito. Confieso que me equivoqué. Apenas la recibió, me habló por teléfono. No recuerdo sus palabras, porque las borró la emoción: esa noche cenaríamos juntos.

Mientras servían la cena pidió un *high-ball* y lo tomé pensando que iba a dolerme la cabeza. Después de unos minutos de silencio, con voz reposada, dijo cuánto le había emocionado mi carta, y los horizontes que abría para los dos. Me confesó lo duro que resultaba para él verme a escondidas de Roberto y de la gente. Sobre todo porque sentía una verdadera necesidad de estar conmigo.

Habló de las veces en que el temor de aumentar mis dificultades lo obligaba a no buscarme y terminó pidiéndome que me divorciara. Jamás declaración alguna me pareció más maravillosa. Jamás tal vez encontraría a otro semejante a él, ni tendría por nadie la misma admiración y cariño. Pero recordé que hablaba con un hombre casado, y para evitarle responsabilidades, respondí que estaba divorciada.

Qué estúpida fui. No por mi honradez, sino por la desilusión que, al oír mis palabras, se pintó en su semblante. Me hice un lío para explicar mi situación con Roberto y ni por un momento dije la verdad.

Al volver a casa no pude dominar el impulso de escribir algo que me recordara lo vivido esa noche. El pensamiento de Sandeau me pareció hecho a propósito para expresar mi estado de ánimo: «Hay momentos en la vida cuyo sólo recuerdo borra años de sufrimiento».

Unos días después sentí la nostalgia de un poco de su conversación. Lo llamé, y al contestarme, lo hizo en un tono tan diferente al que estaba acostumbrada, que me encogí de espanto y sólo atiné a colgar el audífono. Al momento me arrepentí. ¿Qué había hecho? Él no esperaba mi llamada y probablemente se encontraba enfermo o de mal humor. ¿Por qué ser tan sensible? Fui a un cine y al regreso me puse a escribirle. En esa carta aclaré muchas cosas. Diciéndole, además, lo cansada que estaba de encontrar en la vida seres que al primer intento de protección que se espera de ellos, enseñan su fragilidad. Esperé su llamada como sentencia: efectivamente, así

interpreté sus palabras. Dijo que estaba horrorizado del daño que, inconcientemente, me había causado con su brusquedad; que él no había querido lastimarme; que yo debería ser menos niña.

No pude seguir escuchándole, sus palabras caían pesadamente en mis oídos y dentro de mi corazón. Estaba avergonzada de mi fe en Jaime; sólo deseaba huir, huir a donde nunca más me alcanzara su voz. Esa voz que se burlaba de mis sentimientos diciéndome que actuaba como una criatura mimada; que me desconocía cuando más precisaba de su comprensión y su ayuda; esa voz se había tornado extraña para mí, ya no la reconocía. Murmuré:

—Perdón —y colgué la bocina. Sonó nuevamente el teléfono y era Jaime de nuevo.

Quería verme luego, inmediatamente; pero ya no pude escucharle; él ya no era nadie para mí.

Comí con Margarita y la puse al tanto de ese nuevo fracaso. Reprochó mi actitud. Mis nervios me traicionaban miserablemente.

Había que comprender —dijo— al señor Geliebter; los hombres no son tan sensibles como nosotras y le restan importancia a los sentimientos femeninos. Tienen sus horas. La mejor prueba de cariño la daba Jaime no queriendo que sufriera. Él deseaba verme fuerte; una mujer, no una niña; una mujer con los pies firmes sobre la tierra.

Una noche me despertó el timbre del teléfono. Era Jaime. No tuve argumentos para resistir a su ruego y acepté su invitación. A los pocos días sucedió lo mismo. Pero esta vez quiso que fuera a su hotel. Dijo que estaba muy enfermo. En fin, ¿sé acaso qué me dijo? Por todas partes yo sólo veía humillaciones; ahora creo que hasta encontraba placer haciéndome daño. Entonces supe de su enfermedad del corazón. A pesar de haberme convencido de su mal, mi presencia en su cuarto duró escasos veinte minutos; apenas hablé, porque un injusto rencor me estrangulaba la voz. Lo comprendió muy bien y al poco tiempo me invitó a cenar. Cuando llegué me sorprendió encontrarlo en actitud de muchacho que ha cometido una falta. Yo no esperaba esa reacción y a las primeras frases todo quedó olvidado.

—¿Cómo —me dijo— pueden hacerle daño? Y, ¿cómo es usted tan noble que sabe perdonarlo?

Me explicó muchas cosas, muchos estados de ánimo. Aquel trabajo suyo tan agobiador y el constante ir de una parte a otra le tenía los nervios destrozados.

Mientras hablaba me juré a mí misma tratar de comprenderlo y, sobre todo, no volver a dejarme ganar por el abatimiento. No sé cómo agradecer la emoción que siempre me dio su compañía.

Uno de tantos maravillosos momentos en que estuvimos juntos le pregunté si creía en mi amistad.

—¡Claro! —repuso—. Usted no podría fingir una devoción tan grande. Yo soy para usted, no un hombre que ha cruzado los cuarenta, que es feo, bastante calvo y usa lentes... Usted ve en mí algo que sobrepasa mi apariencia física y yo, Francisca, le doy gracias a Dios de habernos encontrado.

Una gran sonrisa le iluminaba el rostro y como si yo hubiese sido una niña de pocos años, me tomó en sus brazos y comenzó a dar vueltas conmigo en alto, en compás de la música, por toda la sala.

—Francisca —dijo—, ¡quiero que sea mi esposa! ¡Quiero verla feliz!

Me depositó en un asiento y arrodillándose murmuró:

—Nadie se ha preocupado por usted nunca. ¡Sería capaz de asesinar a los suyos! Pero quiero que sepa que todo cuanto soy no tiene ya sentido para mí si no lo empleo en cuidarla.

Luego, cambiando de expresión:

—¿Sabe una cosa? ¿Sabe por qué dispuse que las flores que adornan nuestra mesa fueran cada una de diferente clase y de color distinto?

No supe qué responder.

—Se lo voy a explicar: lo hice pensando en usted. Usted es como ese lindo ramo de flores, una sola mujer y distintas mujeres en cada ocasión. Cuando un hombre le conoce, no le puede ya olvidar.

La víspera del santo de mi hija, al volver a casa encontré varios recados del señor Geliebter invitándome a cenar. Lo busqué en su hotel, sin ningún resultado. Sonó el teléfono, y en el extremo de la línea, su voz me preguntó:

—¿Qué planes tiene para esta noche...?

—Ninguno —dije, mintiendo: habíamos ido Cecilia y yo con Pepe y Soledad a los toros y estábamos invitados a cenar en su casa.

—¿Comerá conmigo? —volvió a preguntar Jaime.

—¡Ya lo creo!

—Muy bien. Esta vez cenaremos en el pullman. La espero en veinte minutos en la Estación. ¿Tiene dinero para comprar su boleto?

—Es imposible —repuse—. Mañana cumple años Cecilia. ¿Cómo puedo estar de vuelta en unas horas?

Ya he hablado de mi falta de carácter. Pero nunca creí que iba a llegar a esos extremos. Inventé una historia para explicarle a mi madre y a Cecilia mi ausencia de esa noche, y me fui, dejando a la niña encargada con ella.

Sin cambiar de traje, como una jovencita huye de su casa, aparecí en el carro comedor. Jaime no pudo reprimir una sonrisa cuando me vio llegar llena de pieles y se levantó muy ceremonioso a saludarme. Otro señor lo acompañaba. ¡Terrible hubiera sido tener que cenar sola! ¡Cuán felices éramos en esos momentos!

Les hice una reseña de la corrida, de la gente que estaba en la plaza, de los sustos que pasé y, cuando ya no fue decoroso quedarme un poco más, entonces, sólo entonces, me despedí de Jaime y de su amigo, buscando al porter para recomendarle que me despertara cuando llegásemos a la estación en que debía volverme.

A las dos de la madrugada, muerta de sueño, de frío y de miedo, descendí del pullman. Afortunadamente iba sin equipaje. Busqué la banca más solitaria del andén y me dispuse a esperar al que me conduciría de nuevo a México. Después de dos horas llegó un tren lleno de braceros. Por un verdadero milagro subí a uno de sus vagones; los carros venían abarrotados; en las entradas, en las divisiones de un coche a otro se apiñaba la gente como insectos. No había sitio dónde poner los pies. Una buena mujer, compadecida de mí, permitió que me sentara sobre un huacal de pollos. Inútil decir que al poco rato las chinches no me daban punto de reposo; chinches o gorupos, lo cierto es que aquello me daba la sensación de pesadilla.

Mi facha era terrible: hasta mi hermoso abrigo de martas adquirió un aspecto de perro enfermizo. Las medias estaban destrozadas, el vestido sucio y arrugado y los zapatos, ni qué decir. El sombrero lo estrujaba entre mis manos esperando tal vez encontrar en él un punto de apoyo. Un conductor me ayudó a llegar al carro observatorio porque era cosa imposible conseguir una cama a esas horas.

Por primera vez pude darme cuenta de que esos coches son como sucursal ambulante de cualquier mal hotel.

¡Estaba tan cansada y hacía tanto frío!

Olvidando mi femenina vanidad me acomodé en un asiento y procuré dormir.

Nada es más molesto que la sensación del ridículo que se experimenta cuando se duerme con la boca abierta y se siente que somos observados. Así desperté; los ojos de mis compañeros de viaje estaban fijos en mi cara como si por primera vez

hubiesen visto dormir a una mujer. En esos momentos no estaba muy segura de mi adhesión a Jaime. La experiencia no había sido una broma y yo me portaba como una tonta. Nunca, como entonces, aprecié la tranquilidad de una vida normal.

¡Me entró un malestar tan grande! ¿Cuándo, dije hablando en voz alta conmigo misma, cuándo voy a dejar de hacer tanta locura?

A las seis de la tarde empezaron a llegar nuestros invitados. Como siempre, tuve que esconder mis verdaderos sentimientos y sonreír. Aunque rendida por la aventura de la noche anterior, me multiplicaba para que todos estuvieran atendidos, y creo que logré mi propósito: la fiesta de Cecilia resultó un verdadero éxito.

El doctor Newman salía a Nueva York, en octubre de 1944. Antes de partir, me habló de la conveniencia de que fuese también a esa ciudad para consultar con algunos especialistas de ojos y cerebro. Durante años ese había sido el sueño de mi vida. Alguna vez comentando con Federico sobre mi enfermedad, él, en forma generosa, ofreció darme el dinero para el viaje. Haciendo a un lado el orgullo, le recordé su promesa. Me dijo que tomara informes sobre el costo del pasaje y alentada por sus palabras, fui a las oficinas del ferrocarril. Con mi médico había discutido la ventaja de irme unos días antes, para ganar tiempo mandando hacer análisis y radiografías indispensables. Más indispensables aún porque las que habían hecho en México era imposible llevarlas a Estados Unidos sin cubrir una serie interminable de molestos requisitos. Ni por un segundo se me ocurrió irme en avión como Newman, estábamos en guerra y conseguir una prioridad se me antojaba imposible.

Una amiga se enteró del proyecto y me propuso que nos fuéramos juntas hasta Temple en su automóvil. Sólo que había el inconveniente de que la gasolina escaseaba y era expuesto salir sin garantía de conseguirla. Mis hijos sugirieron que se la pidiera al general. Sin mucha seguridad de lograrlo, le pedí una cita. Esa mañana iba a llevarle a Federico el presupuesto del viaje.

Lo encontré muy extraño. Lo quiero tanto, que es fácil para mí conocer sus cambios de carácter. Con verdadero sobresalto le pregunté la causa de su seriedad y fijando en mí su mirada, respondió:

—No puedo darte el dinero ofrecido. He cambiado de idea, porque me tiene muy preocupado el éxito de esa operación que quieres hacerte.

¿Qué responder a su argumento? Federico no sabrá nunca lo que su actitud me robó de confianza en los hombres y en la humanidad.

Llena de angustia, fui con el doctor a decirle lo ocurrido. Me dijo que por la mañana Federico había hablado con él preguntándole con mucha insistencia la fecha exacta de su viaje. El médico repuso que tendría lugar una semana después. Juzgué una traición el silencio de Newman. Él estaba enterado de mis planes. Los habíamos discutido demasiadas veces. Hasta ese momento comprendí la enigmática actitud de Federico. Él siempre cree que le miento, y las palabras del doctor lo confirmaron en su posición.

En realidad trataba de engañar a ambos. Era mi propósito operarme en cuanto hablara con los especialistas. Alimentaba la idea de que esa operación iba a convertirme en una mujer distinta. Estaba agotada con tanto tratamiento y medicinas para mis ojos y mis nervios. Cada vez iba perdiendo más la vista y los dolores de cabeza me martirizaban diariamente, cruelmente, sin descanso.

El general me había citado para las cinco de esa misma tarde. No falté a la cita por corrección, pues ya nada iba a pedirle.

—¿Qué es lo que te tiene tan compungida? murmuró al saludarme.

Apenas pude responder. Las lágrimas contenidas durante tantas horas se escaparon de mis ojos sin poder evitarlo. Cuando estuve un poco serena le referí lo del viaje, lo que significaba para mí, para mis hijos, para todos, el que yo me operase.

—¿Por qué —dijo— no me pediste a mí para esos gastos?

Reí en medio de mi llanto. ¿De qué me hubiera servido? El general olvidaba sus promesas, si él me hubiese ayudado, todo sería distinto y yo no necesitaría pedirle a nadie favores tales. Yo no sé pedir, me da vergüenza; mejor que pedir me siento capaz de robar. No por sentimiento de orgullo, sino por dignidad. Sin embargo, ya no hice comentario alguno. Luego de informarse minuciosamente de los detalles de mi mal y del nombre de mi médico, dijo de súbito:

—¿Cuándo te quieres ir?

—Mañana mismo —repuse. Echar una mentira en esos momentos no me pareció pecado muy grave; sobre todo, calculando que de resultar engañosas sus palabras, moriría más pronto la esperanza.

—Está bien —siguió diciendo—. Un ayudante mío irá a buscarte para conseguir la prioridad y el boleto de avión. Quiero verte de nuevo para entregarte unas cartas y que con ellas obtengas del consulado mexicano las atenciones necesarias mientras te internas en un hospital. Para cuidar que estés bien instalada, voy a hablar yo mismo con el cónsul. Hasta mañana, y... nada de lágrimas. ¿Lo prometes?

No le creí. No podía ya creer. ¡Tantas veces habían burlado mi buena fe! Al llegar a casa, mi amiga me estaba esperando.

—¿Y la gasolina, la conseguiste?

—¿La gasolina?, ¿cuál gasolina?

—¡Pero, Francisca! ¿Vas a pedir una cosa y te olvidas de ella? ¿Cómo vas a ir a Nueva York a operarte? Si te falla también el general, yo puedo facilitarte el dinero que necesitas para tu viaje; ya me lo pagarás cuando puedas.

¡Era demasiado! Se lo agradecí, pero ya todo había dejado de importarme.

Cené con Federico y resulta inútil comentar lo dolorosa que fue para mí esa entrevista. No hubo forma de convencerle de que ese viaje, si se realizaba, era cosa de milagro.

Todo quedó resuelto en unas cuantas horas. Con la prioridad: 10-25-44 inicial 1, volví a casa del general. Me entregó las cartas prometidas y una caja llena de billetes de a dos dólares. ¡Sí que la había hecho buena! Y ahora, ¿qué iba a hacer? Las últimas palabras del jefe de la defensa nacional contribuyeron a aumentar mi optimismo:

—El que boca tiene a Roma llega. ¿Para qué necesitas tú de los demás...?

Una amiga llamó a Nueva York a otra amiga suya para recomendarme a sus cuidados. Por eso al llegar al aeropuerto no me sorprendió que un magnavoz repitiera mi nombre. Un empleado del consulado me esperaba y también el taxi del hotel Dorset. Opté por el segundo y en él atravesé la maravillosa ciudad de Nueva York. Cuando conocemos una ciudad en la noche, nos da la grata sensación de que la poseemos un poco. Eso me ocurrió con Nueva York. No la sentí hostil, por el contrario, me pareció una vieja matrona que ha vivido mucho, que ha sufrido mucho, y que sabe mucho también. A la que nada le extraña, ni le importa nada tampoco.

Lejos de sentirme acobardada, el viaje en el taxi me hizo mucho bien. Eran las tres de la madrugada y las calles estaban vacías; un tranvía cruzó junto a nosotros con un estruendo de ruedas, deslumbrante, haciendo más oscura la oscuridad. El taxi rodaba por el asfalto a una velocidad vertiginosa. Los barrenderos empezaban su cotidiana y monótona tarea. Las casas y edificios que alcanzaba a distinguir parecían un borrón más en el borrón de la noche. Coches, letreros, tiendas, y al otro lado de la Quinta Avenida, el hotel Dorset.

Crucé el hall a grandes pasos, sin acordarme en esos momentos que desconocía el idioma, que era una enferma, y que estaba sola. Al salir del elevador, una preciosa

mujer me estaba esperando: María Rosa. Con la mayor cordialidad ofreció compartir su departamento conmigo, pues un cuarto solo era imposible conseguirlo a ningún precio.

Mientras tomaba una ducha, la fui poniendo al corriente del motivo de mi viaje. Luego encargamos algo para comer. Mi estómago llevaba interminables horas vacío y el dolor de cabeza por momentos se hacía verdaderamente intolerable. Cuando al fin nos dormimos, había amanecido.

Me despertaron las campanas de la catedral de San Patricio. Los que ya las han escuchado saben lo que quiero decir. A mí me llenaron de optimismo y de fe. Mis miembros se sintieron invadidos por un inmenso deseo de vivir, de olvidar mis depresiones anteriores, mis enfermedades y fracasos anteriores. Había que vivir. Vivir con todos los sentidos abiertos a la vida, con toda la fuerza de la juventud y el espíritu. Vivir como esa hermosa mañana de sol que inundaba las persianas entrando a raudales hasta la cama de Marirosa.

Almorzamos en un restaurante francés de Radio City, con un escritor que había vuelto del frente para operarse también de un tumor en el cerebro. El regreso lo hicimos a pie para que yo admirara los aparadores de la Quinta Avenida.

Excuso decir mi sorpresa al ver a tanta gente paseando como nosotros. ¡Parecía cosa de magia! Las damas, ataviadas con sus más hermosos vestidos y los caballeros, elegantísimos. Las palomas también paseaban su despreocupación, enseñándonos con su ejemplo a confiar en nuestros semejantes.

Me enamoré de Nueva York y sus costumbres de domingo.

Hay algo en mi sino que me asusta. Si me propongo conseguir un capricho, jamás fallo. Sobre todo, si el sentimiento predominante es doblegar una voluntad; entonces es casi seguro que lo alcanzo. El fracaso sobreviene cuando, con todos los derechos humanos, salgo en busca de una situación o un afecto con nobleza y verdad; entonces no hay triunfos para mí. Entonces es cuando el destino se toma la revancha doblegando mi soberbia de salteadora de emociones, destruyendo mis victorias o dejándolas truncas. Y todo, el sentimiento noble o el sentimiento de dominio, llevado al extremo, a la exageración: mi espíritu siempre oscila entre la exaltación o la melancolía. Sí, el triunfo me lleva a grandes ascensiones, desbordamiento de personalidad, seguridad en mí misma. Pero luego viene el dolor, el dolor agudizado por la impotencia, por el vacío de toda realidad. Entonces sólo existe un refugio: la música, los libros, en una palabra: la soledad.

En ese viaje todo me falló, inútiles fueron los esfuerzos anteriores para obtener esa oportunidad que yo conceptuaba la más importante de mi vida. Los médicos me dijeron que no habría operación porque resultaba inútil correr ese riesgo. La única ayuda que podían darme era la aplicación de la penicilina, nueva y maravillosa droga, para sustituir los anteriores tratamientos a base de yodo.

Tenía que esperar un turno de tres semanas para internarme en el Medical Center pagando cincuenta dólares diarios en plan económico y conseguir, por medio de mi gobierno, que se me vendiera la penicilina necesaria. ¡Casi nada...! Entre consultas, hoteles y viajes a las clínicas, ya mi dinero tocaba a su fin. Nunca imaginé la pesadilla de cambiar de hotel cada cinco o seis días. No sé qué hubiera sido de mí sin la ayuda y presencia de Marirosa.

El tiempo que estuve en Nueva York fue verdaderamente intolerable mi dolor de cabeza, pero, sobre todo, el terrible dolor en la región «temporo-occipital izquierda» según el diagnóstico electro-encefalográfico que me practicaron entonces. A medida que consultaba con las eminencias médicas, la esperanza que me animó en un principio fue poco a poco desapareciendo.

Al mes regresé convertida en una ruina humana. ¡Hubiese querido terminar cuanto antes con esa miserable vida! No recuerdo cómo fue que pude resistir los últimos días pasados en esa ciudad. Desde entonces, no me quedaron deseos de oír hablar de nada que pudiera referirse a tumores cerebrales ni a curaciones milagrosas.

El cónsul mexicano me atendió en forma extraordinaria. Para facilitar mi estancia en Nueva York, una empleada del consulado estuvo todo el tiempo a mi disposición. Después de las horas de consulta, Marirosa me tomaba bajo su tutela; el tiempo pasado en su compañía fue verdaderamente inolvidable.

Para distraer mi fracaso, me detuve en Monterrey, en donde me esperaban mis hijos. El día que regresábamos a México, venía en el mismo tren Jaime Geliebter. Cenamos juntos y se quedó enamorado de los chicos. Sí, tengo que decirlo: desde esa fecha se volvió más bueno conmigo. No se cansaba de elogiar la educación que había dado a los niños, pese a las irregularidades de mi matrimonio. La primera noche que comimos juntos después de ese viaje, ordenó un pastel para celebrar la ocasión, pero como estaba tan exquisito, me hizo devolverle el trozo servido para guardárselo íntegro a Cecilia y a Enrique.

A mi hermano Luis le preocupaba mi actitud; llegó a pensar que Roberto estaba otra vez de por medio. A grandes rasgos le dije la verdad; sólo que guardé en secreto el nombre de la persona con quien llevaba extrañas relaciones.

No debí dejarlo hablar: se espantó de lo falso de mi situación, de la irrealidad en que vivía, fincando mi dicha sobre una base de ensueños. De nuevo apareció la realidad con toda su crudeza y su vacío. Mi fe, demasiado débil, se deshizo y me vi cómo era: siempre en pugna constante conmigo misma, siempre adorando a un ser inventado por mí, ser a quien debía colocar a distancia por temor a destruirlo o derribarlo de donde lo habían levantado mis ansias de ideal. Siempre nutriéndome de partículas insignificantes de recuerdos auténticos, que roía y roía, deseando extraer alimento para mi espíritu y mi soledad, en ansias también de supervivencia. Cuando llegaba a un clímax de impotencia, mi único anhelo era huir, huir y perderme en el anonimato de ciudades desconocidas, que le dieran pan a mi hambre y firmeza a mis plantas. Al volver a los míos, había acumulado fuerzas suficientes hasta que llegara otra vez el agotamiento.

Por consejo de mi médico, me fui a La Habana. Iba por pocos días, pero esa vez no pude regresar pronto. Era como si dentro de mí hubiese dos Franciscas: una queriendo escapar constantemente, la otra afrontando la vida y sus obligaciones. Fue una lucha en que salí destrozada. Volví al cabo de cuatro meses. Federico, como siempre, fue mi ángel bueno, pero no me comprendió. Tenía sobrada razón, yo tampoco me comprendía. Antes de marcharme me prometió arreglar para mí un empleo que me permitiese vivir sin tantos sobresaltos. Por supuesto que, como estaba disgustado conmigo por mi incomprensible manera de conducirme, todo quedó sin solución.

Vi a Jaime del modo más casual, a la noche siguiente de mi llegada. Estaba en un cine y lo saludé de lejos. Más tarde habló conmigo por teléfono, reprochando mi proceder; efectivamente, él tenía razón. Y, yo, ¿no la tenía...?

Otra vez las mismas fiestas de aniversario en el Club de Golf de Monterrey. Federico fue a jugar, y yo a componer un poco de mi desbarajustada vida. Al bajar del tren, la primera persona que miraron mis ojos fue Jaime Geliebter. En el hotel volvimos a encontrarnos.

Mientras esperaba el coche de Cristina, Jaime se acercó a saludarme:

—¿Quién se le murió...?

Era una forma como cualquiera otra de decirme que se daba cuenta de mi estado de ánimo, pero yo no estaba para sutilezas; me invadía una enfermiza ansiedad;

un infinito deseo de estallar en pedazos; de acabar, de una vez y para siempre con esa miserable manera de vivir que era la mía. A los pocos minutos volvió y dijo que no me fuera del hotel, porque tenía algo importante que ofrecerme.

Los Volkmann no lo permitieron. Aunque acepté su invitación, conservé mi cuarto del hotel para ver al señor Geliebter sin tanto sobresalto.

Estar a su lado me daba una grata sensación de estabilidad.

En casa de Cristina y Alberto había un nuevo huésped; su hijo Mario. Martita mi ahijada murió después de mi separación con Roberto. En ese momento tenía la sensación de que toda esa vida era la vida de otra Francisca diferente; otra Francisca, y otra época; hacía millones y millones de años...

Los Volkmann me presentaron una nueva amiga. Una de esas señoras cuya única ocupación consiste en estar siempre guapas y cumplir con los distintos compromisos que les da su popularidad y simpatía. Su amistad me sacó un poco del aislamiento en que me he encerrado desde que vivo separada de Roberto. Despertó mi deseo de lucir, de arreglarme como en pasados tiempos. Parece mentira, pero casi lo tenía olvidado. El deseo de agradar a Federico me ha hecho seguir un proceso de despersonalización, para convertirme en una mujer sin atractivos, sin nada que resalte.

Con Jaime era distinto; él nunca quiso quitarme o ponerme nada; de haberle creído, hubiese acabado por volverme insufriblemente vanidosa. Tampoco por él me privaba de amistades o fiestas; ya he dicho que su preocupación era verme feliz; su confianza era la base de nuestra amistad y me conocía mucho; desde luego, más y mejor, que aquellos que siempre habían estado cerca de mí.

En la graduación de Cecilia invitamos a Federico de padrino, no recuerdo por qué causa no pudo aceptar. El señor Geliebter se ofreció a sustituirlo y por miedo al escándalo, no lo consentí. Un tanto burlón y ofendido, propuso que celebráramos ese acontecimiento con una comida íntima con mis hijos.

Fue otro domingo veinte de noviembre. Las calles estaban llenas de los que acudieron a presenciar el desfile; pero los papeles, las cáscaras de fruta, las serpentinas y confetti ya no fueron motivo de fiesta para mis ojos. La comida pasó agradablemente y esa misma noche salí hacia Monterrey a pasar las vacaciones de los niños.

Sólo una vez más vi a Jaime Geliebter, y fue la última. Mientras lo esperaba, me puse a escribir y se me cayó la tinta; no sé por qué motivo me asaltó la supersticiosa idea de que tirar tinta es presagio de muerte. Avergonzada por creer en supercherías,

traté de limpiar la mancha y así me sorprendió. Nunca lo vi más alegre; parecía un chico haciendo novillos.

—Creo —dije— que ya no nos vamos a ver más. Mis hijos han crecido y yo no tengo ningún derecho a lastimarlos.

—¿A lastimarlos...? ¿Cómo puede lastimarlos, si su única preocupación es librarlos de todo mal contacto?

—¿No comprende...? Me asusta lo falso de esta situación; de cómo puedan ellos interpretar nuestra amistad. La gente es perversa y habla más de la cuenta. Todo este misterio de que rodeamos nuestras entrevistas es una prueba de que nos sentimos culpables. No entiendo de qué somos culpables, pero aparentamos serlo.

—¡Francisca, está loca! El miedo que le tiene al mundo le hace mirarlo todo en forma distinta de lo normal y no voy a consentirlo! ¡Tengo tantos planes para nosotros! El próximo novecientos cuarenta y seis va a ser un año de sorpresas. ¡Al diablo los negocios! En febrero voy a dejar de trabajar.

No le creí. Tampoco él lo creía.

Luego, cambiando de actitud:

—¿Sabe de qué tengo ganas? ¡De emborracharnos juntos!

—¿Cómo...?

—Sí, no se asuste; es un capricho, ¿qué le parece? En este momento estoy acordándome del día en que la conocí. Es usted tan bonita como entonces. Pero qué trabajo me costó ser su amigo, Francisca.

En la puerta, se volvió a preguntarme:

—¿Esta usted pobre...?

Y él mismo repuso:

—¡Ya lo creo que lo está, el dinero que tiene no le alcanza! ¿Cuándo comprenderá que el mío es para darle gusto? Pero mire, no vine a regañarla en último de año. ¿Quiere comprarles a sus niños un regalo en mi nombre? El de la orgullosa mamá lo tendré mañana en mi despacho. ¿Irá a buscarlo? Lleve también a sus hijos para saludarlos. ¡Ah, y no olvide mi promesa! Ya verá qué regalo nos van a traer los Reyes a usted y a mí.

No fui y no lo vi más.

El día dos hablé con él por teléfono y por primera vez en nueve años de conocerlo, contestó francamente disgustado. Todo fue dentro de mí desconcierto y preocupación. Para calmar esa angustia decidí regresar a mi casa esa misma noche.

El largo viaje en ferrocarril me distrajo un poco de mis preocupaciones. Faltaba una semana para que Jaime viniera también a México. Una semana vacía, sin plan alguno, una semana interminable. La paz que me proporcionaba esa amistad, lo veía ahora, era la unión efímera de dos vidas en marcha diferente. Había sido una bendición encontrar esa paz, pero no podía ser mi paz. El terror al futuro que se abría ante mí, no era paz. Mis visitas a Monterrey, mis charlas con Jaime, vinieron a ser un tormento sutil; haciéndome sentir más sola que nunca. Pero todo se había ido: la amistad, la compañía, todo menos la pena que se hizo más íntima al pensar en el fin. Para desviar esos pensamientos salí a la plataforma del vagón-fumador a contemplar el camino; de pronto, me puse a escribir:

En lucha estoy con la vida,
luchando estoy por la muerte,
penando por lo que me huye
y huyendo a lo que me quiere,
así consumo mi vida,
así construyo mi muerte.

Vago sola, sin rumbo, caminando
con la pesada carga de mi instinto.
Errante voy, perdida entre la sombra,
sorda a las voces que me da el destino.
Hay silencio y hay paz en los contornos,
hay conciertos de ranas en los charcos
y un perfume de vida nos envuelve
cuando cruza el ganado por los campos.
Hay luceros de carne en la penumbra,
hay promesa de amor en los relámpagos;
hay dolor y pasión entre las nubes
y hay tormento y dolor en los chubascos.

Pesa a los labios la palabra falsa,
pesa a la mente el pensamiento pobre,
pesa en el corazón vieja esperanza,

pesa en la soledad lo que es innoble.
Pesa la vida y sus promesas vanas,
pesa el amor y nadie nos lo impone,
pesa luego el dolor, pesa la dicha,
pesa porque es fugaz como su nombre.
Pesa la juventud, pesan los años,
pesa el dolor que al desamor responde;
pesa la muerte misma y sus primicias,
la vida pesa y aun pesando, corre.

Enero transcurrió sin ningún signo de la presencia de Jaime en México. Sin embargo sabía que él estaba aquí. Lo sabía como lo supe siempre, ¿qué lo llevaba a extremar un disgusto sin ninguna trascendencia? Mi cabeza era un torbellino de ideas disparatadas. Cuanto Jaime había dicho, sonaba constantemente en mis oídos. Llegó a tal mi obsesión, que alguna vez creí que en verdad repetía otra vez junto a mí sus palabras. Alberto Volkmann vino a esta ciudad y como de costumbre, diariamente almorzábamos con él los niños y yo.

Parece un patriarca, rodeado siempre de familiares y amigos. Es un latoso, pero le quiero, le tiene que querer todo el mundo aunque reneguemos de sus imposiciones y de su manera de ser. Una de tantas veces comimos en el hotel en que se hospedaba Jaime Geliebter. Haciendo a un lado las anteriores precauciones, le pregunté:

—Dime, Alberto. ¿Has visto al señor Geliebter por aquí?

—Pero, ¿no sabes que está muy grave? Se está muriendo...

¡SEÑOR!

Mi alma huyó de mi cuerpo al oír sus palabras; ¿qué hacía yo entre esa gente? Hablaban, reían gesticulando, como muñecos inarticulados. ¿O era yo quien no tenía voz propia, ideas propias, movimientos propios? ¿Por qué milagro o maldición continuaba yo en esa compañía?

En un principio Alberto no se dio cuenta de mi estado de ánimo, pero nos conocíamos mucho y, de pronto, me preguntó si estaba enferma.

—Sí, estoy enferma, y quiero irme de aquí.

—Espérate, Francisca, espérate otro poco. Luego yo mismo te voy a acompañar.

Aquí o allá, ¿qué más me daba?

Mi pensamiento estaba presente en el cuarto de Jaime. Su cuerpo cobraba el reposo que le había sido negado. Su corazón, ese inmenso y generoso corazón suyo pedía a gritos descanso, destrozando sus entrañas en medio de los más crueles dolores.

¡Nunca los prejuicios han sido más pesados!

Eran las tres de la tarde. Todas las grandes lámparas del inmenso salón-comedor estaban encendidas. Las arañas multiplicaban sus luces, reflejando sus hermosos prismas de cristal cortado, en los espejos que los copiaban, como copiaban mis gestos, sin asombrarse de mi angustia porque no podían comprenderla.

Uno de los invitados de Alberto hablaba con énfasis de los problemas de la guerra haciendo hincapié en los hombres, que en su concepto, a ella debían su riqueza. Escuché esas palabras con verdadero sobresalto. Algo me hizo presentir que iba a referirse a Jaime Geliebter. Mi sorpresa aumentó cuando, sin esperármelo, fue Alberto quien habló precisamente de él. Protestaron dentro de mí los largos años en que había admirado su capacidad creadora, su tenacidad en el trabajo, su generosidad sin límites; sus deseos de contribuir al engrandecimiento de mi patria, sus propias ambiciones que tanto conocía... Como agudos cuchillos, de mis labios empezaron a salir las palabras, sin importarme en esos momentos absolutamente nada que los allí presentes se enterasen de mi amistad con él. Alberto no salía de su asombro, e intentó hacerme callar por todos los medios imaginables. Pero yo necesitaba ese desahogo, porque de lo contrario me hubiese vuelto loca.

A diario acepté las invitaciones de Alberto, eso me hacía sentirme más cerca de mi amigo. Las horas se sucedían para mí en una guardia imaginaria en el hall del hotel. Siempre tratando de adivinar en el rostro de los empleados, y en las conversaciones de la gente, algún indicio sobre el curso de la enfermedad. Y así un día y otro día. Veinticinco fueron los que duró ese vivir sin vida, esa continua esperanza y ese continuo desaliento.

Un sábado se fue, y yo no lo supe.

Al anochecer del domingo vino una amiga a visitarme, de paso para una fiesta en donde estaba invitada a jugar rummy. No se fue sin mí, tal vez porque adivinó que yo necesitaba aire, ver gente, distraerme. Como no pude confesar el motivo de tan voluntario encierro, accedí a acompañarla. Las personas que encontramos en la reunión eran casi desconocidas, pero en la mesa que me tocó sentarme para hacer un cuarto de jinn con Salomé, estaba un viejo amigo mío, que de pronto me dijo:

—¡Francis!, ¿sabe quién murió ayer?

No comprendí. Mejor dicho, no quise comprender.

—Jame Geliebter —siguió diciendo— murió de angina de pecho; como son paisanos, pensé que podría haberlo conocido.

—Sí —repuse—. Efectivamente, lo conocía...

Los naipes danzaban ante mis ojos un ballet de locura diabólica. ¡Todo se confundía! Los corazones, los diamantes, los reyes y las reinas... Alguien me pedía cartas y yo las entregaba. María Salomé llamó mi atención: estábamos perdiendo. Un mesero ofrecía unos platones enormes con las mejores y más variadas frutas de la estación. Otro nos invitaba *high-balls*, cuba-libres, refrescos. En una mesa se exhibían apetitosos bocadillos, pasteles, dulces en una gran variedad de estilos y sabores. Las cartas salían de las manos de los jugadores como alegres chiquillas de ruidosas enaguas almidonadas. Mi cabeza estaba llena de murmullo de los que conversaban de toros, de política, de amor.

—¡Francisca! —volví a escuchar a Salomé—. ¿Qué es lo que le pasa?, llevamos mucho dinero perdido.

Estuve jugando por un espacio de tiempo imposible de calcular. Cuando comprendí que podía marcharme sin llamar la atención, pedí a Salomé que me disculpara.

¡¡DIOS MÍO...!! Ahora podía gritar. Ahora podía arrancarme la máscara de convencionalismo, la máscara de hipocresía sangrante, inhumana. ¿Así que Jaime, Jaime había muerto la tarde anterior y no hubo señal en el mundo indiferente? ¿Todo seguía igual, terrible, espantosamente igual? Había muerto Jaime, y ni siquiera mi instinto, ese instinto que siempre me anticipaba los acontecimientos, me habló con otra voz, diciéndome que ya siempre, para toda una vida, para toda una eternidad, estaría sola. Mis lágrimas, por muchas que derramara, no serían su cáliz de vida, ni mis voces traspasarían ya nunca las paredes de su alma. Había muerto Jaime. ¡Mi amigo Jaime! Sí, mi amigo. Ahora podría decirlo, ahora sabrían que yo, el ser anónimo, era la verdadera abandonada. Que yo, la que no podía salir de las sombras e ir hasta el sitio en que reposaba su cuerpo, era la que tenía todos los derechos que da el cariño, la verdadera fe, la verdadera amistad: la amistad desinteresada.

Al despertar, lo primero que vi en los diarios matutinos fue su nombre: en grandes caracteres que ocupaban páginas enteras, sus familiares y las sociedades de que era parte comunicaban su muerte.

Impulsada por la necesidad de confiarme a un amigo, llamé a Margarita Nordbeck.

—¡Pobrecita muchachita! —dijo a través del hilo telefónico—. En esta ocasión no tengo palabras para consolar su pena, es demasiado grande...

* * *

A la muerte, la patria más profunda.
LUIS CERNUDA

¡Me han dicho que se ha muerto! ¡Y no he podido gritar mi pena ante el mundo!

¡Me han dicho que se ha muerto, mientras distraía la angustia de no verle!

¡Me han dicho que se ha muerto! Y mis ojos no recogieron su última mirada, ni mis manos en las suyas, tomaron su postrero adiós.

Y no ha sido mi piedad la que le cerró los ojos, ni mis labios dieron vida a los suyos, ya fríos.

¡Me han dicho que se ha muerto! ¡Y todavía tengo que ocultar mi dolor!

Jaime ha muerto.

Y yo, ¿tendría que continuar viviendo? ¿Tendría que despertar, comer, salir de compras o de paseo, en una sucesión de actos, mecánicos, impuestos por la naturaleza o las costumbres? ¿Tendría que hablar, que contar mis penas, o seguir escondiendo mis lágrimas, inventando otras mentiras para justificar mi desesperación, mi gana de acabar mi luto?

Aquel sayal de mentiras pesaba sobre mí ignominiosamente.

¿Por qué estar siempre encerrada, dentro de esa cárcel abyecta? ¿No habría ya nunca piedad para mí? ¿Llegaría el tiempo en que iba a olvidar a Jaime, a tener otros afectos, otros amigos, tal vez también otras emociones semejantes?

Nunca supuse que enterraran a Jaime en México.

Una amiga de ambos me acompañó a buscar su sepulcro en los distintos panteones de la ciudad.

¡Qué horrible la sensación de saber que un hombre que tanto amaba los espacios libres se encuentra prisionero bajo un montón informe de tierra y flores casi secas!

¡No es posible creerlo! ¡La razón se niega a aceptarlo! Cuando supe que allí estaba Jaime, hundí mis manos en la tierra, buscándolo, y estoy segura que esa caricia llegó hasta él, como las raíces llegan al agua traspasando las rocas. Y sentí en mi sangre y en mis huesos el hálito de una emoción desconocida, y el aire acarició mis cabellos con unos largos dedos impalpables...

Mi amiga no pudo resistir ese espectáculo, y se fue caminando por las avenidas del cementerio. Entonces cogí un puñado de tierra y unas flores y las guardé en un sobre que conservaba de él.

Tenía dos tesoros: un anillo... su regalo, y un retrato, ¡robado!

He vuelto de esa tumba con dos tesoros más: unas flores ya muertas, un sobre con su nombre, y un puñado de tierra que en él voy a guardar...

* * *

Eres un mar abierto
derribado y presente.
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Quieren impedirme que acune su afecto dentro del corazón. No saben de amistades que rebasan los límites del tiempo, los límites de la razón y de la vida.

No puede romperse el lazo que me unía a Jaime, porque ese lazo sólo existe en mi imaginación de donde quieren que le arroje. El hecho de que él ya no esté aquí no hace que deje de quererle. Es una ilusión hecha realidad, porque ya no habrá qué pueda separarnos. Es como mi niño tierno, como un recién nacido; no un hombre que fue a la muerte, que se pierde en la nada. En lugar de borrarse, su presencia va adquiriendo figura cada vez más precisa, por el milagro del cariño que lo reintegra a una nueva forma de vida. ¿Qué culpa tengo si me conmueve una voz que me recuerda la suya?

Soy antena que gira en todas direcciones, en busca de algo suyo que haya quedado disperso; lo siento mío, porque solamente yo le quiero con este cariño hecho de desesperanzas y de renunciamientos.

Vivo entre sombras desde que Jaime ha muerto. Cada palabra, cada recuerdo suyo me asalta de continuo y quisiera plasmarlos en forma viviente. Todo lo que tenía

que decirle ha quedado inédito. No me atrevía a hacerlo en éste, el único modo en el que sé expresarme: escribiendo.

Tal vez no creyó verdadero ni grande el sentimiento que me ligaba a él. En mí siempre hubo raudales de ternura; de amistad y cariño que siempre lo esperaron. Pasaban los días y como una llaga iban comiéndome, la desilusión y su ausencia. Nuestros encuentros en sociedad ataban mi lengua, pero mis ojos siempre supieron expresarle lo que los labios no decían. Ahora todo se ha ido para siempre.

No volveré a escuchar su «aló...» tan cálido, tan deseado. El teléfono sigue en mi cabecera, pero no traerá ya ¡nunca! el timbre de su voz que ha enmudecido para siempre. Pasarán los días y ya no estaré esperando su llamado. Mi vida ya no dependerá de que él llegue y me busque, de tenerlo para mí por unas horas, y perderlo de nuevo, alimentando el tiempo de la espera con el recuerdo de una palabra, de algún gesto cariñoso, tal vez, solamente, con la manera suya de decirme «adiós...» y «gracias».

Me he quedado sola y huérfana.

Como la pérdida de un padre, así es de insustituible su ausencia. No es el momento presente el que me dicta estas frases. Con el tiempo será más y más grande la pena de no tenerlo. Debo a su amistad el calor de momentos perfectos, de horas en las que, elevándonos sobre nuestra corporal estatura, nos internábamos en zonas más limpias que nuestra vida diaria, en las que no éramos nosotros quienes convivían, sino lo más noble y verdadero de nosotros mismos.

¡Nadie como él me hizo alcanzar esas alturas del pensamiento! ¡Nadie como yo le admiró tanto y tan fervorosamente!

Jaime ha muerto. ¡¡MUERTO!! ¡Qué palabra tan árida! ¿Cómo aplicársela a quien era como la vida misma? ¿Cómo aceptar la evidencia de que ha dejado de existir?

En él sólo había movimientos continuos, pensamientos continuos, actividad continua, energía sobrada. Parecía no necesitar nunca del sueño y el reposo. Su ambición creadora le tendió en el camino. El ímpetu de su sangre generosa lo asfixió al pretender liberarse del cauce que la aprisionaba.

Era muy grande su impulso, y muy pequeño el espacio que le daba albergue...

Noche a noche me asalta el pensamiento de lo que no fue, de lo que hubiese podido conocer, del cariño que hubiera podido disfrutar. Mi habitación ya no es sino uno de tantos cuartos en donde sueña un ser humano. Se ha vuelto para mí como un

oscuro símbolo, sin respuesta ni seguridad en la noche. Lo que no fue me visita a diario, fielmente, sin descanso. Murmura junto a mis oídos las palabras que nadie pronunció, las promesas que no dejaron de cumplirse, porque jamás fueron expuestas. Los deseos que iluminaron mi existencia y hoy duermen en lo más hondo, como rojas estrellas apagadas.

> Con sus alardes de vida las flores son compañeras
> que no humillan al que muere:
> ellas también, lentamente, se van quedando dormidas...

He vuelto a visitar a Jaime y su sepulcro ya no es un montón de tierra que oprime el corazón. Desde el pórtico pude observar que le han sembrado un jardín. Es como un manto que lo resguarda del sol y le da su abrigo en las noches de invierno. Una gratitud inmensa se me filtró en la sangre y bendije a sus deudos por amarle tanto como le quiero yo. Pero alguien más había ido a visitarle, dejándole unas flores blancas, humildes. Flores que tal vez significaron sacrificio en su demostración de amor. Al arrodillarme junto a su tumba, no quise borrar las huellas de sus manos, las huellas de su voz y de sus lágrimas y me alegré también porque le quieren. En un pequeño cedro grabé una cruz, y está junto a él guardando su reposo.

Otra vez, domingo tercer día del mes.

Así se cumple el primero desde que Jaime duerme ya en la tierra. He llegado hasta el sitio en que reposa y lo he encontrado cubierto de flores blancas que le han traído sus familiares. Las mías también se han quedado con él. Su color le dirá que mi cariño aún es más grande...

Mi vida está fijada en su recuerdo. Mis ojos sólo ven lo que con Jaime vieron. Mis oídos escuchan sus palabras y su acento; mis manos le acarician, acariciando al viento. Cansada estoy, ¡no encuentro del camino el regreso! Estoy sola y le llamo: sólo responde el eco. Dentro de mí se alza un doloroso miedo. Quiero olvidar que existo, y sólo sé ¡que ha muerto!

> Lo que tengo de él, no lo tiene nadie. Tengo su recuerdo,
> ¡hondo!, ¡grande...! ¡Eterno!

Tengo la sonrisa luminosa, ¡viva!, de sus ojos pardos;
y la sensación, de sus fuertes brazos.
¡Lo que tengo de él, no lo tiene nadie!
Tengo la sonrisa luminosa, ¡viva!, de sus ojos pardos;
y la confidencia única, sencilla, de su pecho sano.
Lo que me decía con su voz de júbilo, no puedo nombrarlo.
Pero lo repito muy bajo a mí misma, en todo momento,
para no olvidarlo.

Me obsesiona sentirlo prisionero en la tierra,
en tan hondo silencio, en tan grande quietud.
Y con el sol le mando cariñoso mensaje,
suplicándole al viento que le lleve mi voz.
También la lluvia presta sentido a mis palabras:
su monólogo terco, es mi forma de hablar;
ella besa la tierra que le sirve de lecho,
y le hace compañía su amorosa humedad.
Su presencia es presencia que no borra la muerte,
que no destruye el tiempo, que agiganta el dolor.

* * *

En mi desesperación he buscado la ayuda de mi médico. Newman, hombre materialista y gran amigo, escuchó mi confesión con gestos de sorpresa. Cuando terminé de hablar no supo qué decirme ante lo grande de mi pena. Sólo se le ocurrió regañarme. Sí, regañarme, como si el abrigar un sentimiento de agradecida devoción para quien hizo de su vida un pilar de la nuestra, fuera pecado. Le dije mi deseo de vivir. Mi lucha por encontrar la resignación. He aceptado invitaciones, he tomado clases, hasta me he inscrito en la academia de arte dramático de Seki Sano, he buscado arrimo en la amistad de Federico, me he humillado ante él y he disimulado mi afecto hacia Jaime, por temor a su crítica. He hecho todo y estoy loca de soledad, de recuerdos, de dolor. En lugar de la simpatía que esperaba, encontré en el doctor Newman una oposición absoluta. Le duele que yo sufra y piensa que se pueden borrar los sentimientos como se borra una palabra mal escrita, sin dejar huella.

No puedo culparlo.

Para comprenderme tendría que haber sido tan huérfano y necesitado de verdadero cariño como yo. Su actitud me ha lastimado. Es lo mismo de siempre: no tengo derecho.

¿No tengo derecho? ¿Quién me ha robado ese derecho? ¿Por qué?

Tal vez esa es la razón del infierno que he vivido.

No tengo derecho... Pero, ¡qué mal me siento!

Una conocida preguntó:

—¿Le dejó dinero?

Le contesto: sí. ¡Me dejó tesoros inagotables de un caudal que no podré perder nunca, porque a cada instante crece y se multiplica hasta convertirse en mundos que giran en vértigo continuo y siempre regresan a mí. A mí, donde reside la savia de vida que los nutre, su fuerza, su realización!

¿Pueden muchas mujeres decir que son tan ricas como yo?

Hospital Francés, sábado 15 de julio de 1946.

La muerte es una ciudad distinta

Primera edición, Libros del Unicornio, México, DF, 1959

A Isabel, a Yolanda, a María Luisa
y a Elena, muertas en domingo.

I

Mientras Benito Caín me acosaba con sus preguntas, volvió otra vez el llanto con una angustia sorda, clavada en la mitad del pecho; angustia de animal herido. Mil veces supliqué por la muerte, como única forma de liberación. Lloré tanto, que parece increíble recordar. Lloraba con un llanto miserable y absurdo, como no lloré nunca cuando era una niña. Benito insistía en consolarme.

—Eres cristiana —dijo—. Crees en Jesucristo y, sin embargo, conviertes tu dolor en cosa negativa.

Los ejemplos adquirían formas precisas; Job iba tomando cuerpo dentro de los muros de mi cuarto; Cristo repetía una vez más sus viejas palabras. Y yo, mísera de mí, lloraba, lloraba.

Un pensamiento distrajo ese dolor intensísimo: «Benito —había dicho un crítico— es un escritor tan retórico, que de sus labios salen las palabras como adornadas capitulares».

Sí. Aquel dolor taladraba mi pecho, se colgaba de él hincándome en los nervios y en la carne sus lívidas garras asesinas. Miraba crecer la angustia y venir hacia mí. Llena de majestuosa dignidad: fría, transparente, cruel, inexorable. Cada minuto era más y más alta. «Mi cabeza anda mal», reflexioné. Pero, dueña de sus gestos y de sus movimientos, envolví mi dolorido cuerpo dentro de las sábanas, con un inconfesable sentimiento amoroso. Procuré una postura más cómoda y también más dramática y seguí gimiendo y gritando mi adherido dolor.

—¡Cálmate! —decía Benito—. Me encuentro impotente para procurarte consuelo. He podido encauzar otros dolores, convencer, a quienes los padecen, de la fragilidad absoluta de los sufrimientos. Por ejemplo, el dolor de Ana X (una escritora norteamericana de mucho éxito, fea, pero encantadora) es un dolor razonable;

un dolor digno de una obra de teatro moderno. El tuyo pertenece al pasado. Las tragedias no podemos resistirlas un segundo más. ¡Comprende...! ¡Han pasado de moda!

De pronto, se detuvo a observarme: su tono cordial se había corrompido, su mirada divagaba torpe e incierta al través de los gruesos cristales de sus lentes. Con un gesto de impaciencia, dijo:

—Te has vuelto ciega voluntariamente. Ciega y egoísta. No te importa el amor que sienten por ti. No te importa nada, sólo quieres sufrir. ¡Muérete! Es lo mejor que puede sucederte.

En seguida continuó relatando las tragedias que le eran familiares. De su boca nacían los argumentos, con matices distintos; adquirían forma y color diferentes. No la gris, familiar a todos los que se sienten invadidos por la angustia, sino toda una gama de colores. ¡La sangre tiene tantos matices asombrosos! Y, sobre todo, la sangre que no nos pertenece. Cuando no es nuestra sangre podemos compararla con el vino, el rojo de las plantas, las gemas más preciosas, las vetas de la tierra o de las piedras.

La sangre es algo portentoso. Muy especialmente cuando esa noble sangre no nos duele. También yo sentía un agudo desprecio por mi llanto y su causa. Hubiese deseado la maligna crueldad de los nervios para destruir, allí mismo, carne y sentimientos.

Lo curioso es que no deseaba sufrir: ¿llorar? ¡Muchísimo menos! Odio el sufrimiento como algo degradante; el sufrimiento propio y el sufrimiento de los otros. Pero hubo momentos en que me miré a mí misma, desquiciada y magnífica. Me sacudían impiadosas convulsiones y renacía de ellas y de ese espanto, en una limpia forma transparente.

Lloraba por las cosas presentes y las cosas pasadas con un anhelo infinito de purificación. Recordé o inventé citas de las Sagradas Escrituras. Citas, que mientras dominaban mi pensamiento, encontraba sublimes: «Sólo tu llanto podrá dejarte limpia de culpa». «Tus ojos son el cauce por donde te desangras».

Ahora no me parecen tan perfectas. No encuentro en esas palabras ningún sentido poético y, muchísimo menos, ninguna grandiosidad. ¡Ah, pero anoche...! Anoche me sentía una predestinada. ¿Cómo, si no, sufrir de esa manera?

La voz de Benito hilvanaba murmullos. Yo pensaba: «Estoy oyendo decir mis propios responsos». Entonces crecía otra vez el afán de destruirme, de acabar con mi

estúpido afán de ser útil. Luego recordaba a Nietzsche y repetía sin palabras: «Huye a tu soledad; huye hacia donde sopla el viento recio. ¡Huye a tu soledad!». «Tú no eres una piedra, pero ya te resquebrajan infinidad de gotas». «Tu orgullo no quiere encolerizarse una vez más». «Sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones...»

En seguida me asaltaban otros pensamientos:

(Por la tarde había estado tomando un café, con Eduardo, el hombre que más he amado en mi existencia. Estar junto a él, después de esa larga separación, fue como un milagro. Muchas veces creí estar soñando. Por verlo caminar hacia mí con su cuerpo erguido y esbelto, con sus claros ojos sonriéndome. A nuestra cita llegué anticipadamente. Cuando apareció en la puerta del restaurante, su figura me robó la luz que necesitaba para mirar su rostro.

—¿Cómo estás? —dijo saludándome.

—¿Cómo estás tú? —respondí automáticamente.

En unos cuantos segundos todo quedó reanudado; sin puentes, sin muros infranqueables, sin ausencia. ¡Qué maravilla el corazón humano! Mientras iba a su encuentro, ensayé una sonrisa nueva, una mirada nueva, una nueva alegría. Toda mi sangre cantaba el tiempo acompasadamente, insuperablemente, en lo más delicado y más íntimo de mi ser, mi corazón cantaba su nombre).

Benito repetía incansable sus frases de consuelo.

—Si quieres ayudarme —dije—, olvida esa situación que ahora me lastima. No lloro por un hombre. A los hombres siempre los invento. Lo que no puedo reemplazar son los discos, los libros, la máquina portátil. Por eso cuando llegó la separación me fui de la casa por tres días. No hubiera podido sufrir que ellos me abandonaran. Los objetos nunca nos traicionan, ellos permanecen; la traición es atributo de los hombres. Hoy lloro tan desesperadamente, porque nunca podré volver a mirar aquellos libros, escuchar la música de los discos, tocar las teclas de la máquina de escribir. Mis manos no podrán acariciarlos como lo hacían cuando quitaba el polvo adherido a sus lomos, a sus cubiertas policromadas y lindas, a la funda de plástico que yo lavaba con tanta frecuencia.

—Eso que dices es monstruoso —protestó Benito—. ¡Es absurdo que te destroces por cosas que tú misma puedes adquirir! ¡Tú no amas esos objetos! ¡Amas tus propios ideales! Pero es muy peligroso ser tan espiritual: a medida que tus ideales crecen, se vuelven contra ti y te destruyen. Mira —agregó tratando de secar mis lágrimas—, yo les tengo tan poco amor a las cosas materiales...

—A las cosas materiales y a las cosas del espíritu —repuse—. Tú no puedes entender que aunque fuera posible lograr esos objetos, nunca serían los mismos y yo no quiero otros. Aquéllos guardan fieles (más amorosos que el más rendido amante) mi huérfana ternura, mis ardorosas frases de júbilo y la imborrable e insustituible caricia de mis manos...

II

El brusco golpe a la puerta me produjo un efecto inesperado. Sentí hambre. Como si hiciera siglos que no me alimentara. Hambre eterna, infinita; hambre de todo. Después pensé: «Las puertas son la más cruel, antigua y refinada forma del rechazo».

Los pasos de Benito, cada vez más y más lejanos. Pasos sin regreso; sin ritmo, sin presencia. En ese instante retornaron otros pasos dentro de mí sin confundirse. Pasos que ya nunca podrían ser habitados; pasos, cuya sola recuerdo...

Y el sueño sin venir.

Cierro los ojos y miro los de David sobre los míos.

En la sala de conferencias una voz dice: «Santo Tomás se apoya sobre luces reveladas». «El conocimiento que así podemos adquirir de los espíritus puros creados se desprende en primer grado de la intelección ananoética o de la analogía». «El sujeto transobjetivo domina el conocimiento que tenemos de él y sólo se convierte en objeto para nosotros en la objetivación de otros sujetos sometidos a nuestro imperio y transcendentalmente considerados».

Así fue el principio.

¿Afán de dar? ¿Ansia de dominio?

He venido a la Facultad porque no comprendo a los hombres.

Alguien pregunta:

—¿Asistirás a la boda de Benito?

—Hace apenas cuatro años que lo conozco. Entonces le hablaban en tono autoritario.

—¿De qué vive David?

—Tiene muchos hijos.

—¿Libros? —digo.

—No: hijos. Montañas de hijos.

—Esta es la primera noche que me habla.

—¿Por qué no me ha dado su libro como a los otros?

Las palabras se atropellan en sus labios y yo apenas lo escucho. La noche anterior se fue del restorán antes que ninguno.

—Le llevaré los míos —ofreció—. A las diez en punto de la mañana.

—¿Ese es el hombre?

Tuve miedo. Miedo de la denuncia ante los otros.

(Estoy llena de temor, lo sé. Las piernas han empezado a torturarme. En la conferencia del profesor Augusto, el dolor se hizo como opaco grito en la garganta.) (No quiero que nadie se me acerque. Los nervios se vuelven enemigos. Las flores que David mandó no me pertenecen.)

—Ahora te visitan gentes muy extrañas —dijo el profesor Augusto—, pero te *inconocen.*

—Hay seres que han vivido en una constante...

—Dime, muchachita —replicó Benito—, ¿por qué te dejas impresionar por los imbéciles?

—Tú no sabes cuánta soberbia hay cuando queremos ser humildes —contesté—. El fuego es palabra redimida. Una fracción del sueño.

Tropel de hombres sin rostro.

Novia actual de Benito. Insustanciada arcilla rencorosa.

Cuentan que cuando David era niño, correteaba delante de los tranvías.

(Vacío de la luz. Vacío. La luz no tiene patria.)

El veneno es tiempo dividido. «Cristóbal», un barquito que no llega.

La mujer sólo pensaba recuperar al hombre para la noche.

El aire vertía calumnias. Gritaba.

No comprendo a los hombres; hablan como si la mujer les fuera indispensable y en el próximo instante la mancillan.

—La justificación —dijo el doctor— es uno de los impulsos que mueven al ser. Todo acto gratuito es verdadero, pero tiene que estar justificado.

—Conocí a David. Parecía desdichado y quise protegerlo como a un hijo.

—¿Cómo a un hijo, ha dicho?

—Como a un hijo elegido.

—¿Como a un dios?

—No. Para mí el hombre no es Dios.

—Entonces, no la entiendo.

—Tampoco yo sé lo que me hizo aceptarlo. Creí que me necesitaba.

—Ahora estoy seguro que no conoce a David. Usted quiso creer y todo lo complicó con su ternura.

—Yo sé que él es el mejor aliado de su esposa. Sintiéndose la víctima, justifica el engaño.

—Una mujer como ella es la guerra en sí misma; si la trampa de la locura le falla, puede llegar al crimen.

—¿Al crimen? ¿Contra quién?

—Contra el esposo, contra los mismos hijos, contra usted.

—¿Contra mí? Yo no soy enemiga. Soy testigo.

—Usted ha inventado una esperanza como una abierta tumba. Ellos luchan como enemigos; pero se pertenecen.

—Sí. Lo supe siempre. No hay tal «esclavitud» ni tal «locura». Le arrancó hasta la sombra, le robó espacio a sus manos. ¿Por qué quiere recuperar a David, asesinadamente vivo?

Y el sueño, sin venir.
(Zona febril el cuerpo,
en pantanosa ruta dividido.
Laberinto, eco, voces.
Engañosa verdad.
Antagónica, torpe, inexistente.

¿Por qué un coro enemigo me señala?)
No los conozco.
No conozco a los hombres.
Soy una extranjera en su provincia.
Con miradas estériles;
con palabras inútiles;
con dádivas y gestos mutilados.

De niña no me mandaron a la escuela.

—Es diferente a las niñas del pueblo —dijeron—. Es de otro mundo.

—¿En qué soy diferente? —pregunté.

Nadie supo decirlo. Sólo se comprendían con sus palabras.

Yo soñaba con mi niñez a cuestas. Pero creció la puerta. La puerta familiar y la puerta del mundo, y me dejaron fuera.

Nutriéndome de mí, de mi pequeña y mísera sustancia. Llegué a creer: «el cuerpo no me asiste», «sólo una voz», «una pregunta sostenida», «un pensamiento que ha perdido la gracia».

Una vez miré un rostro en un espejo como si fuera de aire. Siempre lo he buscado; no lo encuentro.

Alto espectro de luz que me aquieta y me guarda. Deshabitado espacio bajo el sueño, voz secreta del agua. Voz de infancia dentro de mí cristalizada. Voces del viento y voces de la lluvia, voces de la mañana. De los largos caminos soleados.

Voces también del paso o de la noche, del paso de la sangre; del paso de los hombres, del paso de la muerte, del paso de las bestias: insistente, lejano, imperturbable.

Y el sueño, sin venir...

Se puede analizar un sentimiento; se puede, incluso, avergonzarse de él, pero lo que no se puede hacer es traicionar un ideal. El único camino es el silencio.

Juan Pablo, discípulo predilecto de David, opina que una experiencia no debe sepultarse, y propone un epistolario aclaratorio. Las palabras renuevan una especie de lucha, una forma de justificación tardía e inadecuada. Puedo situarme dentro de esa confidencia; simplificar obstáculos, sin oponer «mamparas» o «estructuras»

preconcebidas. Pero ¿por qué intenta Juan Pablo saquear el misterio? La intimidad es voluntaria y simple.

He visto a Juan Pablo discutir con un amigo. En esa reunión pude darme cuenta de la altura de su inteligencia; inteligencia nada caritativa, por cierto. Su voz surgía como un látigo en mitad de la noche. Dentro de la algarabía de las otras voces, la suya daba una nota perfectamente lógica y afinada.

El otro, con su carga de sentimentalidad; con su infantil propósito de encontrar una casa y un espejo en cada amigo, para mirarse el rostro del espíritu. El pobre hablaba al corazón, desde su corazón, aunque se valiera de las sutilezas del cerebro. El otro es un ser en crisis, ignora que su descontento nace de lo que lleva a cuestas desde su nacimiento. A través de las edades, los nervios cambian y nos vuelven suspicaces, hipersensibles; en algunos adquieren estabilidad o indiferencia. Pero es todo un sistema de captación, de verdadero entendimiento el que debemos poner al servicio de una causa, pequeña o grande como la comprensión de otro ser humano.

La voz de Juan Pablo aún resuena dentro de mí:

«No hay sentimiento respetable si no encuentra expresión y apaciguamiento en lo poético. El sentimiento en bruto nunca halla su justo sentido, se desborda, estalla, se apropia —con impudicia criminal— expresiones ajenas y ve su valor en la demasía. El sentimiento siempre es patético. Mina torpemente el verdadero tono trágico, sólo conocido por el instinto y el espíritu.

»El instinto es otra cosa. Tiene semejanza con el hambre, es insaciable como el deseo. No le encuentro sabor al sentimiento si no lo alimentan como fuentes vitales la poesía, el instinto y la inteligencia. La poesía toma por el cuello al sentimiento y lo obliga a expresarse sin el aspaviento de lo tormentoso, bajo las prescripciones del buen gusto, de las comparaciones ceñidas, probadas; a expresarse con moderación, sin piedad para las improvisaciones, para los aletazos geniales...

»Lo más valioso en el instinto es su seguro presentimiento de la tragedia. Su arrastre firme hacia donde lo tenebroso hinca sus raíces».

Era a mí a quien Juan Pablo dirigía esas palabras. Su última carta lo confirmaba: «Hoy la he visto insólitamente exacerbada. La alegría de la hora, la alegría de una anormal premura, me dejó presentir que era hambre lo que tenía. "Hambre..." Presumo que se preparaba a una noche de "instinto" con el Pedro de su "llanto".

»Ayer por la noche, pegada mi cabeza a la almohada y, por tanto, en pose de confesión, sentí, como nunca, la necesidad de comunicarme con usted, de escribir-

le. Quería, esto es lo cierto, prolongar nuestra conversación de la mañana, que me había dejado el sabor de lo pleno, de lo completo, y cuyo regusto, al repasarla en las tinieblas, me hacía decirme que pocas veces su inteligencia, mejor su sabiduría, había sabido encontrar expresiones tan felices.

»Estuvo usted, mi querida amiga, en increíble forma. Sus comentarios atinaban en lo justo y, como siempre, los dejaba caer sin impertinencia, con la elegancia que sólo puede dar una sinceridad a toda prueba. Quizás su idea de no sentirse importante contribuya a que todo lo suyo tenga la importancia de lo auténtico.

»Nos ha aproximado una confidencia. Usted ha podido resumir en fórmula de apretada belleza sus propias estimaciones. No sé qué tiene de austera hermosura ese renglón en que retrata el estilo de su soledad: "Mi refugiado pensamiento en el mundo de las cosas limpias". No le oculto que su carta me ha entusiasmado; utilizo sus propias palabras para decirle: "Mi amor por la pulcritud nació conmigo y ha ido en aumento a medida que pasan los años". Su lucidez me desarma. Cuando curioseaba sus muebles sentí de golpe que entraba en un rencinto donde lo pulcro imponía su ley. Su lámpara grita más aún que otros objetos, la dirección en que su sensibilidad se lanza. Nada, empero, es más elocuente que su colección de prismas, su cristalino bestiario...»

Me doy cuenta de que voy disfrazada.

Mi actitud no es humilde. Lo sé, lo siento, si este análisis sólo fuera a dar como resultado esta identificación con una mente como la de Juan Pablo, valdría la pena intentarla siempre. No creo en la verdad que puede ser una y distinta según el sujeto. La Verdad es desnudez espiritual frente al amigo. Una verdad muy simple, alta y luminosa. Una verdad que es como un reflejo. Tiene que ser prevista, sin sorpresa, sin duda; igual que una voz propia.

¡Querido Juan Pablo! ¿Cómo responderé a su última carta? Creo que enviándole el diario de la «vida imaginada» que estuvimos discutiendo:

III

Martes, 15 de enero, 9 de la noche.

Programa en televisión. Cena en honor de unos poetas suecos.

Ir. No ir. Me desagrada mi rostro, sus máscaras. La mirada detrás de los afeites.

—Cuando llegues pregunta por Pedro —había advertido Lena, pero no sé quién es Pedro.

Junto a la mesa de ella estaba un asiento vacío. De pie, a la cabecera de la mesa, un hombre.

—¿Quién es? —interrogo. Luego añado—: preséntamelo.

Minutos después vuelve la intranquilidad. Sólo deseo escapar de ese bullicio. Y, pues existe el pretexto de la primera invitación, urjo a Lena y salimos.

11 de la noche.

Regresamos al banquete.

Hacia nosotros caminan dos hombres que conversan. Nos saludan como antiguos conocidos.

—¿Quienes son?

—¡Pero si es Pedro! —dice Lena. Al otro no lo recuerdo, se acercan, estrechan nuestras manos y surge el nombre.

Pedro, que llamara mi atención al principio de la noche, me toma del brazo y me lleva hacia otro ángulo. Pregunta domicilio, número de teléfono, pide colaboración para una nueva revista. Explica que mi nombre le causaba molestia: «tan exacto, tan bien equilibrado». Tenía la idea de que una mujer con un nombre así tendría que serle antipática.

Lena quiere irse.

Pedro ofrece su coche. Caminamos hasta su casa conversando divertidamente, como viejos amigos.

Casa de Pedro. Agradable a los ojos y al espíritu. Allí habla el cariño, la compañía inmediata, permanente.

Desde la entrada, desde los pasillos, se alzan, a uno y otro lado, los estantes con su carga de libros. El salón es pequeño, con muebles antiguos, con los muros cubiertos de óleos y grabados. Otro estante enmarca el cuarto de trabajo. En él no hay un espacio desperdiciado. En un ángulo de esa habitación cuelgan cuatro retratos de mujeres. Al alcance de los ojos, la cabeza de Nefertiti. Entonces casi me siento parte de ese ambiente, y ya no pienso, ya no quiero pensar.

Pedro nos habla de un libro. Una pastilla lo mantendrá despierto con un doble propósito: terminar ese libro y recibir a su esposa y a su hija que vuelven de una playa.

Nos propone beber un vaso de vino en cualquier sitio. Lena rehúsa y yo acepto. Quiere acortar las horas que faltan mientras llega su familia.

Al quedarnos solos, Pedro detiene el automóvil e intenta acariciarme. Eso destruye el motivo que me hacía acompañarlo. La reacción contra su acometida me impulsa al desconcierto, a la fuga.

Después, por el camino, refiere cosas torturantes. Experiencias que me crispan de angustia; me impresiona lo que dice de la muerte, de la muerte ajena, como si al recordarlo reviviera un placer por mucho tiempo abandonado.

El hombre es un serio espectáculo. Su vida interior emerge de lo irracional y unas cuantas palabras denuncian sus verdaderos sentimientos; el carácter, los puntos escondidos, vulnerables.

Mientras habla, observo la actitud de sus manos.

Manos crueles y bellas; era la primera vez que las miraba.

También le miré el rostro.

Lo conocía desde antes. De no sé qué memoria o preferencia.

Una tarde pasó y pregunté su nombre. Si Pedro hubiera regresado junto a mí con la mano extendida, con el gesto de una invitación, me hubiera ido con él como si fuera el acto más seguro y feliz de mi existencia. Después lo olvidé, como sucedió esa misma noche. ¿Por qué, ante ese mismo varón, tantos encuentros sucediéndose?

Pedro insiste en que regresemos a su casa.

Ante mi negativa estaciona el automóvil en la callecita en que vive, a sólo tres cuadras de mi domicilio.

Charla interminablemente descubriendo su mundo, sus preferencias, su alegría. Desde mi máscara espío sus reacciones; escucho las tonalidades de esa voz tan profundamente masculina e insinuante. Pero no me convence: ya nunca me convencerá nadie. «Esa que lo acompaña —pienso— es una de tantas Nurias que no me pertenecen».

IV

Jueves, 17 de enero.

Reunión política en la casa de Pedro.

Tengo el propósito de no asistir. Algo me impulsa a rechazarlo. Una extraña sen-

sación me advierte que voy hacia una cárcel. ¡Otra cárcel, Dios mío! ¿Cómo puede ser Pedro una cárcel?

Las reuniones me enferman. Para desviar la inquietud recurro a rostros familiares. Casi deseo su contacto.

Las voces, con ser tantas, no se confunden en mi pensamiento. Se me ocurre que podría tocarlas, igual que toco figuras y libros a mi alcance.

Miro una cabeza en bronce de la hija de Pedro. Mientras poso mis manos sobre la superficie, pienso en la infancia, en una casa como ésta y un padre como Pedro. Mis casas también estaban llenas de libreros, de objetos amorosamente protegidos.

«Amo lo que permanece —escribí una vez—: por eso me gustan las cartas. Los estados de ánimo varían, la ternura puede tornarse indiferencia; pero las palabras escritas no cambian su mensaje afectuoso. Si estoy triste, si ninguna razón justifica mis actos, busco refugio en la callada presencia de las cosas.»

¿Por qué vuelven ahora esas ideas?

Llega Lena, distinguida, afectuosa. La atraigo junto a mí, a ella, que parece siempre ausente. Al mirarme propone:

—Toma algo.

Replico:

—Beber nunca me calma.

Da principio un interrogatorio.

Todos quieren saber. La voz de un intérprete se escucha largo tiempo; sus respuestas son claras y precisas. La barbarie, el destierro, la muerte, adquieren proporciones innombrables.

Un afán surge en los presentes. Curiosidad insana que se nutre del hambre y de la vergüenza ajenas.

Dentro de mí todo es protesta.

Todo se rebela ante la injusticia. ¡Justicia de los hombres! Una exacerbada compasión me estruja. Garra y boca a la que nada sacia.

8 de la noche: descanso de treinta minutos.

Las conversaciones se desbordan en torno al tema apasionante. Mi comportamiento es... ¿Cómo describirlo? Demasiado frívolo, agresivo. Parece que quisiera destruirme ante Pedro, ante todos, y también, desesperadamente, recuperar lo que queda de mí misma.

Pedro me observa en sus momentos libres. Atiende a sus invitados, comenta, se empeña en ser afable. Un gesto suyo me reconcilia con él y con la noche. Un mínimo acto en el que pone al descubierto su gusto por el orden.

¿Qué reacción es la mía?

Necesito apoyarme sobre alguien, como si fuera parte de los otros. Preciso expresar ese desbordamiento, compartirlo.

Pedro viene hacia donde estoy y me dice algo a media voz. El que está junto a mí afirma:

—Os portáis como cómplices.

—Ha venido —explico— a recordarme una promesa; una promesa a corto plazo. Todo lo toma con una prisa enorme: el trabajo, el amor, lo superfluo. Parece que el tiempo no le alcanza. De niño debe haber jugado a los contrabandistas; un pirata de botín siempre nuevo, siempre codiciado e insuficiente.

Un día se marchará como vino, con el ansia por el próximo sitio. Ese lugar no está en ninguna parte. Se fuga y es prisionero. Con su cárcel a cuestas, con sus ávidas manos procurándole nuevas sensaciones.

—¿En qué piensas? —pregunta Lena, acercándose.

En algo que me ha pedido Pedro: «una vida imaginaria» en sesenta cuartillas. La idea me parece simple. Podría sacar de esta misma reunión mis protagonistas. Cualquiera puede ser el personaje: tú, Pedro, yo, en este ambiente; que vivan o mueran. ¿Quieres que te la cuente? La dividiré por fechas hasta completar las páginas precisas. Así por ejemplo:

Mañana, 18 de enero, tienen cita a las cinco de la tarde.

Nuria se resiste a salir con un hombre casado. Pedro, adivinando esa prevención, anticipa su presencia con un ramo de flores.

—El señor que las manda espera en ese automóvil —dice el muchacho al entregarlas.

Nuria sonríe desconcertada, abandona las flores sobre una mesa y va en busca de un bolso y un abrigo. Piensa en las palabras de la tarjeta. «Es gentileza hacer esos obsequios», dice interiormente.

La actitud de Pedro no corresponde al pensamiento que Nuria se ha formado.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta como saludo. Y añade—: propongo mi laboratorio.

—Los laboratorios siempre tienen interés —acepta Nuria, acomodándose—. ¿Qué haces en ese laboratorio?

—El amor.

—¿Qué has dicho?

—¿No sabes que la gente hace el amor? —respondió, sonriente.

Nuria no hallaba la respuesta. Se sentía vejada, aturdida. Hubiera querido quedarse en medio de la calle. Por todo comentario agregó:

—Me disgustan los hombres ajenos.

—No soy ajeno, soy propio —dijo Pedro.

Que lo fuese o no, carecía de importancia. Lo inmediato era salir de esa absurda prueba. Si la viera su madre, si Eduardo se enterara. Sólo pensarlo era una tortura. ¡Qué opuesta su conducta! Con Eduardo todo tenía su sentido: las citas, las palabras, el encuentro.

—Has hecho muy bien en ponerle ese nombre a este sitio —dijo Nuria al despedirse—. Transforma tu personalidad y exhibe lo que hay de sucio en tus adentros.

¡Cuánta protección en el regreso a casa! Con los cálidos muros y los muebles pregonando limpieza. Cada uno es su casa, sus objetos, las luces que prefiere; la lámpara de Nuria, blanquísima, inmediata, es casi una hermana, casi un rostro.

Sonrió ante el espejo al recordar las horas de la tarde.

Luego le vino la imagen de las flores. ¿Por qué no ir a buscarlas?

Desde la cama, con las sábanas nuevas, con las lindas almohadas a la espalda, estuvo contemplándolas. Pedro cabría en esa intimidad tan resguardada.

El teléfono suena y Pedro interroga:

—¿Todavía enfadada?

—Y tanto —dice Nuria—; pero ahora pienso...

—¿Por qué —pregunta Lena— cambia Nuria ante la voz de Pedro? ¿Qué ha sucedido en ella?

—Nuria vive reprimiendo sus impulsos. Los maneja a tal grado que dan la clave de sus desdoblamientos. Por la tarde era una cuyo criterio le indicaba que esas invitaciones siempre son camino hacia nosotros mismos: a lo que tenemos de bueno o disoluto.

Cuando Pedro habló de un «laboratorio» Nuria perdió su desconfianza. La realidad con su crudeza dio como resultado la reacción contra el hombre.

Pedro no es sólo ese hombre cínico en busca de aventuras «entre horas de trabajo», como dijo. Él es otras muchas cosas que Nuria aprecia; su casa, su talento, su aspecto masculino. Aunque, para encontrar su verdadera fisonomía, sea menester un interés auténtico. Entonces la aspereza pierde sus contornos y los rasgos adquieren su belleza primaria: tranquila, sencilla, fraternal. Como los de un niño ante la insuperable caricia de la madre.

—¿Nuria va a enamorarse de Pedro?

—Eso no puedo saberlo. Simplemente le interesa. Algunas veces lo acepta, las más lo rechaza, cree que su vida no tiene caminos, y se divierte con lo que Pedro descubre ante sus ojos.

— Y, ¿quién es Eduardo?

—Eduardo es el ideal. Lo ama, sueña con él. Entonces sus movimientos son seguros, el mundo se integra. Existe. Sólo que Eduardo tampoco es hombre libre. Pero lo es en su conducta amorosa con Nuria. Con él no hay sobresaltos, desconfianza, humillación o sitios sórdidos. Es como si caminaran por el aire.

—Así debieron ser sus padres, sus abuelos, así serán sus hijos. Apostura y nobleza reunidas. Nuria piensa que ha perdido a Eduardo, que nadie podrá sustituirlo. A los hombres no se les sustituye, se les cambia. Se les cambia, imaginándolos.

—Eso que a tantos preocupa —argumentó Lena pensativa—: el delineamiento y la presentación del personaje, lo encuentro frío e innecesario; el porqué, nunca he podido resolverlo. Si se observa la vida, uno acaba por entender que ella nunca anuncia a sus comparsas.

—Comprendo tu razón; pero por esta vez diré que Pedro y Eduardo habitan universos distintos. Eduardo el de la seguridad. El del fácil acceso a lo que para muchos es bueno e importante. Pedro vive en el mundo especulativo del espíritu: el hombre como experiencia circunstancial y permanente.

—¿Y nuestra Nuria?...

—Ella traspone esos mundos como simple espectadora. Eduardo y Pedro tienen una gran semejanza externa. A Nuria, algunos la encuentran atractiva.

Se reanuda la plática:

El teléfono suena insistentemente. Pienso: «Uno que se retrasa», pero es una mujer la que llama. Otra mujer. La suya, menuda, lejana, inconfundible. Yo en su casa, ante su intimidad, ante sus relaciones.

No quiero verlo más.

Algo daría por desaparecer, porque nadie notara mi presencia.

Minerva —su joven secretaria— tiene el insípido rostro conmovido, sus movimientos son más desmañados.

Quisiera ser como ella, moverme con actitud de paquidermo, el cerebro libre de prejuicios para los actos y su trascendencia.

En lugar de aceptar lo que los otros hacen, intento hacer «literatura» mientras la gente habla, porque no resisto el tormento de escuchar una de las muchas tragedias que conmueven al mundo.

Los ojos de Pedro miran —¿hacia dónde?— desde un retrato suyo.

Los ojos de Pedro me observan afectuosamente al través del humo de su pipa.

No sé qué piensan sus manos y sus lentes —antes y ahora—; tampoco sabe él cómo pasó, dentro de su casa, esta segunda noche nuestra.

Por la ventana del estudio de Pedro se adivina la noche. El ángel camina sin sus alas. Casi no lo distingo. Creo que tiene aversión por los poetas, por lo que él mismo tiene de poeta.

Sería tan descansado que dejara su sitio de guardián de la muerte...

Sueña en el futuro; la ciudad se moderniza, las avenidas crecen, los jardines se han embellecido con el amor del agua. Los palacios de ayer hoy son abiertas torres donde los hombres sueñan.

¿Será perdonado el «ángel»?
Aún conserva la noche su fugaz estatura,
y el viento la memoria de su larga fatiga.

Casa de Pedro, jueves, 17 de enero, 9 p.m.

Mirando a Pedro, escribí:

Hablar de un escritor, conocerlo, es acercarnos con nuestros propios sentidos a la realidad inmediata de su obra. Aprehender su verdad al través de ella es desnudar ante nosotros mismos, con un ropaje nuevo, nuestra encendida angustia.

Identificarnos con sus sueños, con su mundo, captar en sus palabras una y cada una de las emociones que lo llevaron fuera de la realidad, es, en el fondo, una profanación.

Hay un sentimiento religioso muchas veces incomprensible en la estructura de cualquier palabra. Un desprendimiento del significado de lo que nos rodea, para elevarnos sobre nuestros problemas a una expresión ideal de las relaciones vitales que nos hablan lenguajes distintos.

El enlace con lo exterior, personas, naturaleza, recuerdos, se convierte para el escritor o el poeta en su núcleo, el verdadero acontecer de su experiencia como hombre.

La separación que el escritor hace de la realidad dentro de su propia obra lo lleva a concebirla en un mundo creado por sus propias impresiones. Conformidad y oposición se ligan entre sí, y crean aspectos siempre nuevos. Liberan el alma de la carga de su realidad y revelan, al mismo tiempo, su significado real.

El acontecimiento alcanza un símbolo vital y perenne, nacido de un impulso cuya finalidad y consolidación va más lejos de lo que el escritor se impuso.

Pero el pensamiento y la voluntad no pueden reducirse el uno a la otra. La idea cambia y sólo quedan las contradicciones de nuestra existencia. Opresora estrechez que nos obliga a realizar los sentimientos en el oscuro y caprichoso mundo de lo imaginario.

Lunes, 21 de enero

Pedro habla a diario con Nuria por teléfono. ¡Cuánta infancia en sus actos! Sus imágenes hubieran podido dibujarse.

A Nuria le gustaba esa voz en el sosiego de la noche. Su charla, sus preguntas; su arrebato al decirle: «Soy hombre de hábitos medidos, necesito tener a mi alcance lo que amo».

Así lo manifiesta. Pero Nuria no sabe someterse.

Cierra los ojos y se cubre la cara con las manos. A cada instante se traiciona, habla de otras con Pedro y habla de sí misma.

Si alguien la quiere o ella quiere a alguien (aunque ese afecto sea fruto de la imaginación), vive su amor en forma auténtica. Substituto de un sueño en el que se consume. Luego viene el resultado de esos actos de estupidez-inteligente como ella los llama. Cuanto más inteligentes, más estúpidos. Porque en el conocerse habitan todas las posibilidades del infierno. Idealizar es una forma de destruir, de traicionar; no ama a Eduardo o a Pedro, aunque lo crea, sino a la imagen que de ellos se ha formado. Pedro y Eduardo son seres inexistentes. Absolutos rivales del que tiene cerca, del que dentro de Nuria cambia a cada instante.

Sábado, 26 de enero.

Pedro invitó a Nuria a cenar a su casa.

Ella se arregló como para una ceremonia y, muchas veces, estuvo tentada a romper el compromiso.

Un extraño recogimiento le impedía comportarse con naturalidad.

Las luces, la música, la pequeña sala con la redonda mesa en donde iban a comer, eran un regalo y, también, una suplantación de derechos que la entristecía.

Esa noche, Nuria conoció la historia de las cuatro mujeres que desde una pared acompañan a Pedro en sus horas de trabajo. Pedro le mostró su rostro de muchacho, de guerrillero «en una parte de Europa». Esa noche se hizo más patente su semejanza con Eduardo.

Domingo, 27 de enero.

Nunca es la palabra la exacta expresión del pensamiento. El raciocinio es acción vertiginosa, oficio torturante, rezagado. Asoma a sus orillas, torna a retraerse, vuelve a ser niebla, inexistencia.

No hay un orden para cristalizar lo que sólo es imagen fugitiva. Una ilusión distinta en cada afán, otra motivación inapresable.

Las pasiones en eterno reflujo transforman el lenguaje y crean el idioma del símbolo. Detrás de cada signo renace una verdad. Un mensaje del ser hacia los otros. Una actitud distinta al influjo del alma o la materia. Alguna vez, en la escueta arquitectura de un poema surge la identificación: las reacciones humanas precisas.

Jueves, 31 de enero.

Eduardo anunció su regreso.

La espera fue larga, angustiosa; su proximidad, indescriptible.

¡Qué cambio, en un instante!

Nuria tropieza con los muebles porque han desconectado la lámpara. Pregunta al hotel y un impertinente le contesta que Eduardo aún no llega.

No es más la que viene a su casa con la idea del descanso, de la fuga en el sueño.

Suena el teléfono.

La alegría no la deja escuchar la voz de Eduardo. Un torbellino es su cuerpo, su cabeza. Un torbellino de sentimientos armoniosos.

Viernes, 1 de febrero.

Esas horas que Nuria pasó con Eduardo ¿fueron reales?

Alguna vez ella tiene la sensación de que él tampoco existe, de que lo ha hecho nacer dentro de sí como otro sueño más y de que nunca podrán alcanzarlo sus palabras.

Fueron al campo.

La luz era tan intensa como un muro de espejos o el reflejo de un sable ante los ojos.

Ella estuvo pensando en lo que existe, (no sé si en la presencia o en la ausencia), y se puso a escribir:

«Sin pluma, sin arena y sin sentido.»

Viernes, 8 de febrero.

Nuria engaña con la verdad. Explica impulsos y reacciones y los que piensan que miente hacen mentira esa verdad. En cambio, cuando deliberadamente utiliza el engaño, todos los caminos le sirven para regresar hacia lo verdadero. Meta y origen de toda ambición humana.

Siempre destruye lo que la protege. Presiento que seguirá haciéndolo. Probando que todo lo ha inventado: hasta la realidad.

Un día le preguntó a Pedro:

—¿Cuántas veces vas a negarme...?

Pedro respondió sorprendido:

—No lo sé, Nuria. No lo sé.

Antes que él, ha sido Nuria quien ha negado, pero esa actitud la deja inconmovible.

Pedro pertenece al género de los que engañan por placer, con la apariencia de una vida normal «entre horas de trabajo», como dijo la primera vez que salieron juntos. Eso la horrorizó.

Le causa desazón seguir a otro en el camino del error. Sobre todo si él trata, por todos los medios al alcance, de aparentar inocencia.

Para Nuria, traicionar es una forma de subestimación. Conferirse poder y facultades inexistentes. Al final todo resulta innecesario y bochornoso.

Observa el amor. Llega hasta confundirse en su apariencia. Se entrega a un juego amoroso con Pedro, como si el amor lo estuvieran descubriendo juntos. Escribe

para él, escribe por él, habla con sus amigos del milagro de que Pedro sea: el que por fin llegó.

No cree en su cariño y muchísimo menos en esa pasión a la que él se entrega, como si pretendiera desangrarse. A Nuria le causa ternura ese comportamiento. Piensa que Pedro ansía liquidar una deuda muy grande, muy antigua, y sólo tiene su cuerpo para conseguirlo.

Sábado, 9 de febrero.

En los actos ajenos, en la promesa de la muerte, en el gozo del que se denomina nuestro hermano, surge la temblorosa actititud de una imagen que lleva nuestro miedo.

> Olvidamos: Reconstruimos un nombre.
> Todo es origen, cauce, retroceso;
> simplificada apariencia de un vivir sin reposo.

Pedro dijo a Nuria:

—No pretendo eliminar tus afectos anteriores; intentarlo sería imponer una mutilación.

Esa civilización no la convence, sólo aquellos que no estiman a la mujer alardean de esa categoría. Nuria lo entiende como prueba de indignidad o indiferencia. Nunca de amistosa comprensión. Desprecian y se desprecian a sí mismos con esa tolerancia. Será interesante conocer —calcula Nuria— hasta dónde hay verdad en las palabras de Pedro.

El que posee elementos de primerísima calidad pasa las pruebas. Probar no es destruir, sino afirmar posibilidades. El universo se circunscribe a una persona, punto crítico decisivo y punto de partida, con un riesgo terrible, pero vale la pena de afrontarlo.

Carretera a Toluca, martes, 19 de febrero.

Primera carta de Nuria:

Aun estás aquí y quieres que anticipe tu ausencia. Tengo que adelantarme, has dicho; debo irme de mí, de nosotros, no a seguirte, sino a esperar que llegues. Todo esto pertenece al mundo del cual pretendes rescatarme: al mundo de los actos simbólicos, inciertos.

¿Cómo puedo ser actual y en futuro?

Podría escribir:

Desde que te has marchado, la ciudad no es la misma; no tengo tu voz que me despierta, la casa ha vuelto a su hostilidad y a su silencio.

Hoy estuvimos recordando unos versos de García Lorca. Se me volvió obsesión el estribillo de esa rima. Mientras tú hablabas, medité: hay que devolver al aire sus blancas islas de fuego; y restituirle a la luz el perfil de su silencio. (Abismo de dos mitades que devoraron el tiempo). «Que mi casa no es mi casa. Ni mi cuerpo es ya mi cuerpo».

19 de febrero, por la noche.

Nos conmovemos si nuestro pensamiento conquista su forma de expresión; si es tiernamente responsable de sus propios errores, como si habláramos con lo desconocido, o con los ojos cerrados negáramos la existencia. Todo lo que separa al hombre de sí mismo.

¿De qué edades? ¿De qué afines ligamentos anteriores, surge esta actitud en mí tan nueva y tan antiguamente presentida?

Todo retorna a su verdadera arquitectura. Recubre el pasado con elementos fijos, de cuya madurez estoy absorta.

La sensación va en aumento: penetra, crece, igual que una vivencia; como un antiguo huésped, sin tanteos.

Es sentir en el cuerpo una estatura de montaña. Sin piel, sin la amalgama de los huesos, lo que habla el cerebro y no se nombra.

Jueves, 21 de febrero.

Acompañé a Pedro a visar su pasaporte. En los ascensores, en la calle, hizo que me ruborizara. Me entusiasma caminar con él como por una ciudad desconocida. Detiene el paso, verifica que vamos juntos, hay momentos en que somos verdaderamente felices. Algunas veces adopta un aire de posesión francamente comprometedor. Sólo si me refiero a su apostura varonil, siento que lo disgusto. A mí me pasa algo semejante cuando la gente me llama atractiva. Si lo que forma mi apariciencia fuese el motivo del elogio podría aceptarlo porque no depende de mí ser distinta; pero me daña comprender que no agrado a algunos, por posibles cualidades, sino por lo que ellos imaginan imperfecto.

Pedro dice que desprecio a los hombres: ¿se sentirá incluido en esa circunstancia? Atribuyo a los seres demasiada virtud y me equivoco. Eso no significa desprecio sino confusión en mi amor a los otros.

Alegría compartida. Eso es lo que nos faltaba. Antes era muy severo cuando íbamos por las calles o entrábamos en un espectáculo o en algún restaurante. Parecía un personaje de los *Büddenbrocks*. Hoy olvidó ese aspecto.

En mí siempre hay un camino hacia el júbilo, hacia lo luminoso y transparente, no por esto menos terrenal y transitorio.

«Polvo eres»... Y yo quiero ser polvo cuando todo termine, si termina, o carne viva y amorosa junto a él, en cualquier parte de la Tierra.

Jueves, 21 de febrero, 9 p.m.

Mientras escribo siento el impulso de subrayar el nombre de Pedro como si así lo hiciera más próximo. Luego me asalta el recuerdo de una cita y no sé a quién atribuirla: «El amor no quiere amor, quiere más».

Hoy leí a Pedro lo que había destinado para su revista, antes de saber que importa más el número de cuartillas que los golpes del corazón al escribirlas. Me siento fuera de ese panorama literario. Tendré que completar las páginas solicitadas, aunque siento que los personajes están petrificados. Describo reacciones imaginarias, pero no sé presentar al hombre como un ser con piernas, tronco y brazos: me vuelco en confidencias, en pensamientos pobremente previstos, analíticos.

La actitud belicosa del personaje femenino también va desapareciendo, casi contra mi voluntad. Me gustaba su carácter agresivo, independiente: «Una especie de gallito peleón —decía Pedro—. Terco como un pollino».

En la biblioteca existen esos dos animales primorosamente trabajados y policromos. Interminablemente juntos, interminablemente compañeros. Casi amantes, más que hermanos. Voces distintas y voces entrañadas, enraizadas en Pedro, en mí. Abiertas a lo familiar; sus cosas, mis cosas, la música, la calle, el sueño. Él, yo, ¡nosotros!

Decir «mi amor» ya no me basta porque él es más que eso, más que todo. ¿Cómo decirlo? Sólo muy simplemente: Pedro.

Estas cartas sin sitio. Condenadas desde antes de nacer a vivir su existencia dentro de una caja de caudales.

La fidelidad la da el cuerpo, no el espíritu. Tuve razón al pedir que se fuera su pensamiento por la noche. Hasta su casa, hasta su mismo lecho, hasta todo lo suyo en sus afectos familiares.

El cuerpo es fiel. El espíritu, aun contra nosotros, toma muchos caminos. Recuerda, mide, piensa, prisionero eternamente libre.

¿Cómo serán las cartas de Pedro?

Ante mis ojos, una carta de Eduardo:

He querido escribirte por miedo de que termine nuestro encuentro. Por miedo de que tu misma termines, de que te acabe mi mirada, de que te invada tanto hasta volverte yo. ¡Nuestro encuentro!

Salías de alguna parte, de tu parte, de esa parte de ti misma que eres tú, tan repartida en tus propios recuerdos, tan despedazada.

¡Qué ternura me invade, qué amor!

Con esa ansiedad que tienes para estar otra vez y siempre dentro de tu cuerpo, así reapareciste, así nos encontramos, nada más como si entraras sin salir de sitio alguno. Y ahí, al otro lado del umbral estuvieras, tú misma, esperándote.

Escribo unas cuantas horas después de haberte visto y aún escribo con tu aliento. Aún me impregna tu aire y la exactitud viva de tu piel. Todavía estoy lleno de ti, Nuria. Todavía.

Te escribo como un tonto. No sé nada ni tampoco por qué sucedieron así las cosas dentro de mi corazón. Estoy asustado, Nuria. ¿Cómo puedo escribirte esta carta? ¡Es maravilloso! Tan absurdo, tan infantil, pero te amo. Las palabras, Dios mío. Te amo. No sé qué quieren decir. Te amo, Nuria. ¿Qué querrá decir eso? ¿Tendré que preguntarme por qué te habré encontrado?

Ojalá fuera literatura, pero es que eras tú a la que encontré. ¡Eras tú! Tú, exactamente. Es lamentable mi pobreza para expresarlo: tú, dos letras. Tu presencia —un ángel ahí presente torvo y cálido, invisible y desmesurado—, tu horrible presencia, amor.

¿Quién, quién concertaría esa cita?

Debo decirte cómo te amo —aunque no creo que deba sorprenderte el que te ame—; la cosa es así: no sé por qué estás en la tierra. Perteneces a otras cosas, a tu angustia, a esos planetas donde habitas, de los que huyes; estás presa. Eres un barco en un espeso mar de sueños adversos. Eres una soledad que invita a despojarse, a no querer ya nada. Vienes, Nuria, de la muerte. Eres el único ser vivo entre todos los vivientes. Por eso, y por otras muchas cosas que siempre ignoraré, te amo. Lo digo sin reservas, solitario. No ignoro el dolor a que me invito.

24 de febrero, 5:47 horas.

Primera carta de Pedro.

Antes de acostarme, después de darte las buenas noches por teléfono.

No sé qué nos pasa —qué me pasa, por lo menos—, que cada vez que te dejo me parece que te dejo menos, que ya no te dejo hoy. Y que me voy, quedándome, vacío de cuerpo y de espíritu, porque todo permanece junto a ti, allí ha echado raíces.

Siempre había lamentado tener que vivir y escribir sin raíces en ninguna parte, sin una tierra en la cual plantar los pies. Ahora ya no. Tú eres mi tierra y en ti comienzan a estar mis raíces y ya no cesarán de estar, hagas lo que hagas, hagamos lo que hagamos, haga la gente lo que haga.

He puesto la *Rosalinda* que tanto te gusta. He encendido la pipa y no tengo ganas de acostarme. Te escribiré postales telegráficas que te llevarán todo lo que siento por ti.

Y ya termino. No, aplazo la continuación por unas horas, unos días, unos largos momentos de pensar en ti, de vivirte en el avión, en las calles desconocidas, ante el público curioso. Siempre, segundo a segundo estaré, estoy, escuchándote y mirándote.

Martes, 26 de febrero.

La tristeza que sentimos cuando alguien se aleja nace de la soledad que está en nosotros. Desde que he empezado a creer, todo se justifica: la ausencia, los motivos del alma, los del cuerpo.

Su voz está en todo lo que convocan los sentidos. Su voz —desde un lejano país— su voz en las palabras de su segunda carta. Las pronunciaba con su mano sobre mi cabeza o en mis ojos. No los cerré ni por un minuto. No leían, escuchaban:

Te estuve haciendo señas desde detrás del cristal y no me viste. Ya se iba el avión. Es preferible, porque ese cristal siempre es la sensación que se tiene al entrar o salir de la cárcel. Sobre todo al salir, al ver la puerta de hierro, la plancha de unos pocos centímetros de espesor. Tan poco grueso y, tanto, como cambia la vida. Da rabia que una cosa insignificante, que se toca, que se puede romper a martillazos, tenga tanta influencia.

Pero el cristal del aeropuerto no prevalecerá. No tiene casi influencia el que podamos hablar, vernos, tocarnos. Ahí estamos y ahí quedaremos.

Viajé dormido. La ciudad soñolienta. Ideal para pasear contigo. Miró bosteza sobre la mesa. Lo encuentro rebelde, como si acostumbrado a tus ojos y a tus manos rechazara los míos.

Ya se acostumbrará.

He escrito tu nombre y no me suena a ti. Tú no necesitas ya nombre en nosotros. Pues has de ser, serás, la innominada.

Veía los montes, los bosques, los ríos secos de México, de otro modo que antes. Antes eran de México, ahora son míos, ahora, contigo, me he nacionalizado, he entrado, de a «de veras», a formar parte del paisaje. Del país elemental. Pero esto, en otras palabras, te lo dije en mi carta de esta madrugada y el primer día de conocernos lo presentí. Desde aquel momento no tengo otro nombre ni otra nacionalidad que la tuya.

Mi caligrafía es difícil —por lo menos así la encuentran los linotipistas—. Pero tú la adivinarás, como has adivinado tantas cosas en mí.

Abre los ojos, quita las manos de tu cara y mírame.

Cité a un amigo a la hora del almuerzo. Mientras llega, se me ocurre comunicarle mi relación con Pedro.

—¿Quién es? —preguntará.

—Uno que escribe cartas como conversación de adolescente. Es como hablar con él, con su cuerpo y su espíritu. Me regocijan y transforman, como si su poder me hiciera distinta, no quiero ir por el mundo disfrazada, mostrar una horrible mujer desafiante, insegura.

Ayer no salí de casa.

Almorcé frutas y chocolate y estuve arreglando los libros. ¡Mis libros! Esos libros que él odia. (¿Los odia, o nada más lo dice?)

No puedo evitar el paso de mi vida en todos ellos. Tantas insospechadas cosas mías que allí vuelvo a encontrar, limpias en su momento, en su largo vivir. Pedro tiene razón; en ellos me he quedado, esperando que alguno recoja esas palabras.

A las cero horas del jueves veintiocho de febrero, abandoné esa tarea. De este maravilloso febrero. El primer febrero compartido. Febrero que me dio su ternura, su presencia, sus críticas y hasta su manotazo en la mejilla.

Unos tipos me observan. Estoy segura que piensan como él piensa. Se equivocan. Él y ellos. Lo que me sale a las mejillas y a los ojos es la alegría de sus cartas. Vuelvo a leer:

Abre los ojos y mira. Ya encontré una máquina de escribir y podrás leer sin adivinar. Por primera vez te he soñado. Vestida con tu sweater blanco, tal como estabas en el aeropuerto. Esta ciudad es horrenda. Ideal —te lo decía ayer— para pasar unas semanas juntos.

El paisaje, sí, es bellísimo. Sólo le falta una cosa para que me guste: tú. Hecha árbol hecha horizonte, hecha... Pero no, mejor sin hacer nada. Simplemente Nuria y nada más, tal como yo la quiero.

Echo de menos —cómo— la larga espera junto a tu puerta, hasta que vences tus bloqueos y bajas a abrir. La subida por la escalera, un disco con algo que no escuchamos, el teléfono que suena. Se ve que el sueño de esta noche continúa en vela, porque no sé hacerte esas paradojas conceptistas que tanto te gustan.

Nada, nada de eso, hoy. Nuria y basta. No necesito nada más.

¿Te has fijado en la fuerza enorme de ciertos nombres?

¿En la carga de emoción, de dinamita sentimental que llevan? El tuyo es uno de ellos. Y no porque empieza con *N* y termina con *A*. Sino porque es tu nombre. El tuyo y de nadie más.

Lo que importa de él es la Nuria real. La que tengo... y no tengo, la que me tiene y sí me tiene.

Y eso es todo.

Córtate el cabello y quiéreme. Quiéreme aunque no te cortes el cabello.

Lunes, 4 de marzo.

No he escrito, porque mejor que las palabras dirá mi pensamiento la minuciosa transformación de mi casa. Ni el viernes ni el sábado tuve carta de Pedro. Quizás por eso soñé que había vuelto, estaba junto a mí pero había dejado de quererme.

—Encontré —dijo en el sueño— a otra mujer de quien me he enamorado y la traje conmigo.

Algo muy dentro de mí quedó sin sitio. Esa desagradable sensación prevaleció durante muchas horas. En el sueño reconstruí unas palabras suyas. ¡Tantas ha dicho! ¡Tantas me han herido, que por mucho que crea en sus actos, lo hablado también queda!

He leído sus dos novelas cortas.

Me gusta ese rostro de Pedro en las portadas. Rostro que cambia según su estado de ánimo. Rostro de hombre que disfraza la ternura, su constante y prolongada adolescencia. ¿Quién estará mirándolo?

Me hizo gracia el comentario de su carta; «llore, niña, para que me conquiste». Pero esas frases son una señal de alarma. Un fogonazo interno que me advierte que en Pedro siempre está el germen de lo transitorio.

No sé como penetrar su espíritu de aventura. Necesitaría ser menos honda, menos madura y solemne, para asimilarlo. Para aceptar sin dolor sus perennes reacciones masculinas. Vuelvo a mirar su carta:

Creo que ni así. A mí ya nadie me seduce. Llevo mi coraza por dentro. Ese sonido de tu voz, esta mañana, eco de tu voz en el aeropuerto, en tu casa, en el restaurante, en la calle, en el coche, camino de Toluca... De tu voz permanente, voz de ojos cerrados y de corazón abierto.

Vale la pena de marcharse, sólo por el placer doloroso de esta espera y de prever el regreso. Quisiera poder recibir tus cartas, seguirte en tu vida, como lo hacía por teléfono. Quisiera hablarte a todas horas. Hasta del avión te hablaría. Escríbeme de todos modos, para que el día cinco me pase unas horas leyéndote y siguiéndote retrospectivamente.

Miércoles, 6 de marzo.

Qué cosas hice y dije ayer.

¿Es tan manifiesta mi inseguridad que todo puede rozarla? Me avergüenza haber ofendido a Pedro con palabras y actos.

Pienso que en su verdadera vida nada significo; en la costumbre, en lo cotidiano. No es posible, pero me perturba. Necesito que Pedro comparta mi desesperación aunque sólo sea con su presencia.

Hablé de todo esto con mi médico. Creo que lo espanto cuando me mira tan dispuesta a destruirme. Tan miserablemente niña.

La conversación de esta mañana con Pedro incompleta, misteriosa, me lanza hacia distintos puntos cardinales. Todos insustancialmente presentidos; despedazadamente imaginados. ¿Cuáles son esos puntos? Todos y ninguno.

Ha roto mi esperanza, ahora que me la ofrece como prueba de amor y de ternura. Ese acto en contra de su esposa, esa fidelidad hacia mí, es el principio de nuestra separación.

¿No sabe que no puedo pertenecerle? ¿Que no puedo, que nunca podré pertenecer a nadie?

Estas revelaciones están bien en la sala de consulta, ante otros debería contenerlas. Las desnudo ante Pedro con el inconfesable afán de que, al mirarlas, me abandone.

Jueves, 7 de marzo.

El hombre nunca comprende el amor que le tienen.

El amor que no puede expresarse.

Sólo si las palabras abren camino al pensamiento cree comprenderlo, vivirlo, corresponder a él.

Hay un amor que no llega a los labios ni alcanza el ruego de los ojos o la insustituible fuerza de las manos.

Un amor que crece hacia dentro.

Diario y perpetuo grito. Forma de muerte mil veces repetida.

¿Cómo decirlo sino en la muerte misma?

Se muere y se renace para morir de nuevo, para callar de nuevo.

¿Por qué crece? ¿Por qué se manifiesta?

Viernes, 29 de marzo.

Pedro anunció al despedirse:

—En los próximos días tendré que trabajar muy duro. No podremos estar mucho tiempo juntos.

Sin darme cuenta, repuse:

—Me viene bien, pues tengo un compromiso.

No tenía un compromiso; lo que tenía era ansia de fuga, de caminos opuestos, de seres que me prestaran el calor de su presencia momentánea. Acallar, aunque fuese en forma fragmentaria, el espanto de hallarme ante mí misma.

Esa era una actitud, pero también estaban otras.

Llegué a casa deliberadamente tarde.

Pedro llamó para decir que no deseaba verme, que no quería verme esa noche.

«He perdido mi seguridad», afirmó.

Contesto que su malestar no tiene fundamento, que mi compromiso no era con Eduardo.

Ése fue mi error; pero de eso me di cuenta después.

Sábado, 30 de marzo, 5 de la tarde.

Caí otra vez en el pecado de la idealización y ahora pago las consecuencias. ¿Por qué no decir, con toda la verdad, en el pecado de la propia destrucción?

Es terrible despreciarnos —según piensa Pedro—, pero es más terrible despreciar a los otros. Pedro tiene impulsos generosos, impulsos —diría yo— egoístas; porque sentirse salvador del mundo o de unos cuantos es la más grande soberbia.

Cuando iba al peligro, cuando lo desafiaba, quería ganar su guerra. Ganar en la conciencia su propia y leal batalla, no la batalla de las masas.

Desasosiega la actitud de los que sólo piensan en ellos. Pedro habla ante mí, gesticula, trata de justificar su ira, se empeña en ser duro, inflexible. Eso es señal de miedo, no de propio respeto. Lo observo cómo se indigna por algo que es un privilegio: ser tierno, vulnerable.

—¿No lo comprendes? —digo—: amar significa arriesgarse, olvidarnos del «yo», comprometernos. Confundes el amor con esa escaramuza del sexo y las palabras. El amor nunca se da en los que viven emparedados, protegidos, en los que dedican su tiempo a la rutina. ¿Cómo podría llamarse «amor» a un remedo de caja de caudales?

Amor es plenitud, largueza, sacrificio. No dudo que seas capaz de amar, de lo que estoy segura es de que, o has perdido, por razones anteriores, tu derecho al amor, o no soy la que necesitas para salir de ti hacia los otros. Aprendí a amarte, a respetarte, a través de tus libros: los que muestran un espíritu en lucha. ¿Cómo voy a comprenderte en esta fuga? Sería tanto como desconocerte.

Es verdad que te he herido. Es verdad que al desgajarse tu tranquilidad te sientes miserable; pero eso somos todos. Deberías agradecer que aún hay algo que puede conmoverte. Esa batería protectora en que te resguardas sólo es forma de cárcel; celda bella y voluntaria, con recubiertos muros de presencias. Una forma de fuga permanente.

El que luchaba, el que iba al peligro, sigue viviendo en ti aunque quieras ahogarlo con tanta conveniencia, con tantas formas huecas y precisas.

Soñé arrancar esa coraza, crearte una nueva libertad, no para mí, yo no puedo aceptarte, aunque quisiera.

Sábado, 30 de marzo, medianoche.

¡Esta soberbia mía! ¡Este miedo!

Y ahora, un nuevo infierno. Un desatado existir sin punto de reposo, sin ayuda en la culpa, sin posibilidad de olvido.

Igual a un torbellino que todo lo anexa en su carrera, va creciendo el llanto; el grito ensombrecido de las manos.

¡Señor...! En el silencio la oscuridad se puebla de presencias; de voces insaciables, infrahumanas. Desmantela la luz lo que nos circunda y aborrece. Hace fantasmagórica la noche, más solitario el ser, más vivo su cansancio.

Las palabras de la primera carta de Pedro renacían:

«Eres mi tierra y en ti comienzan a estar mis raíces y ya no cesarán de estar, hagas lo que hagas, hagamos lo que hagamos, hagan las gentes lo que hagan.»

Y ella, Nuria, ¿le robaba la patria?

Cuando Pedro dijo a su esposa que amaba a otra mujer, destruyó nuestra seguridad.

En la medida que aceptaba sus imposiciones, su presencia cada vez más frecuente me volví su enemiga; mejor dicho, mi enemiga, pues desvié hacia mí las cosas que hubieran podido lastimarlo.

Ayer dijimos muchas cosas.

Desde un principio supe que la mejor prueba de cariño que Pedro haya podido darme es su necesidad de partir. Sólo me duele haber desafiado su resistencia masculina.

Si fuera vanidosa podría enorgullecerme esa conducta. La admiro por llevar adelante ese propósito.

Llegué a creer que Pedro era capaz de resistir todas las pruebas, me creció la idea de que nada iba a separarnos, porque así lo aseguró muchas veces.

Su actitud es homenaje jamás imaginado: todo lo deja. Todo lo abandona. La casa, los afectos, las comodidades tan arduamente conseguidas. Todo por unas palabras, por un extraño sentimiento de celos que ha servido para enseñarle que no es un semidiós, pero es un hombre.

A ese hombre busqué a través de los años, a través de mi vida con Pedro; a ése, tan de adentro, tan desconocido.

Ahora sé que siempre estaremos juntos. Pedro es lo que tantas veces sentí junto a su cuerpo: una materia viva y moldeable.

V

Intermedio para cenar.

Casa de Pedro. Jueves, 17 de enero, 10 de la noche.

Mientras comemos miro ir y venir a Pedro. Ahora me parece que sólo él habita esta casa, que todo le pertenece, hasta el aire.

He observado sus actitudes durante estas largas horas: su movible reposo; hasta cuando descansa como en estos momentos bebiendo una taza de café. Pedro me despierta un profundo sentimiento materno. Algo así como la gana de hacerlo descansar, acariciándolo.

Nunca he visto —dice Lena señalando a la mujer de Pedro— una criatura que tenga menos importancia en su hogar. A mujeres como ésta se les pega el adulterio. No me extraña que él busque a otras. ¿No crees? Su burguesa tradición de guardianes la tambalea el divorcio.

—No seas cruel ni cínica —repuse. Y recordé a la esposa de Eduardo. La esposa de Eduardo es como una reina. Jamás transigiría con la repetida infidelidad de su marido.

Ese pensamiento me conforta.

La dignidad —digo— es reflejo de pureza. Tal vez circula dentro de mí, demasiado turbulenta y orgullosa la sangre de mis antepasados y me impide comprender —como signo de resignación o bondad conyugal— que los maridos cortejen a otras.

—¿Qué hay, señoras? —dice Pedro acercándose—. ¿Puedo saber de qué hablan con tanto interés? —luego, dirigiéndose a mí—: tenías un aspecto tan lejano durante la sesión, que tengo la seguridad de que no te has enterado de lo que aquí se debate esta noche.

—¿Olvidas lo que me pediste? —repuse—. Discutimos a un «Pedro» y a una «Nuria» imaginarios. Pero el personaje masculino está resultando más fuerte que nosotras. ¿Por qué no nos ayudas a entenderlo?

—Nuestro Pedro —agrega Lena en vía de explicación— siempre aseguró ser inmune a los celos. Cuando descubre que es capaz de sentirlos deja relaciones, afectos, y se va a vivir a otra parte del mundo.

—Ese personaje es un pobre diablo —respondió el verdadero Pedro con ademán de impaciencia. Maduramos cuando comprendemos nuestra insignificancia,

pero hace falta corazón para airear nuestro egoísmo y asimilar como hombres ese descubrimiento.

Lo miro alejarse, hablar y sonreír en otros grupos, agitar las expresivas manos con movimientos que se me antojan de amenaza: de un adiós permanente, anticipado.

«¿Me estaré enamorando de Pedro? —me pregunto—. ¿Por qué se me ocurrió darle al protagonista de mi historia el nombre y la apariencia de un extranjero a quien apenas conozco?»

Una frase de Lena me saca de esas reflexiones:

—¿Sabes qué pienso? Que Nuria es una enferma. Por cobardía ese disgusto con Pedro.

—Cuanto más ordenada es una conducta —sigue diciendo Lena—, más difícil prever el caos dentro de ella. Toda mujer siente la necesidad de provocar celos cuando el hombre que la quiere presume de civilizado. Lo que en realidad es un insulto. Eso es un gesto de coquetería.

Mientras Lena habla, recuerdo una novela de Pedro. En ella, un hombre intenta suicidarse, pero circunstancias imprevistas lo salvan; al ir recobrando la vida percibe lo que hubiera destruido con su muerte, con su muerte voluntaria, y no era otra cosa que el afán de aniquilar lo que se le oponía, lo que en realidad amaba. El «Pedro» de esta vida imaginada repite la misma voluntad destructora. ¿Por qué le di esa facultad? Su comportamiento tiene una marcada semejanza con un suicidio o un asesinato. En nombre de una pretendida pérdida de «autoestimación» busca otra sociedad, porque sus impulsos se tornaron agresivos.

VI

Se reanuda la plática.

10 y media de la noche.

Me siento fatigada, extraña en ese mundo de seres con problemas continuados, precisos; hoy, mañana, la guerra, el hambre, el año venidero; el momento que se escapa: el pasado. En él revivo el tiempo, los afectos.

Ante mi vista hay una mulita de paja tejida que alza insolente las torcidas orejas. Sus arreos están pintados de verde; la carga, dos diminutas piñas solferinas, tienen un gran remate en forma de tallos.

Creo que se me parece: el que la hizo olvidó que las mulas también pueden mirar. Esta es una mulita ciega, silenciosa, con una pata izquierda posterior inútilmente levantada.

Saco el espejo de mi bolso. Siempre he anhelado encontrar una Nuria distinta en esas lunas. «Madre de piedras», dicen que significa mi nombre. En mí nada está petrificado; todo vive, sueña, se conmueve. Todo es existencia, permanencia.

En el cristal está alguien aparte de mí, una especie abismática en la que me transformo y de la que desconfío. Yo que no sé desconfiar de los que repetidamente defraudan mi confianza.

Una palabra, un muy pequeño gesto aniquila al hombre. Para no reclamar, para no acusar, nos destruimos minuto a minuto, y aceptamos que nada ni a nadie merecemos.

La esperanza es un minúsculo verdugo. Nada puede la razón contra su terquedad ilógica e ilusa.

Es preciso —repito— no creer en nadie, para poder confiar en todos.

He observado que los hombres buenos provocan una forma de resistencia y de aversión. Se les busca —como estos hombres buscaron a Pedro— cuando son necesarios; pero ni se les quiere, ni se les aprecia y hasta se huye de su compañía. ¿O buscaron a Pedro, como afirman algunos, porque es importante?

—No encuentro —digo a Lena en secreto— cómo proseguir esta relación entre Pedro y Nuria. Todo lo vuelvo contra ella. Ignoro cómo gobernar la voluntad de mis personajes, la forma de inventarles reacciones adecuadas, humanas. Los utilizo como espectáculo, pero al mismo tiempo son para mí un motivo de insatisfacción y de reproche.

—La experiencia —responde Lena— es algo que obtenemos al buscar otra cosa.

«La experiencia —pienso—; mi experiencia, de nada va a valerle a Nuria en su trato con Pedro o con Eduardo.»

Desconozco al hombre.

Podría añadir: no lo he conocido jamás.

Se me escapan sus móviles, su contingencia masculina, impenetrable.

Lunes, 1 de abril.

—¿Qué quiere de Pedro?

Interroga mi médico.

«Nada —pensé—: no sabría moverme dentro de ese mundo de ambición, de bajeza; de futuras empresas y pequeñas traiciones. Es como vivir en una trampa y ser, al mismo tiempo, espectador y trampa. ¿Cómo explicárselo al doctor?»

En voz alta repuse:

—Temía romper con Pedro, pero deseaba recuperar mi independencia. Ahora tengo la sensación de haber destruido lo mejor de nosotros.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Me gustaría que Pedro fuera libre. Libre de eso que lo impulsa a buscar en distintas mujeres lo que sólo puede encontrar en una. Ésa vive en él, pero le inspira sentimientos agresivos, como si le dijera: «Me tienes, pero puedo marcharme. Ya ves cómo destruyo tu poder: engañándote». Eso no es bueno para él, para nadie. Usa la infidelidad como unas vacaciones. Luego regresa al pasado, hasta que la presencia de una nueva mujer hace reaccionar sus estímulos de conquista y retroceso. Así hasta el cansancio. Está atrapado en sus propios impulsos: amar y destruir a la que ama. Cada vez será mayor el vacío, más infranqueable.

—¿Esa mujer es la esposa de Pedro?

—No. Ésa se llama como él. Un día lo traicionó. Pedro sigue queriéndola a pesar de sí mismo.

Martes, 2 de abril.

El nombre y los símbolos: una victoria renovada. También utilicé falsas victorias, porque eso y no otra cosa son las que obtenemos con el dolor ajeno. No es preciso que la victoria nazca diariamente.

Hay horas en que me siento arrastrada a buscar el refugio de la casa de Pedro, pero me contiene el temor de ser inoportuna como un sábado en que Minerva —su secretaria— ocupaba mi sitio a la hora inocente del almuerzo.

Sé que mi debilidad provocaría en Pedro un desquite masculino; con esa crueldad presente hasta en sus más profundas muestras de ternura.

La ternura, crueldad disimulada; validez de la propia fuerza destructora volcada hacia alguien indefenso en el que ensayamos, o ensañamos, esa virtud desconocida.

Jueves, 4 de abril, mediodía.

Anuncio definitivo de su viaje.

La visita a su casa me tranquiliza. También nuestra promesa de amistad. La amistad siempre ha sido un refugio seguro, un camino raras veces extraviado.

Me doy cuenta que nunca más traspasaré esos muros, que todo es ya distinto.

Aún están en su sitio los objetos: el gallo, el caballito con sus alas. Yo presente y lejana, actual en los retratos, me desdibujo en su memoria.

He adquirido el derecho de estar junto a su mesa de trabajo en cualquier parte del mundo. A presidir sus nuevas emociones, sus nuevas alegrías, todo aquello que es y ha sido su existencia.

Su voz dice de pronto:

—¿Quieres mirar tu horóscopo?

«¿Tiene sentido —pienso—, el instante inmediato? ¿Las horas, los caminos, la repetición de la palabra?»

Fui hacia sus manos extendidas. Me tocaron el rostro, la cabeza, como si no existiera nada fuera de ese acto tantas veces realizado. Miro el signo, mientras interrogo:

—¿Estaba escrito que vendría hasta tu casa?

Jueves, 4 de abril, 1 de la tarde.

No puedo librar al sentimiento de su carga de culpa.

—¿Por qué —dice el doctor— no habla con él de su conflicto?

—¿Con él...? ¿Y qué voy a decirle? Los hombres no entienden esas cosas.

Vergüenza ante los otros. Ante los que quieren ayudarme. Sorprende este alud de pasión, de dolor inhumano, de confidencias mutiladas.

¿Cómo habrían de entenderlo? ¿Sólo el que está en *su infierno* puede dar una cuenta exacta de sus pasos.

Por la noche en la embajada.

Tengo la absoluta certeza de que Pedro ignora la realidad que vivo y que padezco. Sus ojos me recorren, sus palabras dicen un cálido elogio. El movimiento de su cuerpo denuncia sus reacciones, la sorpresa ante la serenidad que represento.

Viernes, 5 de abril, por la mañana.

Su voz en el teléfono, su voz en las palabras de un nuevo horóscopo.

Decido seguir el consejo del doctor y confiarle a Pedro mi problema. Ha dicho que vendrá esta tarde.

Hace un mes esperaba su regreso con el presentimiento de que todo ese cariño expresado en su conducta y en sus cartas era inestable y aparente.

Yo no estaba jugando la esperanza. Esa horrible esperanza que Pedro sembró en mí como una mala yerba. Por esa sola y única vez las horas de su cuerpo me pertenecieron.

Él tampoco acepta las demostraciones afectuosas; le estorba la seguridad. Para sentirse bien tiene que probar constantemente su fuerza destructora. Así rompió la armonía que tan empeñosamente construí en provecho suyo. Bastaron unas palabras:

—Si no te enfadas, te muestro lo que compré para mi casa.

—Ya lo creo que me enfadé: fue mi ocasión de mostrar serenidad —dije al doctor—, y no supe aprovecharla.

En balde sus súplicas, el deseo de restaurar nuestra confianza.

Muchas veces resurgen dentro de mí sus gestos, sus frases intentando calmarme. Y yo, terca, lejana, inconmovible.

Pasó el tiempo.

Volví a quedarme sola. ¡Sola! Como debí estar siempre. Porque él, que me ama tanto (si es verdad lo que dice) es quien más me ha vuelto solitaria.

6 de la tarde.

No puedo admitir su presencia con la simplicidad de los últimos tiempos. Pedro es nuevamente un extraño.

«¿Amigo?», pienso. Y no sé darme la respuesta.

Sus actitudes cariñosas, sus palabras, siguen siendo las mismas. Yo también soy la misma. La anterior, la desconfiada, siempre buscando pruebas —pruebas propias y pruebas de los otros—. Siempre en continuo análisis, siempre anticipando motivos y respuestas.

¡Señor...! ¿Cómo librarme de esta cárcel?

Hablo y explico cómo nació la idea, cómo fue alimentada, hecha cuerpo desde sus raíces. Allí estaría él. Él en sí mismo y en el otro. Todo sería distinto, milagroso, posible.

Pero vino la destrucción.

Consecuencia inmediata de mis reacciones en fuga, enfermizas. Después, la diaria muerte: la conciencia.

—¿Podrías matarme? —pregunté.

—¿Cómo podría matarte? Te quiero, Nuria. Aunque me dejes, aunque te abandone. Yo también te he perdido, como perdí mi guerra.

Sentí caer su voz como podría caer la lluvia contra mi cuerpo.

Habló de amor, de ausencia, del deseo de que lo «nuestro» no se rompa. ¡Que no se rompa!, pide.

¿Pero no sabe que está completamente roto?

¿Qué nunca estuvo entero, incorporado?

El «presente», renuncia; fragmentos, el «ayer». Así renace mi odio hacia mis actos.

Sábado, 6 de abril, 10 de la noche.

La angustia, ese grado de calor que el cuerpo no tolera. Esa abyecta sensación de fuga y cárcel en los brazos y el pecho, contagioso desorden del que no podemos libertarnos. Garra invisible, casi nosotros mismos; repugnante, satánica. Injusto afán de ser y ser tan plenamente, para dejar de ser en absoluto.

Sus pasos en la noche nunca podré borrarlos; desplazar su sitio en la conciencia.

Llega y le interrogo:

La verdad, con ser tan simple, nos dispara hacia caminos intransitables e ilógicos. Renace la violencia. ¿Nunca lo habrán dejado sin respuesta?

Como si adivinara lo que pienso:

—Hace nueve días que sólo soy una pregunta.

Aquellas palabras nos traspasaron rudamente.

No supe si penetraron el fácil laberinto de la oreja o si abrieron un surco hacia la carne. Escuché con todos los sentidos. No lo que él decía. Sí, lo que ocultaba.

Carretera de Toluca, domingo, 7 de abril.

Anoche dijo Pedro que este domingo lo pasaría en un puerto. En realidad irá a su casa de la sierra y Minerva lo llevará en su pequeño automóvil.

Por eso se sentía tan mal en mi presencia.

Ya no hay confianza entre nosotros, sólo ideas; actitudes premeditadas. Nos movemos como ante un peligro, como si fuéramos enemigos.

Los que hablan de su dureza, de su conveniencia y egoísmo no lo conocen. Pedro ignora también los grados de sensibilidad que puede alcanzar.

Está convencido de que nadie lo doblega, y si eso fuera, un sentimiento no hubiese podido trastornar el ritmo de su vida. Lo peor de todo, el fantasma de ese sentimiento.

Ahora resultan sospechosas mis palabras. Nada puedo decir, aconsejarle. Sería tanto como provocar un nuevo conflicto entre nosotros.

Pedro no es ese esclavo familiar en que quiere convertirse. Si yo fuera su esposa no habría podido resistir sus escapadas ni la humillación de sus regresos. El verdadero amor no se comparte, y él lo ha demostrado abandonándome.

Si Pedro hubiera deseado destruirme lo habría logrado siendo diferente.

Él me ha hecho crecer como ha crecido su estatura.

Lejos, no presenciaré sus flaquezas, sus fugas temporales. Será como si también su cuerpo me perteneciera. Si le pido que se quede es porque sé que así se irá más pronto.

He jugado a la entrega amorosa, a la intriga amorosa. Toda mi crueldad se disfraza en la dádiva. ¿Por qué no lo comprendió?

Abro los brazos para que se marche, porque si se quedara, no sabría resistir la tentación de hacerle daño.

Noche del domingo, 7 de abril.

Vuelve la angustia a posesionarse de mí como una droga. Llevo horas tratando de vencer este espanto, de rechazar, también, la tortura de la próxima ausencia.

El futuro es un acontecimiento repentino.

¿Cómo adentrarlo, cómo eludirlo?

Me faltaba la vida cuando aquel a quien creía amar estaba ausente. Ansiaba adelantarme, esperar en todas partes su regreso.

Así aprendí a entender muchas cosas: esas del miedo, tan indescifrables.

Ahora tuve un sueño:

Regresaba a mi casa y miré en una calle vecina el automóvil de Eduardo. Todo dentro de mí se descompuso: me sentía suspendida entre no sé qué precipicios de los que nunca podría libertarme ni alcanzar la solidez de un suelo.

Miré a Eduardo en todas las esquinas, en todos los sitios de la noche.

Una necesidad cada instante mayor me impulsaba a buscarlo, a refugiarme en él, en sus palabras, como otras tantas veces a lo largo del tiempo.

Un dolor irracional me hacía gritar en mitad del silencio sin ninguna esperanza, por un camino cuya única finalidad era la muerte.

Pero no la muerte que yo amo. La muerte es la otra patria. Esta muerte estaba constituida por todos los vacíos, por todas las formas de la nada, como una monstruosa e indescriptible arquitectura del horror.

Lunes, 8 de abril.

Estaba arreglándome para asistir a una fiesta cuando llegó Pedro.

Me gusta oírle exclamar:

—Te quiero tanto, que por eso me marcho.

Pero es tan crédulo (o tan vanidoso) que no se ha dado cuenta de que todo este sufrimiento mío es porque nunca podré comunicarle mi verdad.

Otro acto de amor.

Un puente entre el miedo y la nada.

Miércoles, 10 de abril.

No puedo superar la enfermedad.

Podría, si no estuviera en estas condiciones, padecer mi conciencia sin hacer de eso un espectáculo.

Son mil caminos los que sigo, los que persigo a cada instante en mi desesperanza por obtener una paz que desconozco y quiebro a cada paso.

Podría, también, utilizar otros recursos.

Eso lo sé, lo sé y es como si no supiera nada.

No me vale la lógica, el análisis, el pensamiento de lo que Pedro es y yo valgo.

Él piensa que me entrego indefensa a la angustia, y lo horrible de este sufrimiento es que lo obligué a ser duro e inflexible por cosas que no tienen importancia.

Viernes santo, 12 de abril, 5 p.m.

¿Qué voluntad me condujo a esa esquina?

Miré acercarse una figura alta, pesada. Lo masculino en su forma de vestir me hizo recordar las «preferencias» de Pedro. Entonces caí en la cuenta que esa mujer era Minerva, su joven secretaria.

En ese mismo instante una sombra cruzó a mis espaldas. Volví la cara y me encontré con Pedro. Nada más natural que mi pregunta:

—¿Qué haces aquí?

(Minerva caminaba delante de nosotros. ¡Cuán desgarbada y fea! Los zapatos bajos, las piernas y los tobillos gruesos, las anchas caderas sobresaliendo de la amarillenta chamarra que le rebasaba los muslos.)

Pedro me contestó agresivo, como le hubiese contestado a su esposa o a su hija. Después huyó en la lluvia, con esa prisa que toma cuando no está seguro de ser justo.

Antes creí que todo era inocente. Él, con su secretaria. Así lo sabía a todas horas. ¿Qué de extraño, como él mismo dijo, era encontrarlo con Minerva en esa esquina?

Lo raro fue que su comportamiento volviera ese encuentro clandestino. Ella pasó ante él, sin detenerse, porque yo la miraba.

Pedro no necesitaba justificar sus actos. Lo conocía de antes, del presentimiento, edad que los hombres no habitan.

No sabía qué hacer, adónde encaminarme. Llovía tanto fuera y dentro de mí, que entré en un cine cercano, para guarecerme mientras pasaba la tormenta. Mientras iría también yo, como ladrona, a encontrar a Eduardo en mitad de la noche.

Cuando entré en la sala del cine —sin imaginar, imaginándolo—, miré otra vez la sombra de Pedro cruzar rápidamente entre las butacas, y supe que todo estaba muerto.

Viernes santo, 9 de la noche.

Este día fue de fantasmas: por la mañana Eduardo, ante mi puerta, ante mi desolada culpa. Luego, por la tarde, ese descender de un automóvil, en pleno aguacero, como un mandato, como una obediencia.

¿Qué me llevó a sentarme detrás de Pedro y de Minerva?

Se pusieron de pie y entonces supe que estaba mirando a Pedro por última vez dentro de mi cariño.

Tomó mis manos entre las suyas, sobre mis rodillas, y comprendí que yo ya no era un verdugo, tampoco una mujer que descubre a su amado en la dudosa complicidad de un cine.

Todo se desligó sin un falso dolor, sin una falsa idea de abandono. Miré la película con un sentido interno de limpieza. De soledad sin mutilaciones.

No fui con Eduardo esa noche.

No así, contaminada, desvalida. Al salir me había transformado. Ya no estaba dentro de ese mundo «imaginario» y «provisional». Pedro adquiría otra vez su cualidad de hombre. Sus actos eran acciones voluntarias no previstas por mí, y respeté esa vida y su comportamiento.

Luego, nada. La vida otra vez, con su ritmo imprevisto y ajustado.

Fin de *Una vida imaginaria*

Jueves, 17 de enero, 11 de la noche.

Reunión política en casa de Pedro

«Llevan horas hablando sin interrupción —pienso desalentada—. Y todo esto ¿para qué? ¿Se resuelve, informando, el desajuste de un país? ¿Cuál de nosotros puede prestar una ayuda efectiva? ¿Cuál?»

De los allí reunidos, unos eran periodistas; otros, escritores; los más, sólo gente de buena voluntad. ¡Pedro es un romántico!, resolví abatida; pero busqué sus ojos. Mientras escribía esa «vida» que él me pidió, se fueron transformando mil sentimientos. No me explico por qué impedí que mis dos personas se comprendieran.

Me hubiera gustado ser la compañera de Pedro; apoyarme en él, en sus consejos, en su sabiduría. Y, ¿por qué no decirlo?, me hubiese gustado el calor y la proximidad de su cuerpo, la juventud de sus brazos protectores. Esa seguridad de Pedro...

Se acerca, me pregunta:

—¿Te sientes mal? —y agrega—: ¡Qué ternura me daba mirarte tan solitaria en medio de nosotros!

Aquellas palabras desataron el miedo.

Ese miedo irracional que siempre me acompaña. Se me hicieron intolerables la luz, el momento, la presencia de tantos extraños. ¿Qué hacían entre nosotros? ¿Por qué no me dejaban a solas con Pedro?

Para disimular mi turbación, repuse en voz baja:

—Estoy cansada; pero ya concluí el trabajo que me pediste. Te lo entregaré antes de salir de vacaciones.

El intérprete se pone de pie.

¡Bendito sea Dios! Ha finalizado esta tortura. Ya en la calle, pregunto a Lena mientras caminamos hasta mi domicilio:

—¿Qué opinas de este poema?

Ha llegado a su sombra el criminal herido.
Herido.

No hay que culparlo.
Herido por su propia sangre.
No hay que culparlo.
Ha sido la sola sangre de su herida.

Cierto:
No hay que culparlo.
Pero ¿por qué, de todos modos,
es un criminal herido?

Desde luego no por su ausencia,
pues ha muerto.
Labios despiadados,
¡no lo digáis!
Lo único que se sabe
es que su sangre no lo ha herido.

¡Ay dios mío, criminal,
tan humilde y terrestre
era tu sangre!
La sangre de la que yo soy, la mía,
criminal, y de la que nadie puede
conducirme sino hacia ti.

La sangre del otro.
De tu amorosa y despiadada víctima.
Ay, inconsciente y puro,
la que te había herido.

La angustia me advertía: «Esta será una noche de insomnio».

Para combatirlo, me dispuse a poner en orden lo que escribí en la casa de Pedro. La perspectiva del viaje ya no era un aliciente.

«El mar —pensé—, el mar. Nací a la orilla del mar. Del mar y la montaña. Esos fueron mis paisajes familiares.»

La voz del mar ¡qué tormento en la noche! Un mar interno rompía su fuerza en mis entrañas. Me dejaba indefensa, socavada.

La sierra era un refugio: una posibilidad mil veces repetida, conquistada.

¡Madre piedra! ¡Mi nombre!, seguridad en los afectos, lealtad heredada, transmitida. ¿A quién fue transmitida?

Sábado, 15 de mayo, 0 horas de la noche.

Hoy volví de mi viaje. Entre mi correspondencia había una carta de Pedro fechada un mes antes.

Llamo por teléfono y nadie responde. Entonces decido llegarme hasta su casa. La hora y el día coinciden con nuestro paseo de la primera noche.

La luna camina a través de los árboles; las copas juntan sus ramajes y yo pienso en los tiempos de la espada, en el rito medieval y en su significado.

Pedro se lo explicó a Nuria un mediodía lejano. Una mañana sin regreso.

Las hojas de los fresnos formaban un manto nebuloso, la luz tornó negro el verde y su fragancia. Los pájaros desaparecieron.

Me acerqué a las ventanas de la casa de Pedro. Mis nudillos tocaron los cristales. Todo permaneció silencioso, indiferente. Me puse a mirar a través de los vidrios. Lo familiar había sido arrasado (como en los sueños se pierde lo que amamos).

Esa casa era un caserón vacío. Sin libros, sin muebles, sin presencia.

Sólo un viejo camino en la memoria.

ÍNDICE

A GUISA DE PRÓLOGO
Paula Alcocer 7

RETRATO DE UNA NIÑA TRISTE 13

ENTRE EL INFIERNO Y LA LUZ 65

LA MUERTE ES UNA CIUDAD DISTINTA 139

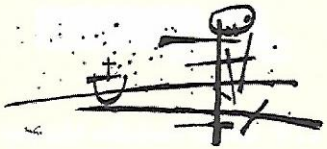
LCP. Emilio González Márquez
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Lic. Fernando Antonio Guzmán Pérez Peláez
Secretario General de Gobierno

Arq. Jesús Alejandro Cravioto Lebrija
Secretario de Cultura

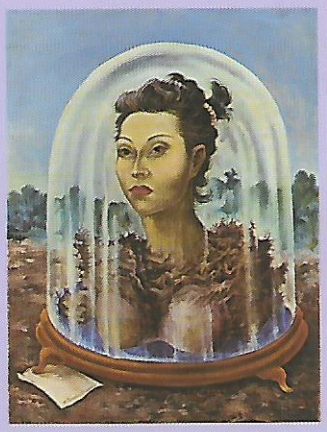
Arq. Modesto Aceves Ascencio
Director General de Patrimonio Cultural

Sra. Patricia Griselda Gutiérrez Navarro
Directora de Publicaciones



Novelas autobiográficas
se terminó de imprimir en mayo de 2009
en los talleres de Pandora, S.A. de C.V.
Calle Caña 3657, La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, México.
Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Diseño de la portada:
Avelino Sordo Vilchis
Fotografía de la portada:
Rubén Orozco
Composición tipográfica:
RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL
Cuidado de la edición:
Patricia Griselda Gutiérrez Navarro
Cuidado del texto:
ASV y Ernesto Castro



Manuel González Serrano
(1917-1960)
Retrato de Olivia Zúñiga,
Óleo sobre tela
73 x 54
Museo Claudio Jiménez Vizcarra

En 1951 Olivia Zúñiga (1916-1992) recibió el Premio Jalisco por su novela *Retrato de una niña triste,* que había publicado el año previo. Dos años después entregó a la imprenta la primera obra que había escrito, *Entre el infierno y la luz* y más adelante, en 1959, Juan José Arreola le publicó su tercera y última novela, *La muerte es una ciudad distinta.* Las tres obras, que tienen en común un marcado corte autobiográfico, componen el presente volumen.

Acerca de *Retrato de una niña triste*, Paula Alcocer escribió «[...] creo que a pesar de todo lo triste y lo sombrío, es el libro más bellamente escrito de los tres, especialmente las descripciones del paisaje y las costumbres de Tenamaxtlán, el pueblo en donde esa niña triste vivió muchos años con su padrino de bautismo, alejada de su madre porque ésta misma lo quiso así». De *Entre el infierno y la luz*, la propia autora señaló: «...con todas sus faltas, amo a este libro. Quienes lo han leído me reprochan que desnude en él, con crudeza, mis sentimientos y mi vida».

Sobre Olivia Zúñiga, Arturo Rivas Sáinz escribió: «Las mismas notas aplicables a la poetisa, escritora, abuela, madre, mujer, contra la que no han podido, Olivia, las tormentas de la tierra y los rayos de las nubes, ingredientes de sus versos, materiales de su alma y de su cuerpo inmarcesibles que han resistido el dolor, la propia muerte y la locura, transformando hielo y muerte en poesía».

ISBN 978-970-624-481-9
9 789706 244819

vive
GOBIERNO DE JALISCO
SECRETARÍA DE CULTURA